

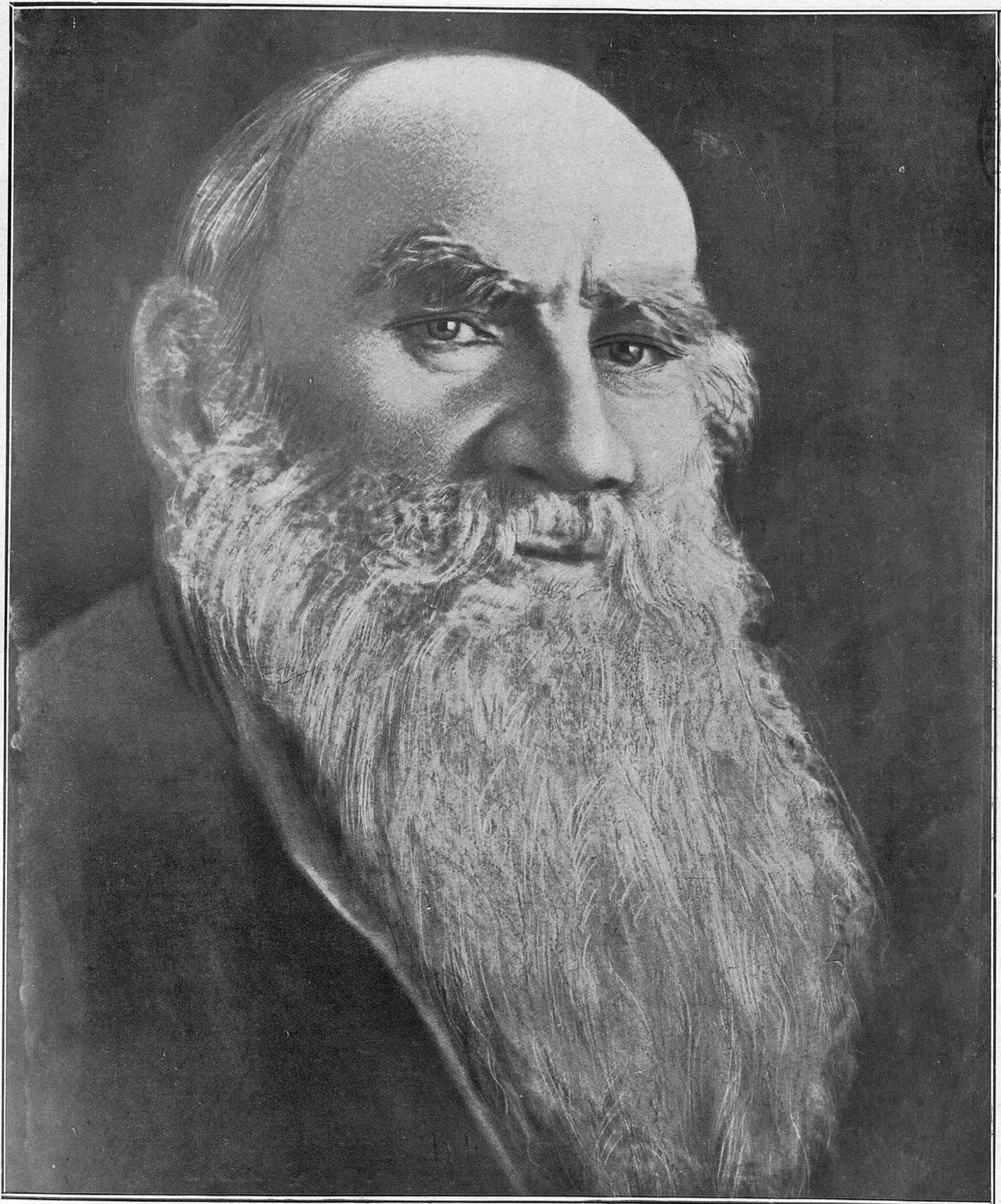
La Esfera

AÑO XV.—NÚM. 764

MADRID, 25 AGOSTO 1928

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

Director: FRANCISCO VERDUGO



LEON TOLSTOI

El viejo patriarca de las Letras rusas, cuyo centenario se celebra actualmente. Tolstoi, el maravilloso novelista, enriqueció el acervo literario universal con obras inmortales. Su nombre, como el de su compatriota Gogol, será recordado con gratitud por las gentes de fina sensibilidad y sutil inteligencia, que gustan enriquecer sus espíritus con la lectura de las grandes obras

EL AMOR DE TOLSTOI AL CAMPO Y Á LOS NIÑOS



Al recorrer sus posesiones, el viejo Tolstói gustaba acariciar y charlar con los niños

La personalidad literaria de León Tolstói se yergue magnífica y señera á través del tiempo. El cerebro privilegiado de Tolstói dejó páginas de belleza inmortal en sus cuentos y novelas.

El viejo inquilino de Yasnaia Poliana era un conocedor profundo del alma rusa, de las miserias del *muiik*, y de los sueños y supersticiones de esa raza inquietante y contradictoria de la que él fué uno de los vástagos más ilustres.

Tolstói amaba al campesino ruso. Su literatura, fuerte y candorosa, está impregnada de un renunciamiento místico y de una cristiana resignación. Frente al abuso y la explotación de los señores que levantarán el látigo para herir á sus siervos, Tolstói no se mostraba iracundo, ni pedía el exterminio de los fuertes por medio de la violencia, sino que, acordándose del Maestro, enseñaba á las masas sometidas y sojuzgadas, que la humildad y la misericordia eran las armas más eficaces para desarmar la mano homicida y explotadora.



Tolstói con su familia

La vida íntima del famoso hombre era de una sencillez encantadora. Trabajador acérrimo, la mano que escribía las páginas admirables de *Ana Karenine* empuñaban la manchera.

En el hogar era dulce y atractiva. Al volver de sus paseos por los bosques de Yasnaia Poliana, el *padrecito* contaba con infantil regocijo á sus familiares los incidentes de su viaje cotidiano: el descubrimiento de un nido, su charla con algún antiguo labrador, los resabios de algún potrero retozón y el caminejo perdido en la floresta. Amaba tiernamente los niños. En las fiestas de Pascua recorría sus dominios campestres charlando con los pequeñuelos, que oían encantados al anciano escritor, de larga y blanca barba, de gesto blando y cariñoso, y de palabras henchidas de amor por los chiquillos, que lo miraban como al personaje misterioso de un cuento de hadas.

LA ESFERA, en la proximidad del centenario, ofrece á sus lectores algunas páginas del gran escritor ruso, faro potentísimo de la literatura mundial.

«CÓMO SE DESVANECE EL AMOR»

Para honrar la memoria del inmortal ruso, cuyo Centenario se celebrará el 28 de Agosto, publicamos á continuación uno de sus mejores cuentos, inédito en España, y que ha traducido expresamente para LA ESFERA nuestro ilustre colaborador Cristóbal de Castro, tan profundo conocedor de la literatura y del país, donde residió varios meses.

EL ENCUENTRO

(EN EL CENTENARIO DE TOLSTOI)

EN una gélida noche de Enero, durante las fiestas de Pascua (1850), á lo largo de la calle Twerskaia pasaba un coche de alquiler, arrastrado por dos caballos flacos, extenuados.

El cielo, de un azul sombrío, sembrado de estrellas, que se desvanecían en la atmósfera; la barba, blanca por la escarcha, del cochero; el aire frío, que cortaba la respiración y pellizcaba el rostro, y el chirriar de las ruedas sobre la nieve helada, recordaban esas fiestas de Navidad á las que, desde nuestra infancia, dimos en vincular un poético sentimiento de amor, por tradiciones seculares y hábitos populares, en espera de algo misterioso é insólito.

Ni había montones blancos de nieve, blanda y muelle, adosados á las puertas, á las verjas, á las ventanas; ni angostos senderos practicados junto á ellos; ni árboles, altos y negros, con las ramas cubiertas de escarcha; ni interminables caminos, de blancura uniforme, iluminados por la luna invernal, resplandeciente y pura; ni la calma maravillosa, llena de inefable fascinación, de las noches campestres.

Allí, las casas altas, antipáticamente regulares, con los techos rojos, cierran por ambos lados el horizonte y fatigan la vista con su horrible uniformidad; el rumor cadencioso de los vehículos ciudadanos no cesa ni un instante y comunica algo como una importuna tristeza; la nieve, pisoteada, de color de estiércol, cubre las calles, iluminadas aquí ó allá por luces de los escaparates y por los pálidos faroles que el farolero, sucio y descuidado, arregla, colocando contra ellos una escalera; y todo esto forma un estridente y misero contraste con el infinito y deslumbrador manto de la noche de Navidad. ¡Mundo divino y mundo humano!

El coche se detuvo ante una tienda iluminada. Un muchacho, ágil y esbelto, que representaba diez y ocho años aproximadamente, con un sombrero redondo y una capa con cuello de castor, saltó desde el coche hasta el escalón de la puerta, y, tirando con violencia de la campanilla, entró apresuradamente en la tienda.

—*Une paire de gants, je vous prie.*

—*Votre numero?*

—*Six et demi*—dijo el joven sacando el bolsillo y paseando de un lado al otro.

—¿Es usted, hijo mío?—inquirió una voz firme y sonora en la habitación contigua. En el sonido de la voz, y más aún por el «hijo mío», el joven reconoció á su protector, el príncipe Kornakow, que ocupaba una de los más preeminentes lugares en la sociedad moscovita.

El príncipe era un hombre alto, de unos treinta años, extraordinariamente delgado, con un bigotillo rojizo, la nariz larga y fina, los ojos brillantes, expresando inteligencia é indiferencia á la vez; los labios, fuera del momento en que sonreían, conservaban un pliegue de severidad y calma.

Se hallaba sentado con las piernas estiradas, ante un gran espejo, en el cual se reflejaba enteramente la elegante y esbelta figura del joven que

acababa de entrar, entregándose plenamente al arte de Mr. Charles, el peluquero; el cual, haciendo girar hábilmente las tenacillas en sus manos, grasientas de pomada, y riñendo á Ernest, que se las había entregado, daba, según su propia expresión, un *coup de peigne á la coiffure de la plus estimable de ses pratiques*.

—¿Va usted al baile, hijo mío?

—Sí; ¿y usted, príncipe?

—¡Ay!... No puedo faltar; lo he prometido. ¿Ve usted?—dijo, indicando al joven su chaleco y su corbata, blancos.

—¿Y usted no tiene deseos de ir?—le preguntó, asombrado, el muchacho, sin dejar de andar por la estancia nerviosamente.—¿Qué hubiera usted hecho durante toda esta noche?

—Dormir—replicó el otro sin la más mínima afectación.

—¿Pues no lo comprendo!

—Tampoco lo comprendía yo hace diez años; entonces hubiese sido capaz de hacer trescientas verstas, con caballos de posta, sólo por llegar á tiempo á un baile; pero entonces era joven, para cada fiesta tenía un amor y, sobre todo, sabía que era guapo y que por mucho que miraran no habrían de descubrir ni calva, ni peluca, ni diente postizo... Y ahora, muchacho, ¿á quién hace usted el oso?—añadió enderezándose ante el espejo y abrochándose el cuello de la camisa.

Aquella pregunta, lanzada en el curso de la

conversación, sorprendió mucho y azoró al muchacho.

—No sé... Yo no he hecho nunca el oso...—respondió sonrojándose.

—¡Ah, sí!... Lo había olvidado... Esta mañana, hablando con su prima, me dijo que estaba usted enamorado del delicioso *débardeur*. ¿Cómo no le han presentado á usted todavía?

—No ha habido ocasión.

—¿Cómo es eso? ¡Imposible! Diga usted que no se ha decidido aún. S lo sé; el verdadero amor, y especialmente el primero, es muy tímido.

—Me ha prometido mi prima que me presentaría hoy—contestó sonriendo.

—No, no; me va á permitir usted que sea yo quien le presente. Crea que lo sabré hacer mejor que su prima. Y... ya verá usted que... con mi mano feliz...—añadió maliciosamente el príncipe.—Para tener suerte con las mujeres—prosiguió en tono doctoral—hay que ser audaz y emprendedor. Nada puede dar tanta audacia como el éxito, sobre todo en el primer amor; y ya que podemos tener ese éxito en el primer amor, es absolutamente preciso vencer esa falsa cortadad, que no hace más que perjudicar. ¡Vámonos juntos!

DOS MUCHACHOS

El joven se llamaba Sergio Ivin. Era un excelente muchacho, cuya alma juvenil, no ofuscada aún por el lastre de los errores de la vida, se hallaba plena de sueños luminosos y de nobles aspiraciones.

Apenas había salido de la infancia y del colegio, cuando se halló, sin darse cuenta y sin quererlo casi, como en su propia casa, al contacto de la bonachona y, diríamos, familiar, sociedad moscovita, en la cual los hombres dotados de cierto nombre y de cierta cultura son acogidos todos como parientes, sin atender á sus cualidades íntimas, con una confiada simpatía, especialmente si, como Ivin, no tienen un pasado desconocido á dicha sociedad.

Sería difícil definir si esto fuese para él una suerte. Por una parte, el mundo le proporcionaba infinitos goces, y saber gozar en la juventud, sin remordimientos de conciencia y sin tener de qué arrepentirse, es ya una inmensa dicha, y por la otra, el mundo también iba inoculándole, sin que él mismo llegara á advertirlo, la baja pasión de la vanidad, y con la variedad de sus placeres y con sus reglas de vida, destruían en él la fuerza y la firmeza de sus buenas intenciones. Los sueños del amor, de la amistad, y, ¡ay!, los del orgullo, con todo el hechizo de lo desconocido, con toda la fuerza de atracción de la juventud, llenaban su imaginación y se confundían de extraña manera en él.

En las reuniones y en los bailes de aquel invierno, que eran los primeros de su vida, conoció Sergio á la condesa Schoffingh, á quien el príncipe Kornakow, que gustaba de dar á todos sobrenombres, llamaba, quién sabe por qué, «el simpático *débardeur*».



Sergio sintió tal emoción...

Sergio la contemplaba con un placer indecible, y cuando no podía verla pensaba en ella. Una vez, sus ojos habíanse encontrado con la mirada, dulcemente curiosa, de la condesa, y aquella mirada le había producido tal placer—y sabe Dios por qué á la vez tanto miedo—, que desde entonces esquivaba toda ocasión de serle presentado.

La condesa Schoffingh, reunía todos los atractivos para hechizar á un muchacho como Sergio. Ante todo, era una preciosa mujer, con algo graciosamente infantil en la carita inteligente, ingenua y alegre; en segundo lugar, ocupaba casi el primer puesto en la alta sociedad, y nada da mayor encanto á una mujer que la reputación de una belleza irresistible; primero, porque la hace dichosa; luego, porque atrae sobre ella la general atención.

La condesa tenía, además, el encanto de la sencillez; no aquella sencillez que es todo lo opuesto á la afectación, sino la simpática é ingenua sencillez que rara vez se encuentra y que constituye la originalidad más atrayente de una mujer.

Cuando tenía que hacer una pregunta, la hacía naturalmente, y con igual naturalidad respondía á las preguntas ajenas. No había medio de adivinar en sus palabras el más leve pensamiento oculto; decía abiertamente todo cuanto se le iba ocurriendo en su inteligente y linda cabecita.

Era una de esas pocas mujeres que inspiran afecto á todos, hasta á los mismos que hubiesen debido envidiarla. Era interesante, además, porque se la sabía desgraciada en su matrimonio. El conde Schoffingh era un caballero de industria, de alto bordo, varias veces rico, otras tantas había dilapidado su caudal, y al fin, para terminar su carrera de un modo brillante, había casado con una rica heredera. Ignorábase por entero el origen de este casamiento; sólo se había llegado á saber que el amor no había intervenido.

Schoffingh quería á su mujer como á la más modesta y sumisa de las esposas, y también la quería como á una linda mujercita (aún no hacía el año que se habían casado).

Las damas sensibles afirmaban que no la merecía, ni sabía apreciarla; nosotros no lo afirmamos, porque ella ni siquiera pedía al marido un amor distinto. Mejor de lo que era su esposo, mejor de lo que era su «Jean», no lo deseaba, y á su vez lo quería de un amor semejante al de él. Antes de casarse no había querido á ningún hombre, y después, aunque hubiese hallado otros hombres que con ella hubiesen congeniado, no imaginaba poder quererlos; todos, por cuanto ella podía haber podido observar, todos se asemejaban á su «Jean». Lo que era censurable en su «Jean» era que fuese jugador y vago, que perdía y había ya disipado en el juego más de la mitad de la fortuna de su esposa. Mas, ¿puede una señorita rica, de buena sociedad, tener siquiera una idea de lo que constituye su propia fortuna, ni de que fué adquirida con las fatigas y la sangre de sus antepasados, y de que sin ella no se puede vivir? La linda condesa sabe que su marido ha perdido en el juego cuarenta ó setenta mil rublos y que aquel mismo día había vuelto á jugar; comprende, aunque muy vagamente, que su «Jean» hace algo incorrecto; mas pensar en ello es poco grato, y tranquilamente se dirige al baile de los P., donde también se encaminan Sergio y el Príncipe Kornakof.

EL BAILE

¿Por qué detenernos á describir las particularidades de un baile? ¿Quién no recuerda la impresión serena, sorprendente, que sobre él produjera por primera vez el refulgir de millares de luces, de ojos, de brillantes, de flores, de terciopelos, de sedas y hombros desnudos, de muselinas, de fracs, de chalecos blancos, de zapatitos de raso y de uniformes multicolores; el perfume de flores, de esencias, de mujeres; el rumor de millares de voces y de pasos apagados por los vibrantes sonidos de algún vals ó de alguna polka, y el movimiento constante y la caprichosa armonía de todo esto á la vez?

Mas la sensación del baile en nuestros dos amigos fué muy distinta.

Sergio sintió tal emoción que casi podía advertirse, bajo el blanco chaleco, los latidos fuertes y rápidos del corazón, de tal manera que tuvo que detenerse antes de entrar en el salón, no tanto para tratar de alisarse el cabello, cuanto para calmarse, contener la respiración y dar tiempo á que el rubor le desapareciese del rostro.

El príncipe, por el contrario, tras haber dedicado con una sonrisa unas cuantas palabras á la señora de la casa, penetró en el gran salón, aproximándose á un grupo formado por varios aristócratas, con la misma naturalidad con que hubiese penetrado en su alcoba, con la misma costumbre con que el empleado entra en su oficina y se dirige á su puesto en la mesa de siempre. Para el príncipe no existe lo inesperado; es un hombre demasiado correcto y vive en un medio de personas demasiado elegantes para que le pueda ocurrir algo desagradable; y en cuanto á los placeres que pueda producir un baile, ha tiempo que no los siente. Hasta el sólo interés que pueda experimentar el que no baila—el interés de la observación—no presenta para él nada de nuevo.

Allí está la bellísima D., que tan bien y con tanta originalidad sabe ataviarse; sonríe, como siempre, dando oídos á las galanterías que le van repitiendo sus adoradores oficiales A., B y C... Por allí debe andar la Nadenka con sus maravillosos ojos, y, por tanto, también ha de estar el barón con su monóculo y su detestable francés y que desde hace un año tiene intención de casarse con la Nadenka, cosa que, naturalmente, no llegará á realizarlo.

Aquí está el ayudante de campo, bajito, con su gran nariz, quien ha llegado á convencerse de que la inteligencia y la cortesía, en nuestro siglo, consisten en saber decir tonterías, y riendo como un loco refiere algo á la emancipada solterona G.

Las mesas de juego se hallan en el mismo sitio, ocupadas por las mismas personas, y se sigue jugando y apuntando las mismas cantidades tal y como se viene haciendo desde hace cinco años en todos los bailes de los de P. La señora de la casa, con su atenta sonrisa y la misma frase, repetida cien veces, en cada baile, va corre y se afana de un salón á otro. En el centro del salón bailan unos cuantos estudiantes, dos oficiales de la guardia recién trasladados y los eternos Tamarin, Gubkow, Peghiciew, envejecidos ya en los salones moscovitas que hastían á fuerza de prodigarse. También aquí, junto á la puerta, adosados á las paredes, como siempre, hay algunos fracs desconocidos, inmóviles, que sólo Dios sabe por qué habrán venido. De cuando en cuando se observa entre ellos un movimiento: uno, más atrevido, se ha arriesgado á atravesar, tímidamente, la sala y ha invitado á la única señorita que tal vez conozca; ha dado con ella, aunque á disgusto, algunas vueltas de vals, luego ha vuelto á desaparecer tras la barrera de hombres en pie. Algunas pobres muchachas que nadie conoce y que deben su invitación á las reiteradas súplicas de algún pariente, se hallan sentadas á lo largo de las paredes, afeadas por la envidia al ver que, no obstante sus espléndidas galas, fruto tal vez de un mes de fatigas, nadie las saca á bailar.

No acabaríamos nunca de observar; mas para el príncipe Kornakof todo esto es terriblemente antiguo y pasado. Por más que, en estos últimos años, muchas viejas siluetas hayan desaparecido y hayan ido apareciendo otras muchas nuevas en el campo de la sociedad, los chismes, las conversaciones y los gustos son siempre los mismos.

También la parte material de la fiesta—*buffet*, cena, música, adorno de las habitaciones—es de tal modo conocido, que el príncipe siente un irresistible fastidio al ver la misma cosa repetida á la centésima vez.

Kornakof pertenecía al número de esos solterones ricos para quienes el frecuentar la alta sociedad es una de las más importantes, y á la vez más aburridas, de las necesidades de la vida.

Importante, porque, habiendo ocupado en ella desde su primera juventud el primer puesto por derecho propio, su orgullo no le permitía penetrar en otro campo, para él desconocido, si le dejaba lugar á aceptar siquiera la posibilidad de

otro género de vida; aburrida, porque era demasiado inteligente para no haberse persuadido desde mucho antes de la inutilidad de aquellas relaciones continuas que se establecen entre unos hombres á quienes no une ningún interés común, ni un sentimiento noble y elevado, pero que persisten en sostener artificiosamente aquellas relaciones como único fin de su vida.

Sin darse cuenta, su alma se hallaba siempre llena de tristeza ante la idea de haber vivido inútilmente el pasado y de no esperar nada del futuro; mas esta tristeza manifestábase, no en forma melancólica ni de arrepentimiento, sino en charlas mundanas, biliosas, á veces violentas, á veces fútiles, y siempre ingeniosas y noblemente originales. Tomaba poco interés en los asuntos sociales; los consideraba con tanta indiferencia, que no llegaba á chocar con nadie; por lo cual nadie le quería, pero tampoco le odiaban, y todos tenían por él la estimación que se concede á las personas que forman la alta sociedad.

EL ENCANTO

—*Encore un tour, je l'en prie*—decía Sergio á su prima, ciñéndole la flexible cintura; tenía el rostro encendido tras la décima vuelta de vals, que habían dado con toda gracia y ligereza á través de toda la sala.

—No, basta; estoy cansada—respondióle su linda primita, apartando la mano del hombro de él.

Sergio tuvo que detenerse precisamente ante la puerta en que, apoyado con la mayor indiferencia y con su habitual expresión de calma presuntuosa, se hallaba el príncipe Kornakof hablando con la condesa Schoffingh.

—Mas helo ahí en persona—exclamó, indicando á Sergio con la mirada—. Venga usted aquí—añadió dirigiéndose á él, á la vez que con toda atención se inclinaba ante la linda primita—. La condesa desea conocerle.

—Hace tiempo que ansiaba el honor de serle presentado—respondió infantilmente cortado, Sergio, inclinándose á su vez.

—No obstante, hasta ahora no lo había usted demostrado—le respondió ella, mirándole, con su ingenua sonrisa.

Sergio, enrojeciendo cada vez más, trataba de decir algo que no fuese una eterna vulgaridad. El príncipe pareció, en un principio, observar con gran complacencia la sincera confusión del muchacho; pero después, advirtiendo que no se desvanecía, sino que, por el contrario, y á pesar del dominio social de la condesa, se le transmitía también á ella:

—*Accordez vous un tour de valse, madame le comtesse?*

La condesa sabía que él no bailaba, y le miró asombrada.

—*Pas á moi, je me sens trop lourd et trop vieux pour prétendre á cet honneur.* Perdóneme usted, hi o m'o—añadió dirigiéndose á Sergio—, si me he anticipado á servirle de intérprete.

Sergio se inclinó. La condesa se había puesto en pie ante él y doblaba, sin pronunciar una palabra su lindo brazo para levantarlo al nivel de su hombro.

Mas no había hecho Sergio más que ceñir con la mano el talle de su pareja, cuando calló la música, y ambos permanecieron en la misma actitud hasta que los músicos, advirtiendo las señas que les hacía el príncipe, volvieron á iniciar el vals. Sergio no olvidará nunca aquellos breves instantes durante los cuales oprimió y volvió á soltar por dos veces la breve cintura de su dama.

Sergio no sentía ya sus pies deslizarse sobre el entarimado; le parecía volar cada vez más lejos de las gentes que le rodeaban. Todas sus fuerzas vitales habíanse concentrado en el sentido del oído, que le arrastraba siguiendo el ritmo de la música, ya á disminuir la velocidad del movimiento, ya á girar con mayor rapidez; y en la sensación que le producía el cuerpo de la condesa, que se amoldaba de tal forma á los movimientos de él, que ambos parecían fundirse en un todo único; y en su mirada, que de cuando en cuando detenía, con mezcla de goce y de un temor inexplicable á él mismo, sobre los blancos hombros de la condesa ó en sus azules ojos, ligeramente empañados por un húmedo velo, que

les imprimía una indecible expresión de voluptuosidad y de pasión.

—Haga usted el favor de observar si puede haber algo más lindo que esa pareja—decía el príncipe Kornakof á la prima de Sergio—. Ya sabe usted que tengo la manía de acoplar á la gente guapa.

—Es cierto; en este instante Sergio es completamente feliz.

—Y ella también; esté usted segura que la condesa tiene más gusto en bailar con un muchacho como él que con un viejo de mi calaña.

—Decididamente, tiene usted empeño en que se le diga que no es viejo todavía...

—Pero, ¿por quién me toma usted? Harto sé yo que no soy viejo, pero soy algo peor: soy un abúlico, un necio como esos otros, con la diferencia que ellos no se lo creen. Sergio, en cambio, representa, en primer lugar, algo nuevo; y en segundo, imagino que una mujer no pueda anhelar nada mejor que él. Pero, dígame usted si no son realmente adorables!—proseguía contemplándolos con una sonrisa de complacencia infinita—. ¡También ella es encantadora! Nada, nada; decididamente estoy enamorado de los dos.

—Pues se lo diré á Elisa (así se llamaba la condesa).

—No, no; ¡ya hace tiempo que me he acusado ante la misma condesa del pecado de no haberme enamorado de ella! Ya sabe que esto ocurre por la sola razón de que ya no puedo enamorarme. En cambio, me he enamorado de los dos, de la pareja.

No sólo el príncipe admiraba á la condesa y á Sergio mientras bailaban; mas todos los que no bailaban los seguían involuntariamente con los ojos: unos, con el único goce de quien admira algo bello, y los demás, con rencor y envidia.

Sergio se hallaba tan conmovido por las emociones del baile, de la música y del amor, que cuando la condesa le rogó que la acompañara á su asiento, y dándole gracias con una sonrisa, apartó la mano de su hombro, sintiéndose de improviso dominado por el deseo—que apenas pudo contener—de aprovechar aquel momento para besarla.

El adolescente, en su ingenuidad, sentía por primera vez las sensaciones del amor, y como los vagos deseos que le suscitaban le llenaban el alma, le eran por entero desconocidos, no sabía esquivarlos, ni temía entregarse á ellos por entero.

EL AMOR

La fiesta transcurrió para Sergio como un sueño maravilloso y fascinador, al que no se atrevía á dar crédito. La condesa sólo tenía libre la sexta cuadrilla, y la bailó con él. La conversación fué la eterna conversación de todos los bailes; mas para Sergio cada palabra adquiría un significado especial, el significado de una sonrisa, de una mirada, de un gesto...

Durante un descanso, D., admirador oficial de la condesa, fué á sentarse junto á ellos. Sergio se explicó el caso imaginando que D. debía considerarlo como un chiquillo, y sintió hacia él una repentina hostilidad; mas la condesa manifestaba una bondad y una gracia especial hacia su nuevo amigo; hablaba con D. en un tono ostensiblemente frío, y, en cambio, al dirigirse á Sergio, sus ojos y su sonrisa demostraban satisfacción.

No hay sentimientos que con más frecuencia se unan estrechamente entre sí, y que con más frecuen-

cia también se destruyan entre sí, como el amor y el amor propio. Esta vez, ambas pasiones fundiéronse en una sola para hacer desvariar á nuestro pobre héroe.

Durante la mazurca, la condesa le invitó dos veces, y dos veces también le restituyó él la invitación; durante una de las figuras, ella le entregó el ramo de flores que llevaba; él arrancó una hojita y la ocultó en el guante. La condesa lo observó sin ocultar una sonrisa.

La condesa no podía quedarse á cenar; Sergio la acompañó hasta la escalera.

—Espero tener el gusto de verle á usted en casa—le dijo ella, tendiéndole la mano.

—¿Cuándo podré ir?

—Siempre.

—¿Siempre?—repitió él conmovido, estrechando involuntariamente la mano, que, confiada, se abandonaba en la suya.

Ruborizóse la condesa; la manita se estremeció: ¿para corresponder á la presión ó para liberarse de ella? Dios sabe. Una tímida sonrisa tembló en sus labios mientras descendía la escalera. Sergio era enteramente feliz. El amor, que por primera vez se le despertaba en el alma, era incapaz de detenerse sobre un solo objeto, y se esparcía entre todos y en todo.

¡La Humanidad entera le parecía tan buena, tan generosa, tan digna de afecto!

Permanecía aún abstraído en lo alto de la escalera; lentamente extrajo del guante la hoja que poco antes arrancara del ramo de la condesa, é inconscientemente se la llevó á los labios con una emoción que le enturbió la vista.

—¿Qué tal? ¿Ha quedado usted satisfecho del simpático *debardeur*?—le preguntó el príncipe Kornakof.

—¡Oh! ¡Qué agradecido le estoy á usted! Jamás he sido tan dichoso—le respondió Sergio, estrechándole con fuerza la mano.

Y ELLA HUBIESE PODIDO SER FELIZ

Al llegar á su casa la condesa, preguntó, como siempre, por su marido. No había vuelto aún. Por primera vez se complacía al saber que no estaba en casa. Sentía necesidad de alejar de sí, aunque sólo fuese por unas horas, la realidad, que aquella noche se le antojaba más abrumadora que nunca, y para permanecer sola con sus propios sueños. Y sus sueños eran espléndidos...

Aseméjase Sergio tan poco á todos los hombres que la habían rodeado hasta entonces, que no podía menos de fijar su atención. En sus gestos, en su voz, en su mirada, había un sello especial de juventud, de sinceridad y de afecto. El tipo del hombre que no ha experimentado aún los transportes de la pasión, ni las torturas del vicio—tipo que entre los hombres que no se apartan de las leyes de la Naturaleza debería ser tan frecuente, y que, en cambio, por desgra-

cia, escasea tanto—, era para la condesa, que había vivido hasta entonces en ese ambiente opuesto á toda ley natural, que se llama el gran mundo, de una fascinadora novedad.

A mi modo de ver, con la cofia y el amplio camisón estaba aun más bella que oprimida en el traje de baile. Acurrucada con sus piecitos en el amplio lecho, apoyada el brazo en los almohadones, miraba fijamente la pálida luz de la lámpara. Sobre su boca preciosa erraba algo así como una dolorosa sonrisa.

—Elisa, ¿puedo entrar?—dijo la voz del conde desde la puerta.

—Entra—respondió ella sin cambiar de postura.

—¿Te has divertido?—volvió á interrogar él, besándola.

—Sí.

—¿Estás triste, Elisa? ¿Te has enojado conmigo?

La condesa calló, y en sus labios se inició un temblor, como en los labios de las niñas antes de irrumper en llanto.

—¿Es posible que te incomodes conmigo porque juego? Cálmate, vidita. Hoy he vuelto á ganar todo cuanto había perdido, y no volveré á jugar... Pero ¿qué tienes?—añadió, besándole tiernamente las manos.

Ella no respondió, y las lágrimas le corrían por el rostro. Y por más caricias y preguntas que el conde le prodigaba, ni llegó á explicarle el porqué de sus lágrimas, ni cesó en su llanto.

¡Déjala, hombre sin corazón y sin conciencia! Lloro precisamente porque tú la acaricias y porque tienes el derecho de hacerlo; llora porque los venturosos sueños que llenaban su alma se han desvanecido como humo al contacto de una realidad que le era indiferente antes de aquella noche, mas que se le había hecho odiosa y terrible al entrever que pueden existir el amor y la felicidad verdaderos.

LA AMISTAD DE UN SEÑOR ESTIMADO POR TODOS

—¿Conque te aburres, hijo mío?—dijo á Sergio el príncipe Kornakof, al ver con la indiferencia con que el muchacho pasaba de una habitación á otra sin tomar parte en el baile ni en las conversaciones.

—Sí—le respondió él sonriendo—; quiero irme.

—Vente conmigo á casa. *Nous causerons*.

—Kornakof, supongo que no te quedarás á cenar aquí—inquirió un hombre grueso, alto, de unos cuarenta años, de rostro nada agraciado, pero extraordinariamente desenfadado, que, con el sombrero en la mano y un paso firme y seguro, hendía la multitud agolpada junto á la puerta.

—¿Has terminado la partida?

—Gracias á Dios, he podido acabar antes de la cena, y ahora huyo de la mayonesa fatal con trufas rusas, el salmón pesado y otras golosinas por el estilo—le respondió él en voz alta, de manera que se oyó en toda la sala.

—¿Dónde vas á cenar?

—A casa de Trachmanof, si aun está desierto, ó al restorán Novotroitzk. Vente con nosotros; también viene Atalof.

—¿Vamos, Ivin?—interrogó el príncipe— ¿Os conocéis?

Sergio hizo un gesto negativo.

—Sergio Ivin, hijo de María Michailofna—presentó Kornakof.

—Mucho gusto—dijo el señor sin mirarlo, alargándole su manaza, sin detener su paso hacia la salida—. Daos prisa; vamos.

LEÓN TOLSTOI

(Traducción de CRISTOBAL de CASTRO) (Dibujos de Quesada Hoyo)



A mi modo de ver, con la cofia y el amplio camisón estaba aún más bella que oprimida en el traje de baile

LA VIDA DE LEON TOLSTOI

UNA EVOCAACION FILIAL

No solamente Rusia, sino el mundo entero, ya que á todas partes llegó la luz intelectual de aquel cerebro poderoso, celebra estos días el primer centenario de una de las más grandes figuras de la literatura universal: León Tolstoi.

El admirable autor de «Ana Karenine» y de tantas obras maestras, nació en Yasnaia Poliana, distrito de Kapivna, provincia de Tula, el 28 de Agosto de 1828.

De entre la larga serie de libros consagrados á su memoria, y á los que prestara singulares motivos de verídico interés biográfico las puras y sinceras confesiones que acerca de su propia vida escribiera el gran novelista, destacan los «Recuerdos de uno de sus hijos», firmados por Elie Tolstoi, y publicados poco después de la muerte de León Tolstoi.

Nada tan oportuno como evocar uno de los capítulos de aquella obra, el referente á la casa de Yasnaia Poliana y al cuarto de trabajo del famoso escritor.

RECUERDO la mansión de Yasnaia Poliana tal como era en los primeros años siguientes á la boda de mi padre. Era una de las alas de ladrillo y de un solo piso, que formaban parte de la antigua casa señorial de los Volkonski, que mi padre vendió antes de casarse.

Por las confidencias paternas, sé que la casa donde él nació y creció se componía entonces de una larga y sola planta, donde había treinta y seis habitaciones.

En el antiguo emplazamiento, y en lo que fué centro de las dos alas del edificio, todavía se ven algunos restos, y sobre ellos árboles, que ya tienen cincuenta años y que fueron plantados por mi padre, crecieron sobre las ruinas.

Cuando alguien preguntaba á mi padre dónde había nacido, él señalaba uno de estos árboles surgidos de los antiguos cimientos.

—Ahí—decía—, á la altura de esa maleza, estaba la alcoba de mi madre. Y ahí nací yo, sobre un diván de gutapercha.

Era asombroso para nosotros imaginarnos, viendo las últimas ramas, que allí estuvo la alcoba de su madre, y que en el sofá—que conocimos en el cuarto de él y donde también nacimos sus hijos mayores—también había nacido él, y fué niño como nosotros, y tuvo, como nosotros, una mamá.

Pero mi padre no se acordaba de ella. Murió cuando él tenía dos años, y sólo la conoció por las referencias de quienes la trataron. No era muy alta, pero sí bonita, con ojos grandes, buenos y luminosos.

Sabía contar cuentos infantiles de manera maravillosa, y papá decía que su hermano mayor, Nicolás, había heredado de ella ese talento.

Mi padre no solía hablar de su madre; pero encantaba cuando lo hacía por como un sentimiento muy particular, tierno y dulce, se despertaba en él.

Se notaba en sus palabras tanta ternura y tanto respeto para su memoria, que la abuela se nos aparecía como una santa.

En cambio, sí se acordaba mucho de su padre, que murió cuando él tenía nueve años. También le quiso, y ponía un gran respeto al evocarle; pero se notaba que le era mucho más grato el recuerdo de la madre, á quien no conoció, y á la que, sin embargo, quiso más que á su padre.

•••••

Ignoro á ciencia cierta la historia de la venta de la antigua casa señorial. A mi padre no le gustaba hablar de ello, y nunca me pude decidir á pedirle detalles.

Únicamente sé que fué vendida en cinco mil rublos por un pariente de mi padre, el cual administraba



LEON TOLSTOI

A la edad de veintiséis años, cuando era oficial del Ejército

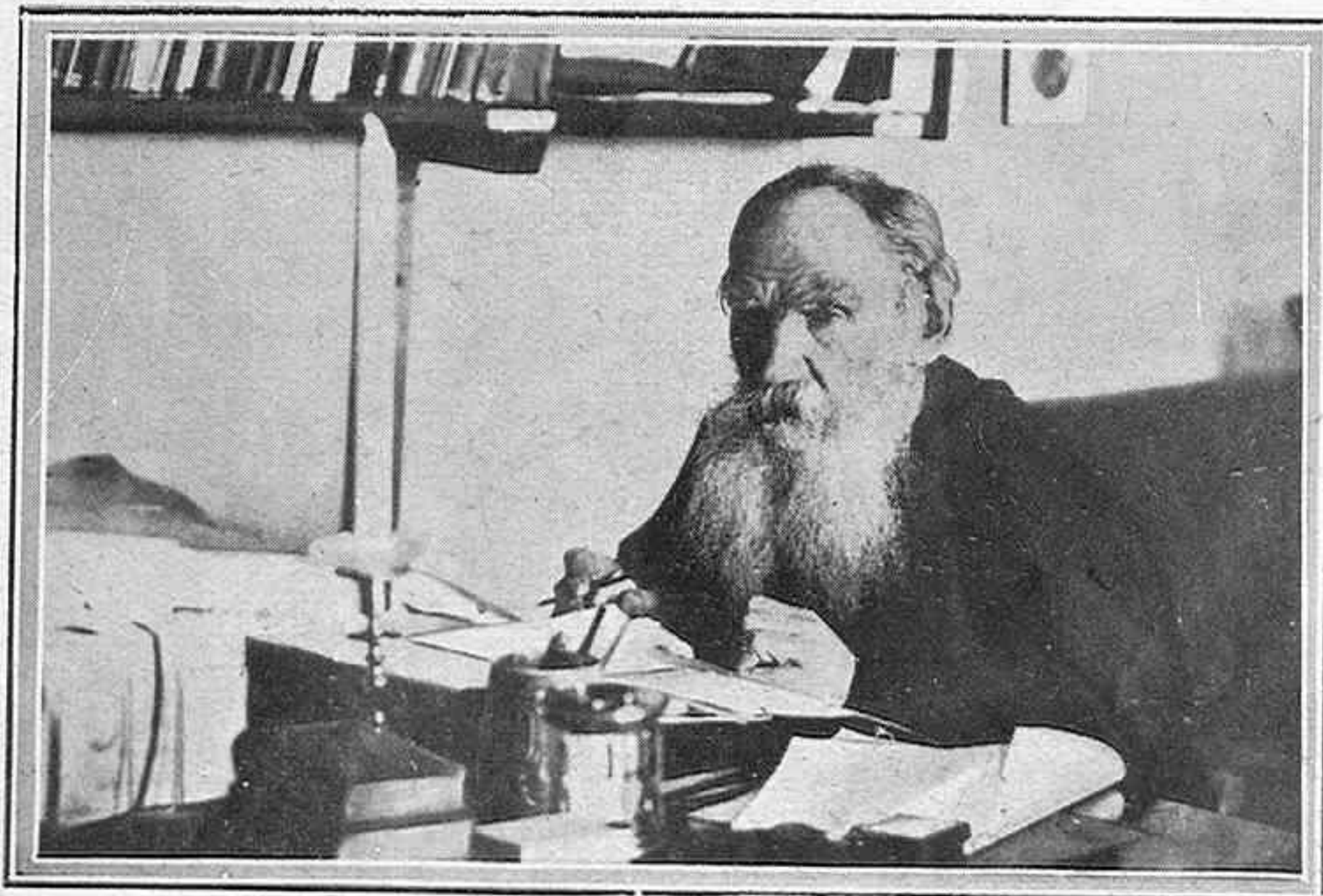
por poderes sus bienes, mientras él estaba en el Cáucaso. Se ha dicho que la venta se hizo para pagar una deuda de juego. Es exacto.

Mi padre me contó que hubo una época de su vida en la que jugaba y perdía mucho, hasta el punto de que sus asuntos se embrollaron enormemente.

No supe nunca si la casa se vendió por volun-



Tumba de León Tolstoi, en Yasnaia Poliana



Tolstoi escribiendo en su mesa de trabajo

tad expresa de mi padre, ó si el pariente se decidió á hacerlo por su propia iniciativa.

Esto último es más verosímil. Sentía mi padre tal veneración por sus ascendientes, conservaba tan tierno recuerdo de sus años infantiles, que no puede suponerse pusiera sacrilegamente la mano sobre aquella casa donde nació y creció, y en la cual se desarrolló la vida entera de su madre.

Conociendo á mi padre, estoy tentado de creer que, habiéndole escrito desde el Cáucaso á su pariente la necesidad de vender algo de su hacienda, no pensara fuese precisamente la casa natal lo que vendiese éste. Y más tarde la responsabilidad de semejante acto recayó sobre él.

Sin duda, ésta era la razón de que no le gustara hablar del asunto.

En 1871, cuando yo tenía cinco años, se empezó á agrandar nuestra casa, construyendo una sala y un gabinete nuevos. Recuerdo cómo abrieron los albañiles otra puerta en la casa vieja y cómo me gustaba sentarme entre los carpinteros para ver cómo formaban el tillado del suelo uniendo los trozos de madera de roble con una cola olorosa y ajustándoles á martillazos.

Cuando concluyeron el entarimado y lo encerraron, quedó tan resbaladizo, que me daba mucho miedo andar sobre él.

Luego, al empezar á secarse, crujía con ruidos que me parecían dispersos, y como estuviese solo en la habitación, salía espantado, medio muerto de terror.

Sobre los muros de la nueva sala colgaron los retratos de nuestros antepasados. También ellos al principio me amedrentaban. Luego mis hermanos y yo nos acostumbramos á verlos, é incluso llegué á querer á uno de ellos, Ilie Andreievitch Tolstoi, mi bisabuelo, porque decían que me parecía á él. Tenía un aspecto orondo y atrayente. Papá nos contó que, según había oído decir, este abuelo suyo enviaba á planchar la ropa al Extranjero, era hospitalario en extremo, generoso y alegre, y derrochó la fortuna enorme de su mujer.

Al lado de este retrato había el de mi otro bisabuelo, N. S. Volkonski, padre de mi abuela. Tenía unas cejas muy negras y espesas. Llevaba peluca blanca y vestía un caftán rojo. El fué quien construyó todo lo que hay en Yasnaia Poliana. Propietario ejemplar, era inteligente, activo, y disfrutaba de una gran consideración en el distrito.

En otra de las paredes ocupaba todo el espacio que había entre dos puertas, un retrato muy grande del príncipe Gortchakov, viejo, ciego, padre de mi otra abuela Tolstoi, la mujer de Ilie Andreievitch. Estaba sentado junto á un velador, con los párpados bajos y teniendo al alcance de su mano dos pañuelos, con los cuales se enjugaba frecuentemente sus ojos lacrimosos.

Decían de él que fué muy rico y muy avaro. Le gustaba contar, recontar el dinero, y pasaba días enteros manoseando sus fajos de billetes.

Al quedarse ciego, se hacía traer por la persona de su más estricta confianza el cofrecillo donde le guardaba, y los palpaba ansiosamente, cerciorándose de que estaban todos.

Sin embargo, la persona de su estricta confianza era muy hábil en substituir poco á poco los billetes por pedazos de papel de periódicos, que engañaban á los dedos del ciego.

Junto al del príncipe, estaba el retrato de una monja con un gran rosario. Era la madre de Gortchakov, antigua princesa Mordkine (1705).

También estaban allí los retratos de la mujer de N. S. Volkonski, princesa Troubetskoi, y el del pa-

dre de Volkonski, el mismo que plantó el parque de Yasnaia Poliana, con sus *prichpekty* (perspectivas) y las avenidas de tilos.



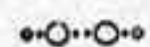
En la parte de abajo, inmediato á la antesala, mi padre se había arreglado su cuarto de trabajo. Mandó practicar una especie de hornacina ó nicho en la pared, y colocó allí el busto de su hermano predilecto, Nicolás. Este busto se modeló con arreglo á la mascarilla mortuoria, y mi padre decía siempre que era obra de un gran escultor, quien lo hizo por encargo suyo.

Nicolás Tolstoi tenía en este busto cierto aire melancólico. Tan blanco y con los cabellos pegados al cráneo y peinados con raya, como los de un niño.

El cuarto de papá estaba dividido por dos grandes armarios llenos de libros. Para que no se cayeran estos armarios, estaban sujetos por grandes travesaños de madera.

Aun existen esos travesaños, y no puedo mirarlos sin espanto, porque sé que mi padre intentó una vez ahorcarse en ellos.

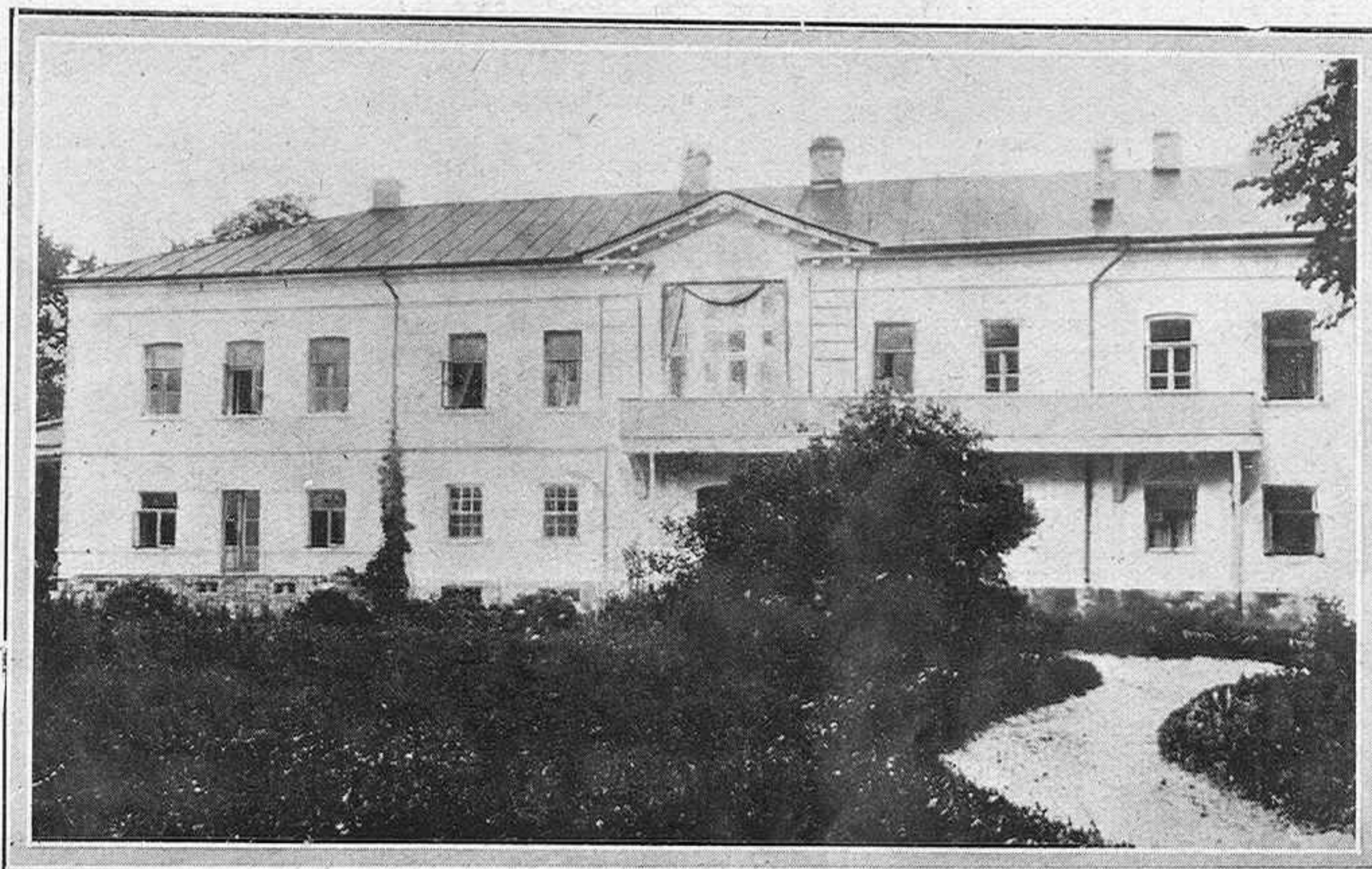
Detrás de la puerta estaba la mesa y el gran sillón antiguo donde papá se sentaba á escribir. En las paredes se veían cornamentas de ciervos traídas del Cáucaso y una cabeza de reno disecada. En los cuernos de ésta papá colgaba su toalla y su sombrero. Al lado hay retratos de Dickens, Schopenhauer y Fett, y el grupo tan conocido de los escritores del *Círculo Sovremennik (El Contemporáneo)* en 1856. Allí se ven á Tourgeniev, Ostrovski, Goutcharov, Grigorovitch, Droujinine y mi padre, todavía joven é imberbe, con uniforme de oficial.



Por la mañana papá salía de su alcoba, que estaba en el primer piso, en el ángulo de la casa, y cubierto sólo con una bata, las barbas despeinadas, bajaba á vestirse. Luego salía de su cuarto ya fresco, arreglado, con su blusa gris, y venía á tomar el café al comedor, donde nosotros le esperábamos para



Alcoba y gabinete de Tolstoi, en Yasnaia Poliana



Jardín y casa solariega de Tolstoi



Tolstoi de paseo con su caballo favorito

almorzar. Cuando no había gente de visita, se marchaba pronto, llevándose un vaso de te; pero si había alguien, y sobre todo cuando estaba algún amigo suyo, se ponía á hablar y no se decidía á irse.

Con una de las manos metida entre la blusa y el cinturón de cuero, teniendo en la otra el portavaso de plata con el vaso lleno de te, á veces estaba más de media hora de pie en la puerta, sin darse cuenta de que el te se enfriaba. Hablaba, hablaba...

No sé por qué en aquellos momentos la conversación era más interesante y animada que nunca.

Todos conocíamos bien aquel sitio suyo

en el umbral, y sabíamos perfectamente que cuando papá, con el vaso de te en la mano, se dirigía muy resuelto á la puerta, iba á detenerse allí para decir su última palabra. Entonces empezaba lo más atrayente de su charla.

Una vez encerrado en su cuarto de trabajo, nosotros íbamos, cada uno por su lado, á estudiar, en invierno, en nuestras habitaciones; en verano, en el jardín, ó á jugar. Mamá, en la sala, se ponía á coser ó copiaba lo que no tuvo tiempo de recopiar la noche anterior.

Hasta las tres ó las cuatro el silencio era absoluto en toda la casa. A esa hora papá salía del despacho y se iba á dar un paseo por el bosque con su fusil y su perro. Unas veces á caballo, otras á pie, sencillamente.

A las cinco sonaba la campana, colgada en la rama rota de un viejo olmo que había frente á la casa. Corríamos á lavarnos las manos y á prepararnos para comer.

Algunas veces papá se retrasaba, y había que esperarlo. Llegaba un poco azorado, se disculpaba con mamá, y antes de sentarse á la mesa llenaba un vasito de plata con vodka.

Una sala del curioso museo de León Tolstoi, en el que se conservan valiosos recuerdos pertenecientes al ilustre novelista. Esta institución, verdadero archivo del insigne escritor ruso, cuyo centenario se conmemora en estos días, ha logrado reunir innumerables objetos y recuerdos de la vida del glorioso autor de «La sona-



ta de Kreuzer». El curiosísimo museo es frecuentemente visitado por los admiradores del extraordinario maestro, entre los que se cuentan muchísimos extranjeros devotos de la obra genial de Tolstoi, que acuden allí con el exclusivo objeto de contemplar la luminosa estela de su gran obra

Tenía siempre apetito y comía con avidez cuanto tenía á mano.

Mamá le advertía se reservara para las chuletas y las legumbres.

—Vas á enfermar del hígado—le decía.

Pero él no hacía caso. Comía, comía hasta saciar su hambre.

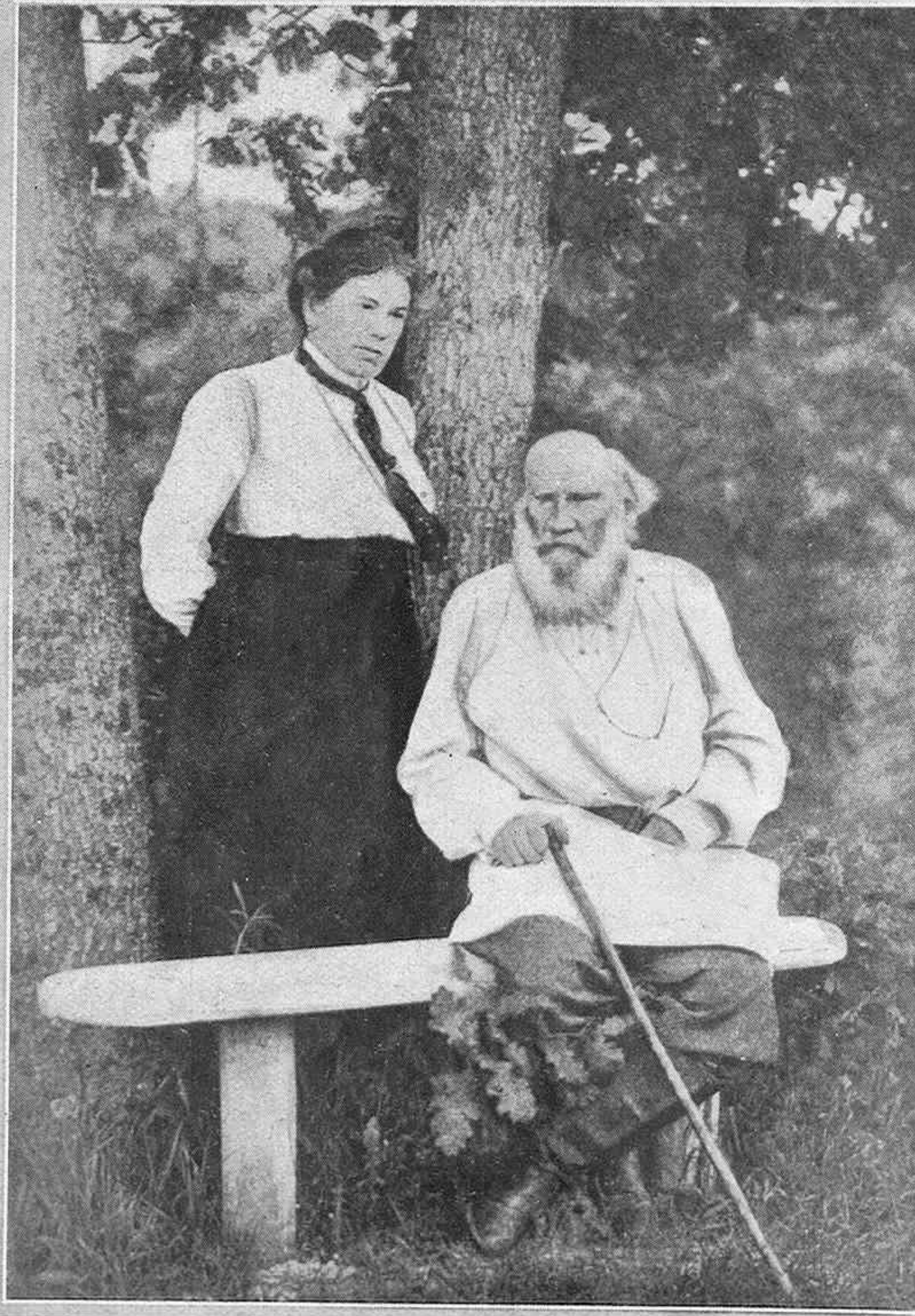
Luego nos contaba las impresiones del paseo: el nido de gallos silvestres que había encontrado; el nuevo sendero que había descubierto en el bosque detrás de los pozos de koudeiarov; cómo el caballo que estaba empezando á domar se resistía á la brida y á la espuela... Todo esto nos parecía tan interesante, que el tiempo se iba sin sentir.

Después de comer, papá tornaba á su cuarto para leer hasta las ocho, en que se servía el te y empezaba la deliciosa velada cotidiana.

Estamos todos reunidos en la sala. Las personas mayores hablan, leen en voz alta, tocan el piano. Nosotros, los niños, oímos á los mayores ú organizamos algo alegre, y esperamos ansiosamente que el gran reloj inglés del descansillo de la escalera carraspee y suene lentamente las diez.

—Tal vez no se entere ma-

León Tolstoi, acompañado de su hija Tatiana, descansando en un rústico banco durante uno de los paseos por el bosque, que tanto agradaban al ilustre novelista



má. Está en el gabinete copiando.

Pero ha oído el reloj.

—Niños—nos grita—. Ya es hora de acostarse. Dad las buenas noches.

—Un momento, mamita... Cinco minutos nada más.

—Vamos, vamos, que es tarde. Mañana costaría trabajo levantarnos, y hay que trabajar.

No nos damos mucha prisa en la despedida, confiando en cualquier incidente que la retrase. Nos resulta humillante ser todavía pequeños y tener que retirarnos cuando las personas mayores pueden quedarse allí el tiempo que quieren.

¿Qué hacen cuando nosotros no estamos? Seguramente entonces empieza lo mejor.

No en vano papá me dice: «¡Cuando se es grande!», como burlándose de mí, porque él ya es grande y tiene todo lo que quiere, mientras yo tengo deseos de todo. Tiene tres fusiles, puñales, perros, un caballo. No tiene que estudiar, mientras que yo aun me queda mucho tiempo de ser pequeño y dormir en el cuarto de los niños, á obscuras, con mamá María Afanassievna, que apenas apaga la luz me ordena me esté quieto y callado en la cama.

¿Y si llorase?

No. Más vale hundir la cabeza bajo la colcha y dormir.

Y apenas cierro los ojos y me adormezco, cuando ya es de día, en la mañana clara y alegre...

ELIE TOLSTOI

(Traducción de FORTUNIO)

RECORDANDO AL GLORIOSO NOVELISTA RUSO

IDEALES Y REALIDADES

CENTENARIO del nacimiento de Tolstoi. No puede faltar en tal fecha el análisis de la vida y de la obra del gran pensador ruso. Su vida y su obra pueden ser igualmente instructivas, y lo será aun más su estudio comparado. Aunque no nos enseñase á veces la versatilidad del espíritu humano, nos dirá con toda claridad que la distancia de la idea al hecho, la que separa al poeta del héroe, es siempre inmensa.

Un escritor ruso, Stephan Zweig, nos cuenta *Un día de la vida de Tolstoi* y en el relato hecho del natural; pero no de una vez, sino sumando impresiones diversas. Nos da una síntesis de la contradicción esencial que atormentó la existencia del aristócrata filósofo: sus pensamientos y sus ideales iban por un camino; su vida material seguía fatalmente, por ley mesológica, el camino opuesto.

Por eso el relato de Stephan Zweig está lleno de quejas, tiene tantos lamentos como frases pronuncia en él el autor de *Impresiones de la vida*.

Muy de mañana, mientras «el señor» desayuna, un criado le presenta en bandeja de plata señorial el correo del día: un montón grande de cartas, de revistas y de libros. Tolstoi le mira y piensa silenciosamente:

«Incienso y molestias; cuando menos, distracción. Sería necesario estar más solo consigo mismo y con Dios; no considerarse siempre el ombligo del Universo; apartar de nosotros todo lo que turba y distrae, todo lo que nos hace vanidosos, nos llena de orgullo y de insinceridad. Sería mejor quemar todo esto en el hogar para no dispersarse y para cerrar el alma al orgullo.»

Pero... la curiosidad le domina, y registra rápidamente aquel cúmulo de cosas diversas, heteróclitas.

Una carta le interesa más que las otras. La lee dos ó tres veces. Es de un estudiante que le increpa furiosamente porque predica el uso del agua y bebe vino... «es tiempo ya—añade—de que entregue sus bienes á los colonos, abandone su casa y peregrine por los caminos de Dios...»

«Tiene razón—piensa el conde—. Habla como mi propia conciencia; pero, ¿cómo explicarle lo que no me explico yo mismo? ¿Cómo de-

fenderme si me ataca con mis propios pensamientos?»

Le anuncian entonces la visita de un corresponsal del *Times*.

«Siempre estos importunos. ¿Qué quieren de mí? Sólo escudriñar mi existencia con sus miradas de papanatas. Lo que yo tengo que decir está en mis libros. Cualquiera que sepa leer puede verlo.»

Pero, no obstante, una condescendencia, hija de la vanidad, le hace ceder:

«Sea, pero sólo media hora—y mientras se dirige al despacho, piensa: —¿Por qué he cedido una vez más? Con el cabello blanco y á las puertas de la muerte obro como un vanidoso y me entrego á la charla con los hombres; siempre me

rindo cuando me solicitan halagadoramente. ¿Cuándo aprenderé á ocultarme y á callar? ¡Ayúdame, Dios mío!»

En otro momento, ante el espectáculo de la miseria de sus colonos, piensa:

«Esto es lo que pasa en mis tierras; no, en las tierras que he cedido á mi mujer y á mis hijos; pero, ¿por qué ocultar cobardemente, tras mi mujer y mis hijos, mi falta y mi complicidad? Esa transmisión de propiedad no ha sido más que una comedia para engañar al mundo; pero como yo vivía del trabajo ajeno, los míos sacan aún su dinero de esta pobreza. Lo sé perfectamente: cada ladrillo empleado en la reconstrucción de la casa en que vivo ha sido amasado con el sudor de mis siervos; mi casa es su carne y su fatiga petrificadas.

¿Cómo he podido dar á mi mujer y á mis hijos lo que no es mío: la tierra de estos campesinos que la trabajan? Debería sentir vergüenza ante Dios, en cuyo nombre yo, León Tolstoi, predico constantemente la justicia, mientras cotidianamente contemplo desde mis ventanas la miseria ajena.»

Luego, á la hora de comer, ante la mesa, espléndidamente servida, con vajilla de plata, por criados de librea:

«Esta mesa y esta casa, llena de misterios y carentes de pureza, son un pecado contra Dios y contra la verdad, y perduro aquí en esta atmósfera, sintiéndome á gusto, en lugar de huir y seguir mi camino. Más me valdría y más valdría á los míos que hubiese muerto ya. He vivido demasiado, y no he vivido bastante en la verdad; hace ya muchos años que mi hora pasó.»

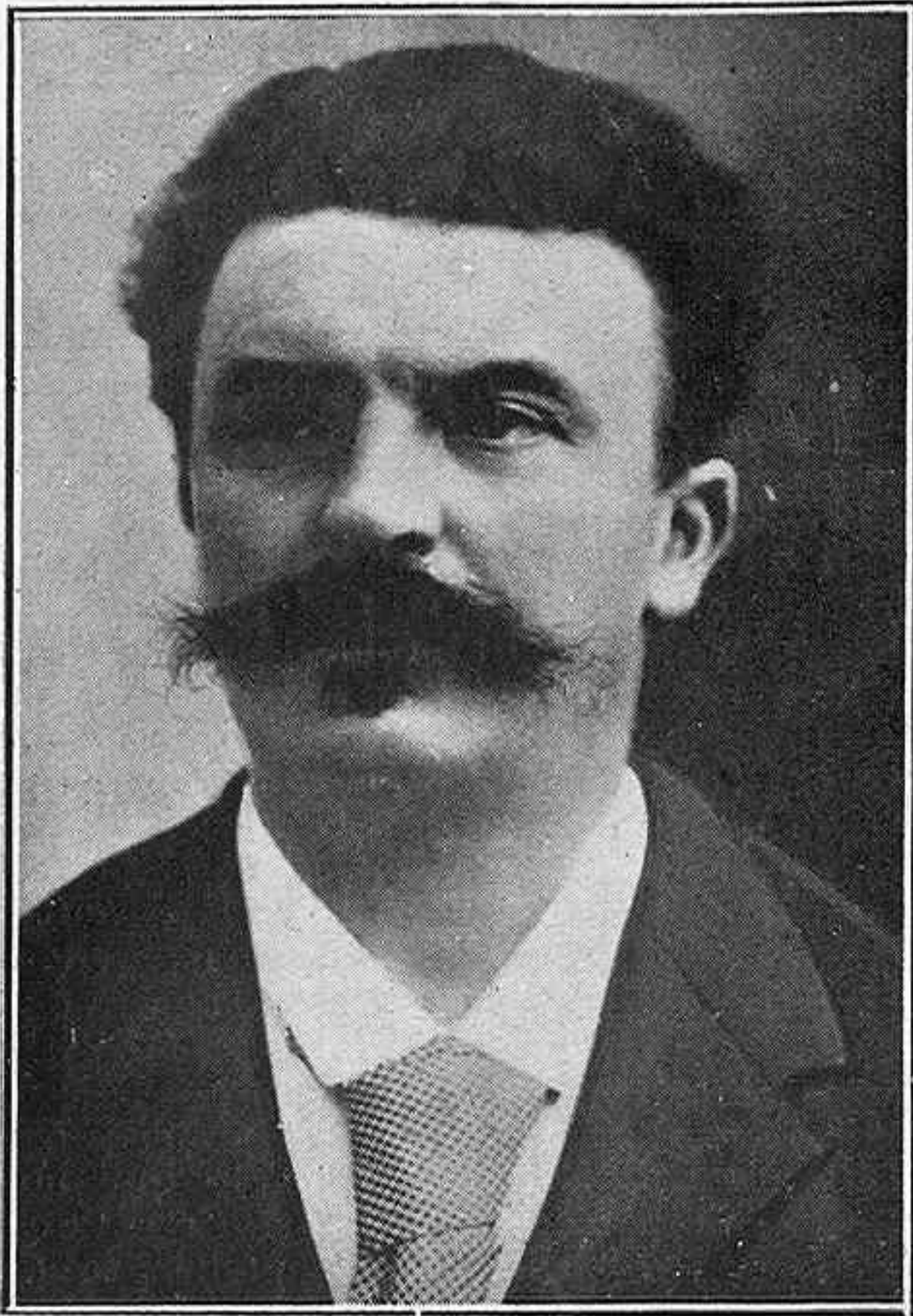
Más tarde oye emocionado á un pianista que le visita, y piensa:

«¿Cómo he podido insultar al arte? ¿Dónde sino en él hay consuelo? Todo pensamiento ensombrece, toda ciencia turba el espíritu, y donde únicamente sentimos la presencia de Dios es en las imágenes y en el verbo del artista. Beethoven y Chopin, sois mis hermanos. Siento vuestras miradas fijadas en mí, y el corazón de la humanidad palpita en mi corazón. ¡Perdonadme, hermanos míos, que os haya ofendido!»

Y todas esas tradiciones de su



La alameda del bosque de Yasnaia, el paseo favorito de Tolstoi



GUY DE MAUPASSANT

pensamiento con su ambiente familiar las tradujo el conde León Tolstoi en aquellas líneas de su *Diario*:

«En mi familia no estoy á mi gusto, porque no puedo compartir los sentimientos de los míos. Todo lo que les complace, los exámenes escolares, los triunfos mundanos, las compras, lo considero como una desdicha y un mal para ellos; pero no debo decirselo; en realidad, puedo y lo hago también; pero mis palabras no son comprendidas por nadie.»

Es, en definitiva, el destino eterno del pensador, con ideal superior al del siglo en que vive, para el cual parece inventado el mito de Tántalo.

En Tolstoi, además, acentúa ese dolor la rigidez demasiado absoluta—valga la frase—de las ideas excesivamente abstractas, porque sólo tienen un punto de vista para mirar á la realidad.

Sus juicios sobre tres grandes escritores franceses, Zola, Dumas (hijo) y Guy de Maupassant, muy interesantes de todos modos, son expresión de ese modo de ser.

Examinando el famoso discurso del autor de *Les Rougon* á los estudiantes franceses, que contraponen á una carta, famosa también, de Dumas al *Le Gaulois*, dice:

«Que todos los hombres trabajen con constancia, y el trabajo les hará la vida sana y alegre, y los librará del tormento del infinito—afirma Zola—. Trabajas, pero ¿cómo? Los vendedores y fabricantes de opio y de aguardiente, los zurupetos de la bolsa, los inventores y los fabricantes de aparatos de destrucción, los militares, los carceleros y los verdugos trabajan; pero es evidente que la humanidad no perdería nada si dejaran de trabajar.

«Pero la recomendación de Zola, ¿se refiere únicamente á los hombres, cuyos trabajos son científicos? La mayor parte del discurso de Zola está dedicada, efectivamente, á la rehabilitación de la ciencia, que supone atacada...

«¡Trabajar en nombre de la ciencia! Pero la palabra ciencia tiene un sentido tan amplio y poco definido, que lo considerado por unos como ciencia, no lo es por otros sino como una vana futesa, y no por los profanos, sino por los mismos sacerdotes de la ciencia. Mientras los sabios espiritualistas consideran la jurisprudencia, la filosofía y aun la teología como las ciencias más necesarias y más importantes, los positivistas consideran precisamente á esas mismas ciencias como infantilismos carentes de valor científico; y rec procamente, lo que los positivistas consideran como la ciencia de las ciencias la Sociología, no es para los teólogos, los filósofos y los espiritualistas sino un conjunto de observaciones y de asertos arbitrarios é inútiles. Más aún: dentro de una misma rama, en Filosofía ó en Cien-

cias naturales, cada sistema tiene ardientes defensores y no menos ardientes detractores, igualmente competentes, aunque sosteniendo opiniones diametralmente opuestas.»

Por ese camino llega Tolstoi á preconizar, contra la opinión de Zola, la del filósofo chino Lao Tsen, según la cual, si los hombres se abstuviesen de hacer, estarían libres no sólo de sus calamidades personales, sino aun de las inherentes á toda forma de gobierno.

Y en esa corriente, el pensador ruso añade: «He creído siempre que sólo á un ser privado de razón, como la hormiga de la fábula, podrá perdonársele que elevase el trabajo al rango de virtud y se vanagloriara de él. Zola asegura que el trabajo hace al hombre bueno; yo he observado siempre lo contrario.»

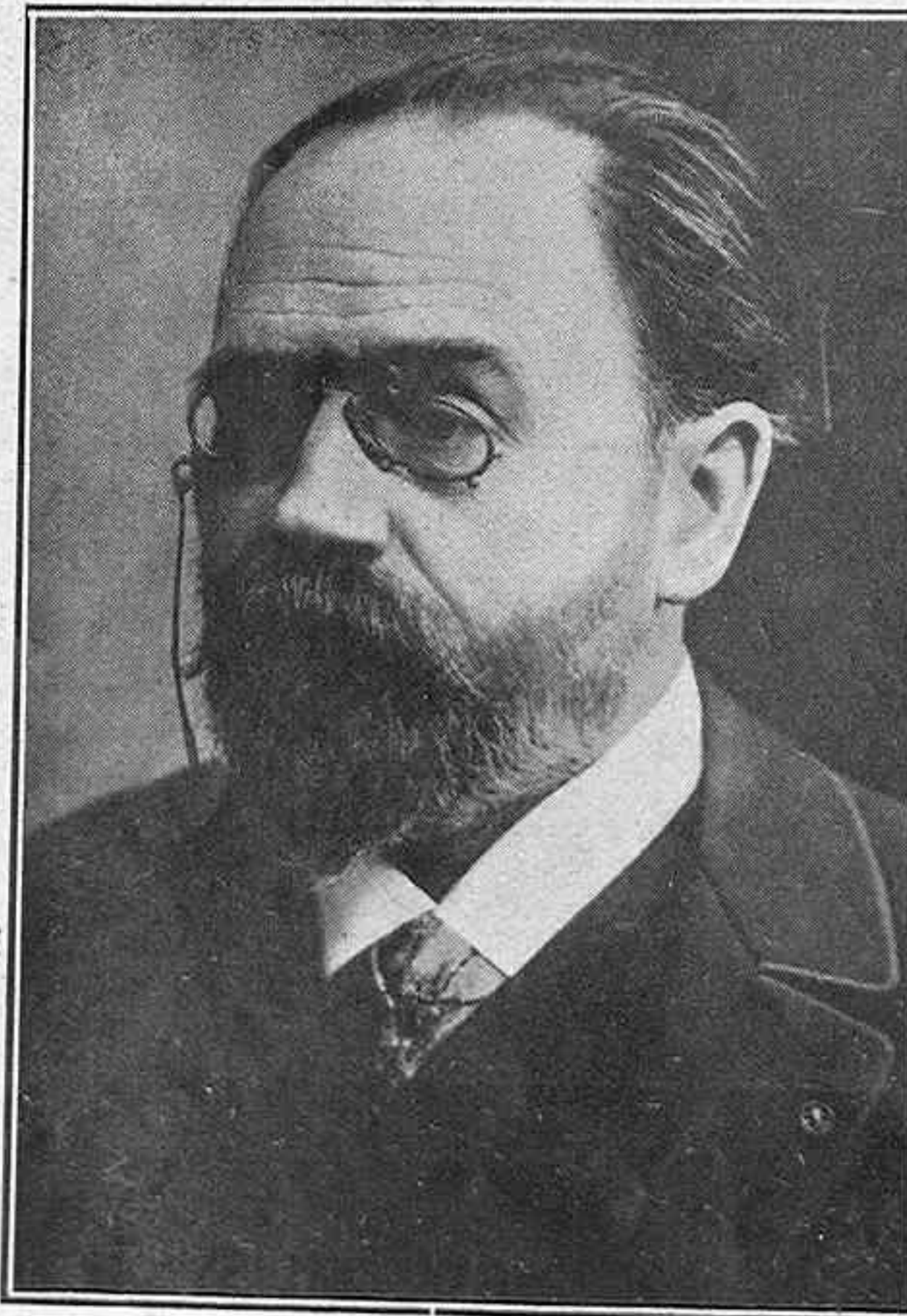
Refiriéndose á la carta del autor de *La Dama de las Camelias*, Tolstoi dice:

«Dumas profetiza que los hombres, después de haberlo ensayado todo, se decidirán seriamente á aplicar á la vida la ley de amor fraternal, y que este cambio se realizará antes de lo que se piensa. Podemos dudar de la proximidad y aun de la posibilidad de ese cambio; pero es evidente que si se produjera resolvería todas las contradicciones, todas las dificultades y evitaría todas las desdichas con que nos amenaza el fin de nuestro siglo.

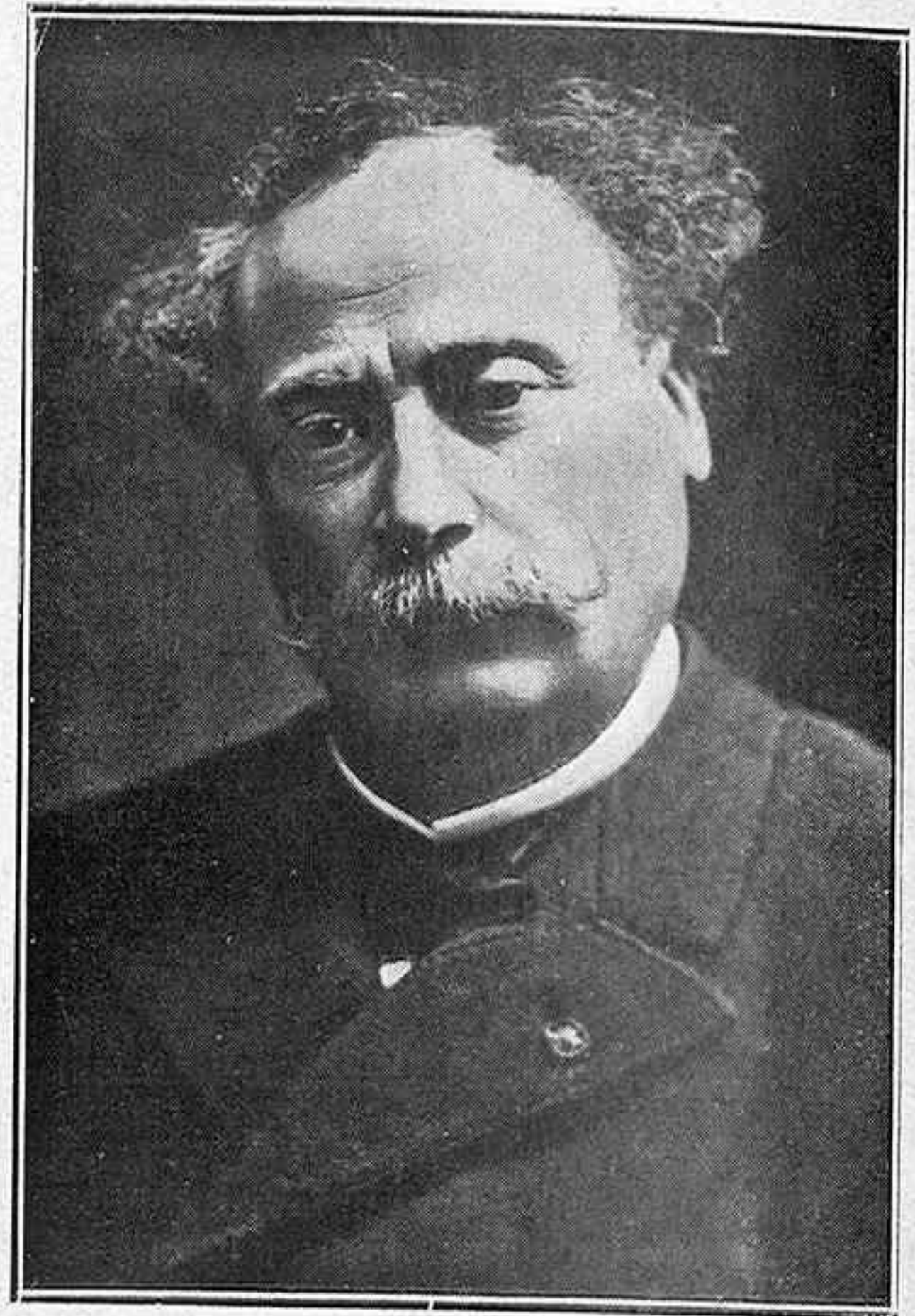
«La única objeción ó, mejor, la única pregunta que puede hacerse á Dumas es ésta: Si el amor al prójimo es posible, inherente á la naturaleza humana, ¿por qué han pasado miles de años—ya que el mandato «Amaos los unos á los otros» no es de Cristo, sino más viejo aún: de Moisés—sin que los hombres que conocen ese camino de felicidad le hayan aplicado? ¿Cuál ha sido la causa que ha impedido la manifestación de ese sentimiento tan natural y tan beneficioso para la Humanidad? Es evidente que no basta con decir «Amaos los unos á los otros.» Se dice desde hace tres mil años; se dice incesantemente y desde lo alto de todas las cátedras religiosas ó laicas; pero los hombres no por eso dejan de exterminarse en lugar de amarse, como se los predica durante tantos siglos...

«Evidentemente hay una razón más fuerte que los impide hacer lo que les sería más provechoso y los libraría de los peligros que los amenazan, lo que los dictan la ley divina y su conciencia. ¿Debemos concluir que el amor aplicado á la vida es una quimera? Pero, entonces, ¿por qué durante tantos siglos los hombres se dejan seducir por ese sueño irrealizable?...

«Una vez hecho natural al hombre el amor al prójimo, las nuevas condiciones de la vida cristiana se formarían espontáneamente, como en un líquido saturado de sal se forman los cristales.



EMILIO ZOLA



ALEJANDRO DUMAS (hijo)

les inmediatamente que se le deja en reposo.»

«Nadie duda que el orden de cosas actual—Tolstoi escribía esto en 1893—si se prolonga aún durante algunas decenas de años, conducirá á una catástrofe inminente y general. No necesitamos más que abrir los ojos para ver el abismo hacia que caminamos.»

La visión profética de la guerra no era única en el espíritu de Tolstoi. Estaba en él, con la misma claridad, la predicción de la revolución rusa. Así, el conde escribía en un artículo que á su muerte quedó inédito:

«La mayoría del pueblo tiene ya la conciencia más ó menos clara de que el Poder imperial es inútil, absurdo y dañoso. Es difícil prever cuáles serán las consecuencias de este hecho; pero esas consecuencias, funestas para el Gobierno, son absolutamente inevitables.»

Y añadía:

«Si esa conciencia se convierte en acto; es decir, si la mayoría de las gentes, sometida aún al Gobierno, deja de participar en sus crímenes, se verá hundirse por sí mismo y sin lucha ese edificio ruso privilegiado cuya existencia no responde desde hace tiempo á las exigencias morales de los hombres de nuestra época.»

¿Qué pensaría Tolstoi, pregunta uno de sus comentaristas, del estado actual de Rusia consecutivo á la revolución por él profetizada?

Quizás pudiera encontrarse la respuesta en algunos párrafos del juicio definitivo que el pensador ruso formuló acerca de Guy de Maupassant, tan contrario al que le inspiró la lectura de *La Maison Tellier* cuando Tourqueneff la hizo llegar á sus manos:

«Lo trágico de la vida de Maupassant fué que colocado en un ambiente de la más monstruosa inmoralidad, se desprendió, por la potencia de su talento y por la luz excepcional que existía en él, del concepto de la vida propio de ese medio. Estaba próximo á la liberación; respiraba ya el aire de la libertad; pero había perdido en la lucha sus últimas fuerzas, no pudo hacer el último esfuerzo y pereció antes de redimirse.»

«Si su destino no hubiese sido morir en los dolores del renacimiento, sino renacer, nos hubiera dado obras grandes é instructivas. Pero lo que nos dió durante el curso de su renacimiento fué ya mucho.»

Al cabo, los hombres y los pueblos tienen ideologías semejantes, y si el pueblo ruso no llegó aún al ideal de amor fraternal preconizado por su filósofo, seguramente está en ese lento trabajo de renacer que podría destruirle; pero podrá también aproximarse al ideal si le hace adquirir la plena conciencia de sí mismo.

EL CONDE DE TORENO

ENTRE los patricios insignes que ha dado á España el Principado de Asturias, bien se puede contar á D. José María Queipo de Llano Ruiz de Saravia, vizconde de Retamosa, y más tarde conde de Toreno.

Vió la luz en Oviedo el 26 de Septiembre de 1786. Su educación comenzó en Cuenca, adonde hubo de trasladarse su familia, y prosiguió en Madrid bajo la dirección de su preceptor y paisano D. Juan Valdés, verdadero apóstol de las ideas liberales que de allende el Pirineo nos llegaban.

Desarrollábase por el entonces en Francia la tragedia revolucionaria que habría de dar nuevos giros á la sociedad, aunque fuese al bárbaro impulso de las oleadas de sangre, y en España, como en todo el mundo, repercutían los chispazos de aquella gigantesca renovación de los derechos del hombre.

El *Emilio* y *El Contrato social* de Juan Jacobo Rousseau fueron las primeras lecturas del joven prócer. En ellas fué despertando su clara inteligencia, se templó su corazón y fortalecióse su espíritu, siendo fama de que tales libros fueron puestos en sus manos (cosa rarísima en aquel tiempo), por el prior del monasterio de Montserrat, de esta Corte.

Hallándose en Madrid cuando la memorable epopeya del Dos de Mayo de 1808, puso en grave peligro su vida por el afán hidalgo de salvar la de un su amigo llamado D. Antonio de Oviedo. Partióse por el entonces á Asturias, adonde llegó cuando la conducta de los franceses iba enardeciendo los ánimos y trocando en hogueras de rencor la geórgica paz de aquellas tranquilas campiñas.

El proverbial sosiego de los asturianos iba soliviantándose en tal forma ante los desmanes del ejército invasor, que no se había menester más de una chispa para que se inflamara aquella pira de rencor contenido.

Los rumores de protesta y las ansias de libertad cundían de hora en hora; los discursos patrióticos eran las antorchas que iban prendiendo los odios por todo el Principado, hasta que al fin dicen que fué la de Oviedo la primera provincia que dió el grito de independencia.

Ciertamente que este extremo todavía está por averiguar con toda certeza, por cuanto se le disputan á la vez Móstoles, Valencia y Oviedo.

Constituída la Junta de defensa y ya francamente levantada en armas la región asturiana, Queipo de Llano fué comisionado á Londres, con D. Angel de la Vega, para reclamar auxilios.

Las gestiones practicadas con el gobierno inglés tuvieron éxito felicísimo, y los próceres patriotas pudieron regresar á España altamente satisfechos, en Diciembre de aquel mismo año.

Por entonces había llegado á Oviedo el marqués de la Romana, que quiso poner cauce á la Junta del Principado; mas, resistiendo ésta con

indomable energía, no halló el famoso general otra fórmula que decretar la disolución de aquel grupo de patriotas, nombrando otra junta, de la que hizo miembro al joven vizconde de Retamosa.

Aunque éste se hallaba distanciado de la anudada corporación y no estaba conforme con muchas de sus determinaciones, no aceptó el nombramiento, y con la energía propia de su carác-

De retorno á Inglaterra, supo que había sido condenado á muerte por el Gobierno español y confiscados sus bienes.

Seis años permaneció en París, luego de la batalla de Waterloo, y durante este tiempo entretuvo sus forzados ocios en escribir un opúsculo de las Cortes de Cádiz.

Cesó su destierro con el levantamiento de Riego en 1820. Volvió á España, y fué nombrado ministro plenipotenciario en Berlín, destino que renunció por tres veces, con la esperanza de que nombráranle diputado por Oviedo, anhelo que al fin logró en las nuevas Cortes que habían sido convocadas.

En unión de Martínez de la Rosa (el ministro académico) fué encargado de redactar la contestación al discurso de la Corona, que fué aprobado con ligerísimas enmiendas.

Ya por el entonces habían experimentado radical variación las ideas políticas de su excelencia, dejando á la margen del camino aquel ardiente liberalismo al que debía tan buena parte de su fama.

La defensa de un proyecto de ley restringiendo algún tanto la libertad de imprenta le valió la enemiga del pueblo, que intentó agredirle al salir de la Cámara, lo que no impidió que al siguiente día, con la mayor entereza, condenase el atentado en pleno Parlamento.

Quiso Fernando VII encargarle la formación de un nuevo Gobierno; pero sólo consintió en indicar los elementos que habían de formarle, teniendo por presidente á Martínez de la Rosa, y aquella misma noche salió en posta para París.

Poco después tuvo lugar la invasión francesa mandada por Angulema y conocida en nuestra historia por el nombre de los *Cien mil hijos de San Luis*, con la que comenzó una nueva y vergonzosa etapa de persecuciones, y que no presencié el conde porque en

este tiempo estuvo viajando por el extranjero.

Esta época puede considerarse como la más florida para la fama literaria de Toreno, pues que durante el tiempo que estuvo alejado de España escribió su famosa *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*.

Las vicisitudes políticas que después le acaecieron hasta su muerte, ocurrida en París en 1844, no tienen tanto interés como su corta, pero sólida labor literaria, aunque en verdad no fuera tanto como para declarar él mismo en un discurso que con su citada obra había levantado un monumento de gloria á su patria, desahogo que le valió aquella diatriba de Espronceda—acaso porque tuviera más rivales en amores que en política—que dice:

«... al necio audaz de corazón de cieno,
á quien llaman el conde de Toreno.»



EL CONDE DE TORENO

ter rudo reprochó duramente al marqués innovador.

La invasión de las tropas napoleónicas le hizo andar huido, y á la retirada de éstas pasó á Sevilla, donde estaba de asiento la Junta central. Desde allí trasladóse á Cádiz, y á poco de haber llegado recibió los poderes de la Junta de León para representarla en la Central; algún tiempo después concedióle Asturias el mismo honor; de suerte que pudo ocupar un escaño en las Cortes antes de cumplir los veinticinco años.

Cuando llamado á Asturias por asuntos particulares tuvo noticia de la disolución de la Cámara popular por Fernando VII, y supo las inicuas persecuciones de que eran víctimas los diputados, se encaminó á Ribadeo, en donde se embarcó con rumbo á Lisboa, cuyo gobierno le recibió *de uñas*, como suele decirse, por lo que hubo de partirse á Londres pocos días después, y de allí á París, donde estuvo hasta que Napoleón volvió á Francia.

DIEGO SAN JOSE



«La Virgen María adorada por dos santos», cuadro original de Petrus Christus, que se conserva en el Museo de Francfort

LA MIRADA DEL AMADO

*Bajo el límpido azul de la clara mañana
ha venido la muerte de la amada ilusión;
y por toda mi vida—misteriosa y lejana—
ha pasado el encanto de la renunciación.*

*Y pienso en unos días de amor y de pureza
en el grato sosiego de un convento olvidado,
saturando mi alma de suprema belleza
y sintiendo el divino dolor en mi costado.*

*... Una noche beata, sosegada, tranquila,
refuldirá una estrella, cual inmensa pupila
de raras claridades, únicas, misteriosas...*

*y, al resplandor sagrado de la Excelsa Mirada,
emprenderé el camino de la eterna morada
conociendo el enorme secreto de las cosas.*

Julio BERNÁCER

La temporada próxima
:-: en el Fontalba :-:

Una obra y una conferencia de Lenormand



MARGARITA XIRGU

Ilustre actriz, uno de nuestros más altos prestigios escénicos, que en esta época de mercantilismo teatral representa el desinterés y el respeto al noble arte escénico



LENORMAND

Notable dramaturgo francés, que en la próxima temporada dará una conferencia acerca de su teatro

ESTAMOS pisando los umbrales de la próxima temporada teatral. El mundo de la farsa se despepeza, y desde el mísero cómico de los *bolos* á Trijueque y Jarandilla Alta, hasta el actor enchipado y petulante, todos sueñan en estos días agostefios con grandes triunfos y con extraordinarios éxitos que llenen sus bolsas y aumenten sus reputaciones artísticas.

Surgen Compañías á porrillo. Cualquier zote ó pelafustán, engréido por la literatura de gacetilla ó por el aplauso mercenario, reúne unos cuantos *compañeros* y, poniendo su nombre á la *cabecera del cartel*, sale por esos pueblos de Dios dispuesto, con su valiente mesnada, á interpretar todo el glorioso repertorio clásico y moderno. Generalmente, estas excursiones acaban peor que el viaje de Nobile al Polo, y se pide á Madrid urgentemente auxilio para los paladines teatrales, prisioneros de una patrona agresiva. Si el socorro no llega ó se retrasa, se acude al gobernador de la provincia para que restituya á la Corte á los que salieron de ella *engañados*.

Y día tras día aumenta el número de estas formaciones ó núcleos artísticos, que obstruyen el camino de las Compañías solventes y prestigiosas. La amalgama de la audacia con la vanidad hace que el daño se extienda con perjuicio del arte escénico, y con detrimento de la honrada interpretación de las obras. Y el mal se extiende por el ejemplo que da á veces el triunfo de la mediocridad. Y se oye decir:

—Si Fulano, siendo tan pésimo actor, gana tanto dinero, ¿no cree usted que es una injusticia que yo me resigne á vivir así? Nada. ¡Yo formo!

.....
.....
Pero, pese á todas las argucias, la jerarquía y el prestigio lo da siempre ese jurado colectivo que se denomina público. La mediocridad

podrá engañar pasajeramente; pero se hunde al fin entre la rechifla de los inteligentes. Y queda flotando el oro puro y se hunde la escoria. De esos montones de compañías adventicias sólo se oye el ruido que producen sus fracasos, mientras que el nombre de los artistas selectos suena siempre en los oídos de las muchedumbres á cosa grata y familiar.

Y entre los grandes y escasos prestigios escénicos, es Margarita Xirgu la que brilla con su personalidad pujante y señera como una estupenda realidad artística, nimbada por los atributos excepcionales del talento dramático, que la han colocado muy justamente en un puesto privilegiado y lleno de responsabilidad.

Margarita Xirgu representa en nuestra escena el decoro artístico, el respeto á las mejores normas estéticas, y su teatro, nunca mixtificado por la codicia y apatencia de dinero, es siempre—en esta época plebeyade envilecimiento del gusto público—un fresco oasis donde se refugia el arte puro.

Para que nuestros lectores conozcan los proyectos de la ilustre actriz en su próxima temporada en el Fontalba, la hemos preguntado:

—¿Qué obras piensa usted estrenar?

—Empezaré en el Fontalba—nos dice la Xirgu—en los comienzos de Octubre, y el primer estreno de la temporada será *Muerte y Pasión*, de Eduardo Marquina. Seguirá á esta obra *Los fracasados*, de Lenormand, cuyo autor vendrá á Madrid, y la noche del estreno dará una conferencia acerca de su teatro. Cuento además, con obras de los hermanos Quintero, Jacinto Benavente y Joaquín Montaner. Cuando acabe mi actuación en el Teatro Fontalba, me iré á provincias hasta los primeros días de Julio, época en que acostumbro á descansar unos días.

X. X. X.



LOS GRANDES CÓMICOS DE LA PANTALLA

EL GENIO DE «CHARLOT» Y EL ARTE DE LA RISA

HABÍA que bajar unos escalones hasta llegar al restaurant situado en Saint George Street, 63 y 1/2. Como es posible que sepan algunos de los lectores, la calle de San Jorge atraviesa el Cannon Street Road en su fondo. Es una de las más populosas y también de las más sórdidas del barrio de la Whitechapel, donde quizá hay tantos judíos como había en Jerusalén en los tiempos de Nuestro Señor Jesucristo.

Un barco holandés me acababa de dejar en London Bridge, y desde allí, preguntando, preguntando, llegué á la Whitechapel y á la puerta del restaurant del señor Tadeo Banet. Unos signos estampados en el cristal de un escaparate vacío decían bien claramente —según me explicó días después la señorita Berta Banet— que en aquel recinto se podía uno hospedar por poco dinero. Sólo que los signos eran hebreos, y yo, á primera vista, habíalos tomado por un versículo de las Sagradas Escrituras. Empujé la puerta, sonó un timbre é inmediatamente me hallé envuelto en una nube de humo. El saloncito—mejor sería decir la cueva— estaba lleno de hombres que gritaban, gesticulaban y fumaban. Una mujer vino á mi encuentro; era mistress Banet. Después apareció su hija, saliendo del fondo de aquella nube.

Permítanme ustedes que la presente y que la llame familiarmente Berta. A los aficionados á leer novelas les gustará probablemente que la describa. Voy á hacer algo más práctico: voy á compararla con una de esas criaturas familiares y conocidas de las novelas de Dickens. ¿Conocéis á la pequeña Nell, que enfermó y murió pasando grandes trabajos por no abandonar á su abuelo vesánico? ¿Y á la tierna Florencia, cuyos cabellos sueltos parecían hebras de sol que en lugar más apartado de la playa, junto al carricoche de su hermano impedido, hacía labor ó leía historias que transportaban el alma del niño al país de la Ilusión? ¿Y á Peggotty, que había sido una hermosa mujer con un corazón de oro? Pues una cosa así...

Pero, además, hasta podía decirse que Berta era bonita. Tenía, eso sí, la nariz un poquitillo demasiado larga; una nariz que llevaba los pensamientos de uno directamente hacia los patriarcas de Judea, á la gran familia de Abraham, de la cual era un hermoso vástago la señorita Berta Banet.

En un rincón de la sala, extraños á la bulla que hacía la numerosa y abigarrada concurrencia, jugaban una partida de ajedrez dos muchachos de doce ó trece años; uno de aspecto jovial, ojos alegres, boca grande y una franca y ruidosa alegría que estallaba á cada instante: Jack Banet, hermano de Berta; otro melancólico, taciturno, triste: Charles Chaplin, amigo y vecino de Jack, con quien pasaba las veladas jugando al ajedrez. Berta se sentaba junto á ellos y, silenciosamente, presenciaba la partida.

De tarde en tarde, Berta hacía una ligera observación, y entonces el pequeño Charlot le explicaba la jugada; discutía Jack, y luego quedaban los tres silenciosos mirando al tablero.

Fuí admitido en la intimidad de la pequeña reunión. Mi nacionalidad me sirvió en este caso, pues la abuela de Berta era sefardita, y la madre de Charles Chaplin, según me dijeron, era española.

—Nuestro amigo Charles es actor—dijo Berta.



El genial actor cómico en su original actitud más característica

—¿De veras? ¿Tan joven?

—A los ocho años ya trabajaba en un número de baile.

Miraba yo al muchachillo silencioso y taciturno, y me imaginaba su inclinación romántica hacia el glorioso teatro clásico donde habían brillado los grandes faros luminosos de Kean, Irving, Macready, Kemble y tantos y tantos. Me pareció tímido, muy tímido y reconcentrado. Pero sus ojos, á pesar de mis pocos años y de mis escasos conocimientos psicológicos, me impresionaron. Eran unos ojos grandes, azules, admirables de expresión, capaces de interpretar ya entonces cada sensación del alma en un lenguaje inteligible á todas las criaturas de la tierra.

—¿Le gusta á usted el drama?—le pregunté.

—La pantomima—respondió lacónicamente.

Al tiempo de marchar, le dijo Berta:

—Quisiera que se despidiese usted esta noche al modo de Heeny.

Charlot dudó un instante; mas en seguida, como «estaba entre amigos», se echó el sombrero sobre la oreja izquierda, se metió una mano en el bolsillo, hizo que el pie derecho persiguiese al izquierdo, sin alcanzarle, y salió del restaurant silbando la canción que Heeny cantaba y mimaba todas las noches en el Winter Garden:

*My sweet Anona
In Arizona
There is no other maid
Like you...*

Acudimos á la puerta para verle partir; y él, sin volver la cabeza, despreocupado, serio, abstraído en su función trascendental, siguió la calle de San Jorge, dando brinquetes y silbando la canción del enamorado hasta que su frágil silueta se hundió en la obscuridad y la sombra.

—¡Es Heeny! ¡Es Heeny!—exclamaba Berta palmoteando.

•••••

Un par de años antes de la guerra apareció en la pantalla de los cines un raro hombrecillo ataviado grotescamente, pero con extraña originalidad. Unos calzones anchísimos y largos colgantes de los hombros, una chaqueta negra demasiado estrecha y demasiado corta para él, un chaleco fantástico, un sombrero hongo y una ancha corbata anudada alrededor de un cuello postizo, alto, de pajaritas. Debajo del sombrero asomábale un rizo abundante de pelos que le quedaba sobre la frente, y, bajo la nariz, un bigotillo corto é hirsuto que apenas tapaba la tercera parte del labio. Andaba como un autómatas, con los pies metidos en dos enormes zapatos viejos, pero adornados con coquetones lazos que aleaban graciosa y pulidamente al andar. En la mano llevaba siempre el frágil bastoncillo de moda entonces en los pollos bien.

Un clamor se extendió por los salones de espectáculos, invadió la calle, las oficinas, el hogar. ¡Charlot! Los clowns que venían entreteniéndolo al público hasta entonces comenzaron á obscurecerse á la aparición de este extraordinario actor que nadie sabía cómo había surgido ni de dónde. El mismo Max Linder, con su elegante gracia clásica, se vió pasar á segundo plano ante la monstruosa ingenuidad de Charlot. Nadie como él para atraer

par en el aire el pastel que la cocinera arrojaba á su novio apostado en la esquina, para escurrirse entre las piernas de un guardia, para caerse con una torre de platos cuando en días de negra miseria le daban al fin una plaza de pinche de cocina ó de camarero.

Ni nadie como él para alternar en sociedad descubriendo el flanco ridículo de las vanidades mundanas. Viéndole se acordaba uno de aquellos graciosos bufones de Shakespeare: «Anda, ve al tocador de la señora, y dile que aunque se ponga una mano de pintura de una pulgada de espesor... Hazla reír con eso.»

Todo en él era nuevo, gracioso é inesperado. Un día le invitan á una reunión de sociedad. Acepta, y parte diligente á su casa para vestirse de etiqueta. Al llegar ante la puerta se busca

la llave en los bolsillos y no la halla. Refléjase en su rostro la contrariedad; pero, hombre de recursos, discurre al fin la manera de entrar sin llave. Trepa por un árbol, y del árbol, á una ventana. Ya está. Mas cuando comienza á desnudarse encuentra la llave que se le había escurrido entre el forro de la chaqueta, y no vacila un instante: va hacia la ventana, desciende por el árbol, y dirigiéndose á la puerta con su llave en la mano, abre y entra satisfecho por donde debe entrar, por donde entra en su casa toda persona que se respeta.

Lo más sorprendente de Charlot es la universalidad de su genio. Las diferencias de nación, de clase, de cultura, no existen para él. El chino, el malayo, el árabe, el europeo de cualquier raza y cultura, sonríen siempre á la aparición de Charlot. Ninguna cara hay tan familiar á las multitudes del mundo como la suya. No la cara seria y taciturna del hombre que es él en la vida real, sino la otra, la que su fantasía ha modelado para la pantalla. Millones de gentes lo conocen y lo reciben con gratitud mientras unas y otras notabilidades difundidas por el cinematógrafo brillan un instante y se hunden en el olvido.

¿Quién penetró jamás el espíritu de lo cómico á tales profundidades? Nadie como él, por medio de la psicología, llegó á los registros nerviosos donde la risa se engendra. *A little bit of psychology, that!*—decía él explicando uno de sus trucos—. No un poco, sino mucha y extraordinaria psicología hay en todas sus poses. Es el creador genial de un clásico é insospechado arte. Mime al sabio, al hombre de negocios, al paria, al enamorado ó al libertino; mime un tipo social ó mime al propio Charlot, tan honda y humana es su grotesca figura que entre las risas y las lágrimas que nos arranca vemos personificarse en sus profundidades psicológicas el drama y el destino del hombre.

¿Cuál es su secreto? No basta ser el mejor actor del mundo. No basta siquiera ser el creador de un arte. La risa no es un aspecto general del alma colectiva. Varía con los tiempos, con la educación, con las costumbres. En unos es vulgaridad, grosería; en otros, alegría simple, ironía en aquéllos, humor... ¿Por qué Charlot ha unificado todo esto? Mejor dicho, ¿cómo lo ha unificado? Por igual encanta al populacho que á los intelectuales, á la zafia y al gañán que al vanguardista esclavo de todos los snobismos.

Tal es el misterio de su arte, que nunca será revelado. La gracia clásica del clown tenía que detenerse en la superficie de las cosas porque ignoraba la psicología. Mas lo que era su limitación era también su gloria, porque congregaba junto á sí los niños, los lugareños y todas las buenas

y sencillas gentes que no habían gustado los amargos frutos del conocimiento.

Entre aquel antiguo y este nuevo arte hay el abismo que hallaba Nietzsche entre la música apolínea «arquitectura dórica en tonos» y el dítirambo báquico que impulsa al hombre á la mayor altura de todas sus aptitudes simbólicas. Desde luego es algo jamás sentido; algo nuevo en ritmo, dinámica y armonía. Algo, en una palabra, profundamente revolucionario.

¿Cuándo descubrió Charlot el secreto de su técnica?

A los diez y siete años trabajaba en una troupe de pantomimas. La pantomima inglesa es un género especial que no tiene equivalente en nuestros salones de espectáculos. Exige un actor comprensivo que sea bailarín, cantante, acróbata y payaso. Aquí el actor tiene campo libre para la improvisación. No sólo puede improvisar, sino que ha de improvisar. Pues en una de estas pantomimas titulada *Una noche en un club inglés*, llegó para él el gran triunfo interpretando un papel de borracho. Siempre que había un borracho en la pantomima se lo daban á Charlot, que había llegado á especializarse. El nos ha revelado que en los ratos que le quedaban libres se encerraba en su cuarto y estudiaba Medicina. Su lectura favorita era Schopenhauer.

Fué por primera vez á Nueva York en 1910, formando parte de la troupe de pantomimas de Karno, y ya entonces pensó filmar algo de su repertorio; mas no hizo nada. A fines de 1912 volvió como artista de *music-hall*. Los estudios de Keystone lo contrataron por un año para actuar bajo la dirección de Mac Sennet, el cual, viendo trabajar á Charlot, pronosticó que nunca llegaría á ser nada en la película. Y en esta época precisamente fué cuando su portentosa intuición le hizo hallar los secretos de su técnica. Hasta entonces había sido dirigido; ahora se le permitió tener iniciativas. Físicamente, compuso su tipo tomando como modelo á un dandy de los que tantas veces había visto en el West End y en los salones de los teatros. Espiritualmente, conservó su cara de infeliz, de pobre diablo; pero sin olvidar jamás, en cualquier circunstancia y aventura de la vida, que es un señorito. Por eso lleva siempre la flor en el ojal, cuida meticulosamente su tocado, sacude con el pañuelo el banco donde va á sentarse, recoge su sombrero del barro y lo frota con la manga, juega con el bastoncillo...

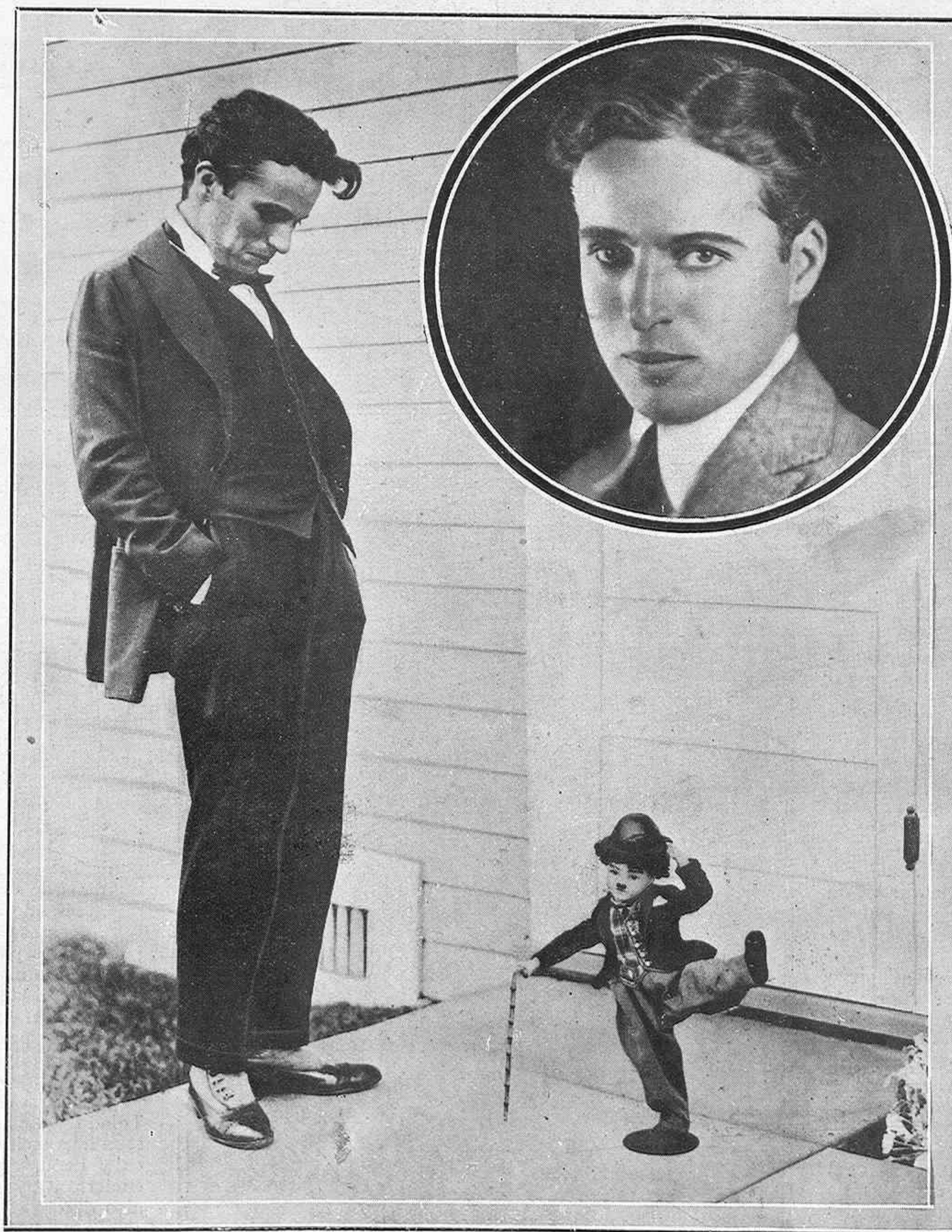
El contraste era de una comicidad irresistible. Lo demás lo proveía el talento y el estudio. A partir de este instante, la carrera de Charlot es una marcha triunfal hacia la riqueza y la fama. Sus empresarios le dejan la iniciativa, y él

despliega por los campos del nuevo arte las alas de su genio. Llegan los grandes contratos. La National le ofrece un millón de dólares por ocho películas. Dueño de su arte, deja de ser un mero intérprete.

Se impone su trabajo, su técnica. Ya es autor, director, creador. Esto le permite realizar obras geniales como *Una vida de perro* y *La fiebre del oro*.

«Detesto que la gente me crea intratable, adusto, estirado, como dicen por ahí; no lo soy—declaró recientemente á una periodista que le visitaba—. Créame. ¿Me cree usted? La verdad es que soy desesperadamente tímido. Siempre lo fuí, y esta es la última cosa que el mundo espera de un comediante. Aquí vienen algunas veces visitantes que se sientan para verme trabajar; cruzan las manos y dicen: «Bueno, ¿cuándo va á hacer algo gracioso?» ¡Esto me acaba! Es que no puedo hacer nada, y por eso no quiero que venga nadie aquí. Por timidez; sólo por eso.»

Sentimental, consciente, tímido; hombre de mil facetas, de enorme energía, de apasionado amor al trabajo. Y como todos los grandes humoristas, triste. Lleva la noble marca de las almas grandes. Así es Charlot, es decir, Charlie, como á él le gusta que le llamen.



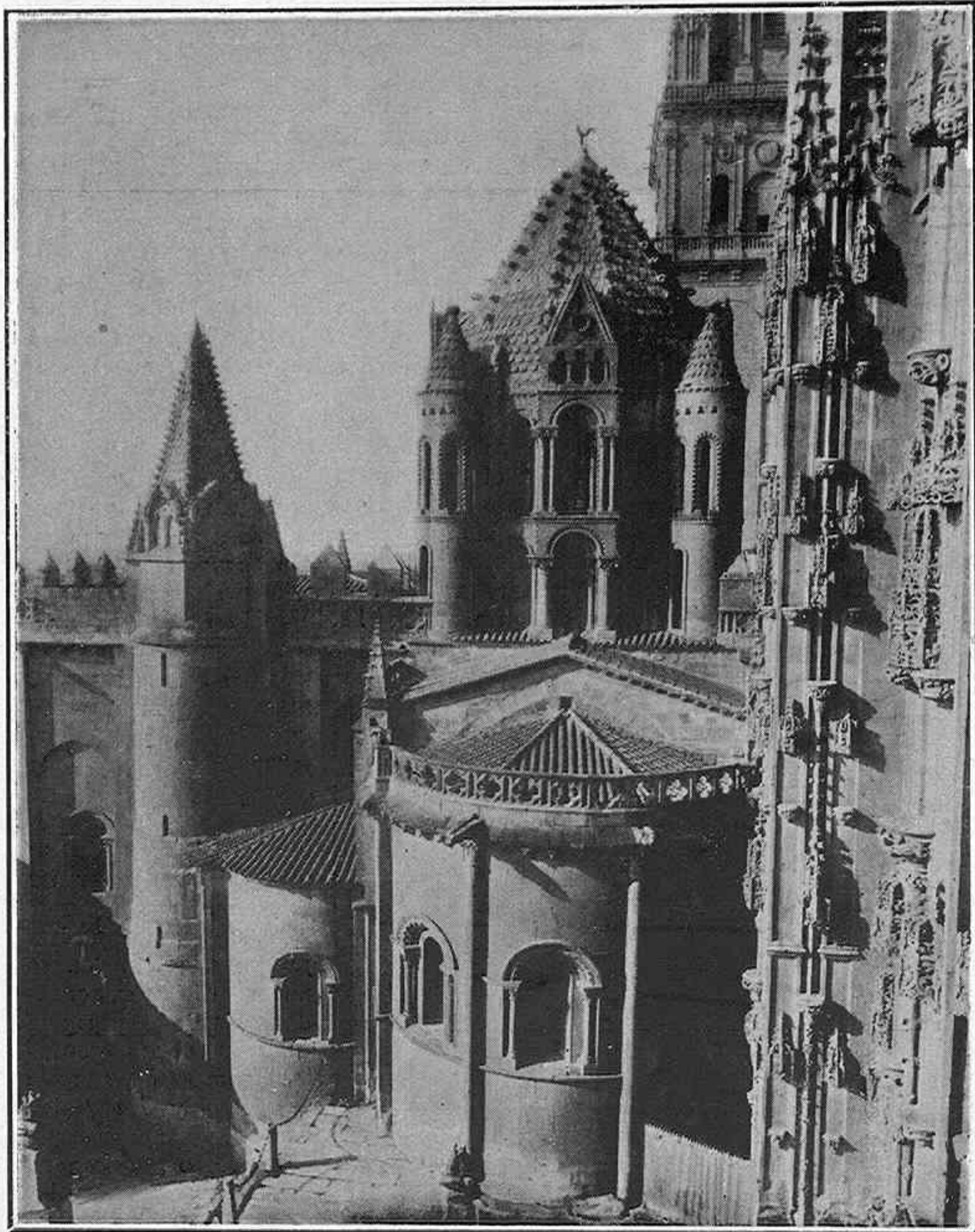
Charles Chaplin contemplando, en la puerta de su estudio cinematográfico, un muñeco admirable caricatura suya. En el círculo, «Charlot» en su primera época de actor

JUAN DE ORDUÑA

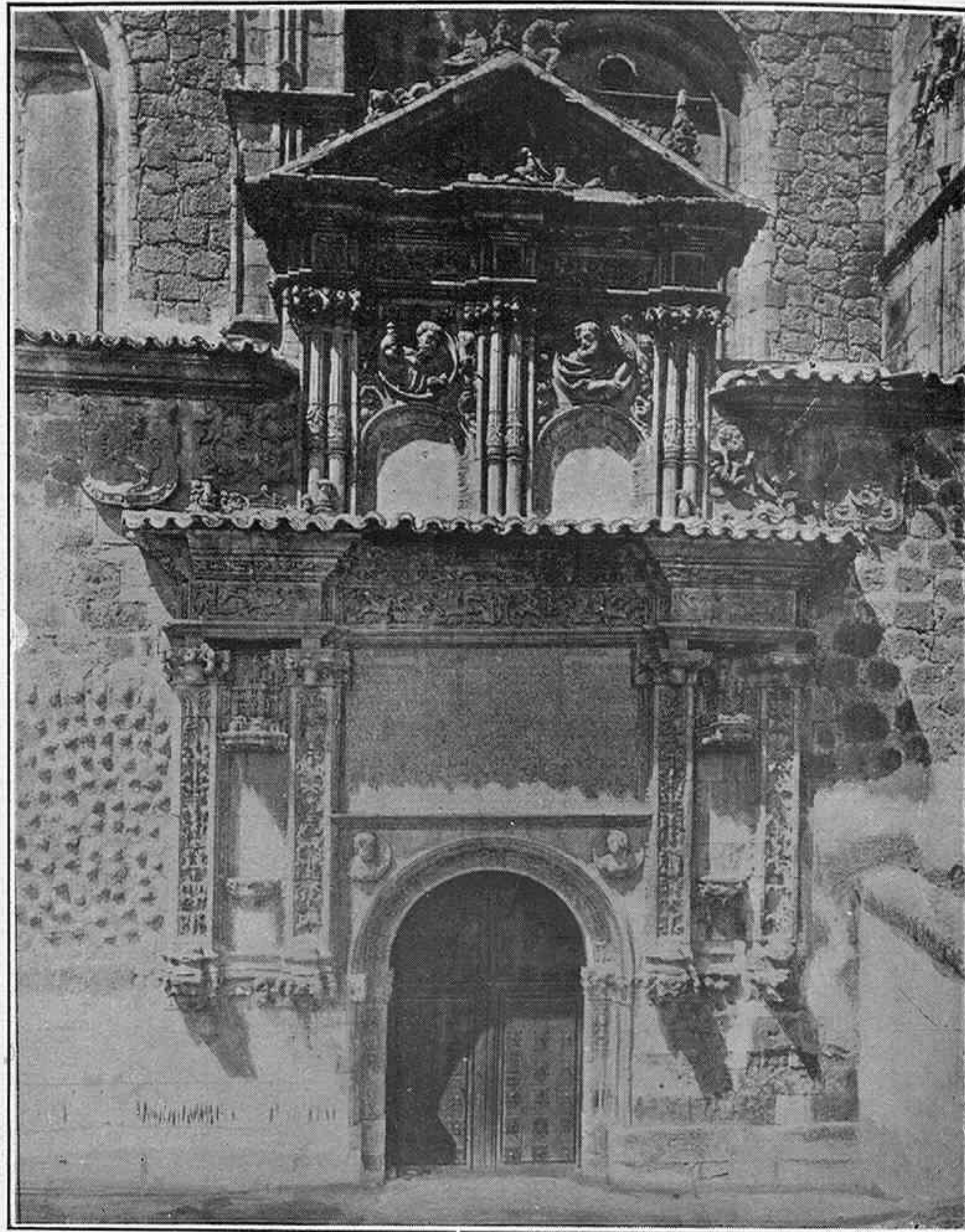


NUESTRAS VIEJAS CIUDADES SILENCIOSAS

LA DORADA SALAMANCA EN EL EXTRANJERO



La torre bizantina de la Catedral vieja de Salamanca



Salamanca.—Portada de la Iglesia de Sancti Spiritu

DE cierto tiempo á esta parte, la palabra «turismo» va estando en todas las bocas. Ya no sorprende ni es punto de vayas el vocablo exótico. Hoy casi nos damos cuenta—aun nos falta algo—de que el turista sirve para algo más que para la caricatura grotesca—salacot, guardapolvo y prismáticos—en nuestros sainetes castizos y en las «revistas» con apoteosis de española. El turismo es una cosa seria—reconocemos—; supone una catarata de billetes de Banco para algunos países; para nosotros, un goteo menudo que no llega todavía al sirimiri.

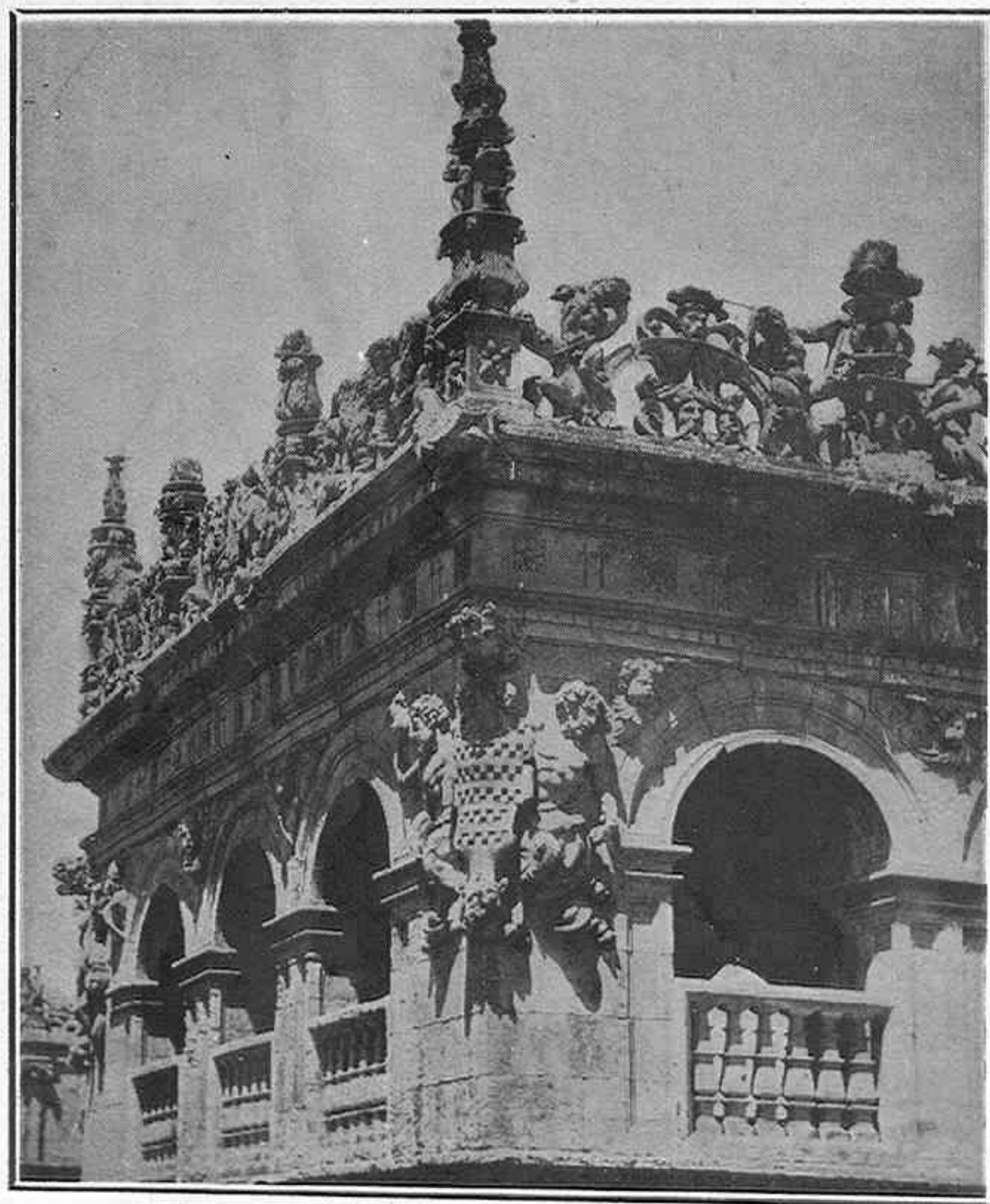
Y parece ser—concedemos—que sirve también para conocer y ser conocido.

Sin duda, *esto* es interesante, aunque no tanto como lo *otro*.

El caso es que, hasta el día, nuestra acción estimuladora del turismo ha sido algo tan anémico, tan tenue, que resultaba apenas perceptible.

Buenos deseos no habrán faltado; discretas orientaciones tampoco; pero si salvamos el esfuerzo del marqués de Vega-Inclán y de dos ó tres ciudades importantes, hallaremos escasa obra apreciable.

Sin embargo, ahora viene el aire car-

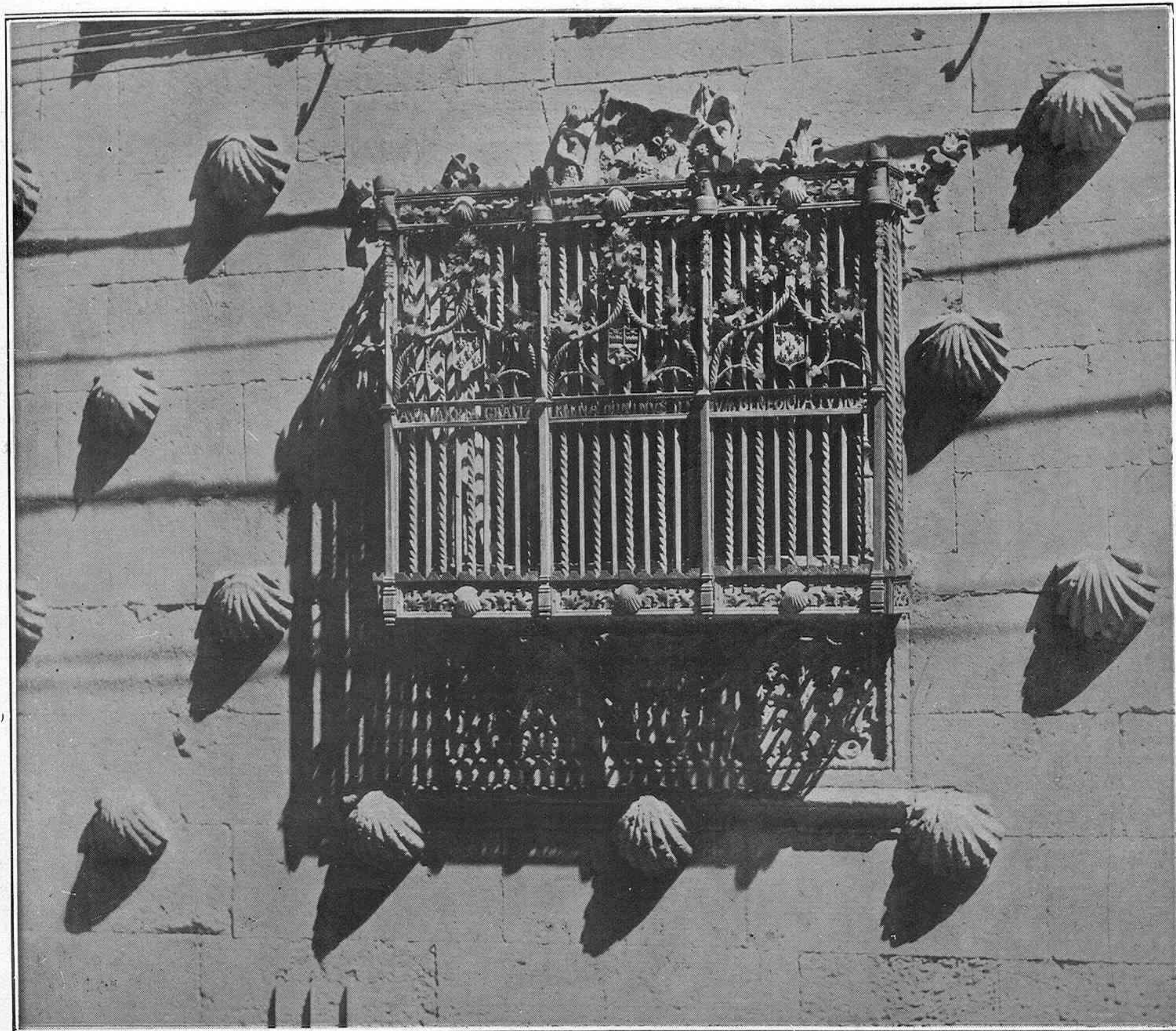


Palacio de Monterrey. Detalle de la torre

gado de promesas. Se trata de un próximo Congreso de Turismo; se atribuyen á varias entidades propósitos decididos de incrementar el pregón de nuestra fama, y esto acaece en buen momento, sin duda, por la perspectiva de las dos Exposiciones internacionales que tenemos á la vista. Pero es preciso que el clarinazo no se limite á sonar los nombres áureos de siempre. Hay que pedir que en el cartel se inscriban los nombres de esas provincias silenciosas que, teniendo tanto de bello que mostrar, permanecen en esa penumbra alejada de los parientes pobres.

Hay que inventariar y revisar todas las calidades, por recónditas que se hallen. Y enfocarlas con los reflectores de la propaganda. Y situarlas en las rutas obligadas de nuestros huéspedes.

Muy bien que Sevilla y Granada, Toledo y Avila, Madrid y Barcelona, sean imprescindibles. Pero, ¿y Salamanca y León, por ejemplo? ¿Es que no encierran joyas incomparables de los siglos de oro de nuestra Arquitectura? ¿No conservan un genuino sabor tradicional, un franco regusto pintoresco, gratísimo á los finos paladares?



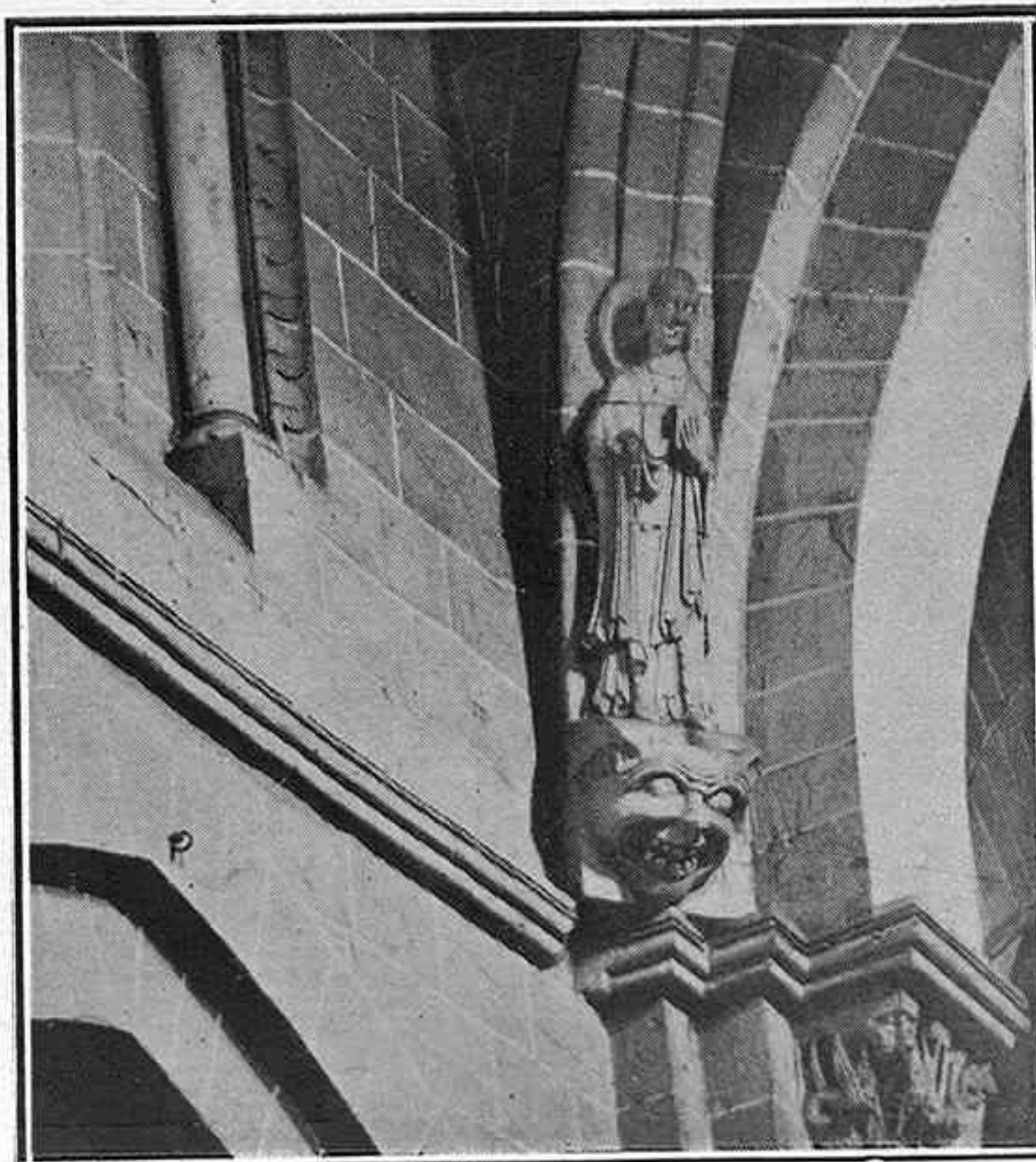
Salamanca.—Casa de las Conchas. Doble reja de una ventana

En esto, como en tantas otras cosas, ocurre que la atención ha tenido que venir de fuera por sí sola, sin que aquí hiciéramos nada por despertarla espontáneamente. Veamos:

De cómo empiezan á interesar en el Extranjero estas viejas y calladas ciudades nuestras alejadas de la gran portillera del turismo, que es el mar, y fuera de cacho también, en los itinerarios de *postin*, tenemos una reciente prueba en la espléndida colección de álbumes que bajo el título de *L'Espagne Architecturale et Monumentale* acaba de iniciar una importante casa editora de París. El primer volumen—presentado de modo principesco—se dedica á Salamanca, y contiene cuarenta bellísimas reproducciones de sus monumentos, á gran tamaño, en conjuntos y en detalles certeramente recogidos.

Ha dirigido la obra D. Angel Angoso, y es autor de las fotografías el laureado artista V. Gombau.

Angel Angoso, joven y notable arquitecto que reside en Francia, es oriundo de Salamanca, y á estas circunstancias se debe la iniciativa de llevar á cabo una magnífica labor realizadora de nuestras joyas monumentales, que ha comenzado tan brillantemente,



Interior de la Catedral vieja (Fots. Gombau)

y con la cual ha querido rendir una ofrenda de amor á la dorada tierra de sus mayores.

La fuerza difusora de esta obra ha de ser de positivo valor. Es una publicidad realmente suntuaria y eficaz, que se hace en el Extranjero y para el Extranjero, y que á España y á los españoles nada cuesta. Una publicidad de alto fuste, artística y científica á la vez, porque el álbum va avalorado con documentadas notas y croquis originales del propio Angoso, que con ello ha puesto de manifiesto su seria preparación y su exquisito gusto.

A este primer tomo de Salamanca—del cual ofrecemos á nuestros lectores estas bellas pruebas—seguirán un segundo también de la misma provincia y otros de las de León, Burgos, Zamora, etc.

Angel Angoso es un español que aisladamente, sólo y distante de su patria, está haciendo por ella—y no hay que decir con cuánto desinterés—lo que otros, que tendrían la obligación, no saben ó no quieren hacer. Y lo menos con que podemos corresponderle desde aquí es proponiéndonos que esto se sepa siquiera.

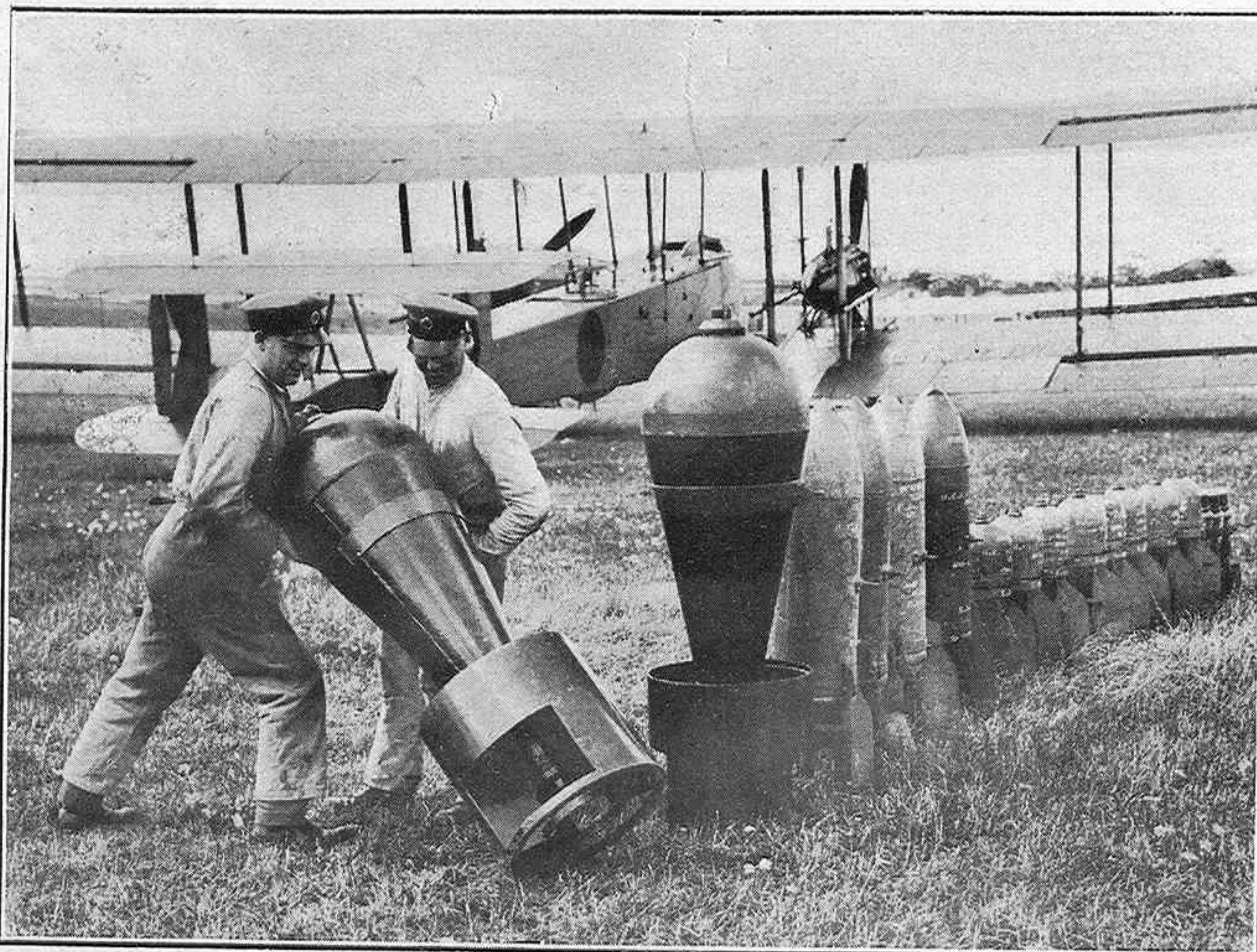
FERNANDO BLANCO

«SI VIS PACEM...»

Las grandes maniobras aéreas sobre la capital inglesa

MIENTRAS la diplomacia universal prepara el último tratado para evitar las guerras, todas las grandes potencias estudian la manera de reforzar sus armadas de tierra, mar y aire, como procedimiento, en último término, el más eficaz para hacer valer sus derechos.

Inglaterra, que sostiene orgullosamente su puesto de primera potencia naval del mundo, obtuvo, como resultado de la gran guerra mundial, la dura experiencia de los duelos aéreos. Aunque los zeppelines no lograron nunca su verdadero y trágico objeto en las recientes incursiones que hicieron sobre las Islas, el Alto mando británico se decidió á crear una marina del Aire tan po-



Los mecánicos de uno de los aparatos de la escuadra invasora preparando las bombas de que ha de ir provisto el avión para el ataque nocturno sobre Londres

derosa como la del mar.

La primera experiencia de gran envergadura ha sido la que hace pocos días ha tenido por teatro el cielo británico. Parte de la Gran Bretaña está expuesta á los ataques de una potencia enemiga supuesta, á la que se denomina País del Este. Londres era la capital del país atacado y objetivo de los aviones enemigos, que en número de 250 desplegaron sus esfuerzos para bombardear la ciudad.

Contra ellos, una flota defensiva de otros tantos aparatos maniobró desde las bases secretamente distribuidas, á las órdenes de los jefes de la defensa.

Los objetivos de los atacantes eran los al-



Una escuadrilla defensora del sector Oeste de la capital británica, preparada para elevarse tan pronto como se reciban noticias de hallarse el enemigo á la vista



Uno de los aviones de la supuesta escuadra enemiga, visto desde un aparato de las escuadrillas defensoras de la capital, que va á su alcance. El aparato enemigo ha forzado las primeras líneas, y evoluciona ya sobre el Támesis, bombardeando los puentes y tomando como objetivo el Ministerio británico del Aire

(Fots. Agencia Gráfica)

rededores del Palacio de Cristal; el aeródromo de Croydon, como base militar, y el Ministerio del Aire, en el centro de la capital.

Los resultados de las originales maniobras, de las que estuvieron pendientes todos los habitantes de Londres, han sido desconsoladores para el ejército defensor. Los técnicos han comunicado que la capital

fué alcanzada por numerosos aviones, que lograron atravesar las líneas de defensa; y suponiendo reales las maniobras, la capital hubiera sufrido extraordinarios daños.

Hay que creer, pues, en una inmediata y extraordinaria intensificación de la flota aérea militar, pese á todas las firmas pacifistas.

LA ROSA ENORME

(CUENTO)

No era una princesa, pero era muy hermosa y apetecible, y estaba, sobre todo, en el momento más tierno de la belleza juvenil.

Vivía en un palacio de princesa y se lo había creído, además de que la impulsaban á creérselo las insinuaciones de la galantería y, sobre todo, las palabras capciosas de su vieja aya.

—Por tu hermosura—le decía el aya maligna—puedes pedir lo que quieras, á cambio de tu amor.

Lolita, que así se llamaba la bella con nombre de muchacha de la burguesía, pensaba poner un precio fabuloso á su belleza y alguna condición casi imposible.

«¿Una flor de invierno en verano? No, porque muchas veces es fácil que en alas de un raudo alazán el caballo llegue al sitio en que es primavera en invierno y alcanzar la flor apetecida.»

«¿Pedir una rosa dorada? Tampoco, porque habría el medio de envenenar con oro cualquier rosa de cualquier jardín.»

«¿Un clavel de dos mil pétalos? Quizá existiese un jardinero capaz de injertar unos claveles en otros hasta conseguir el numeroso clavel.»

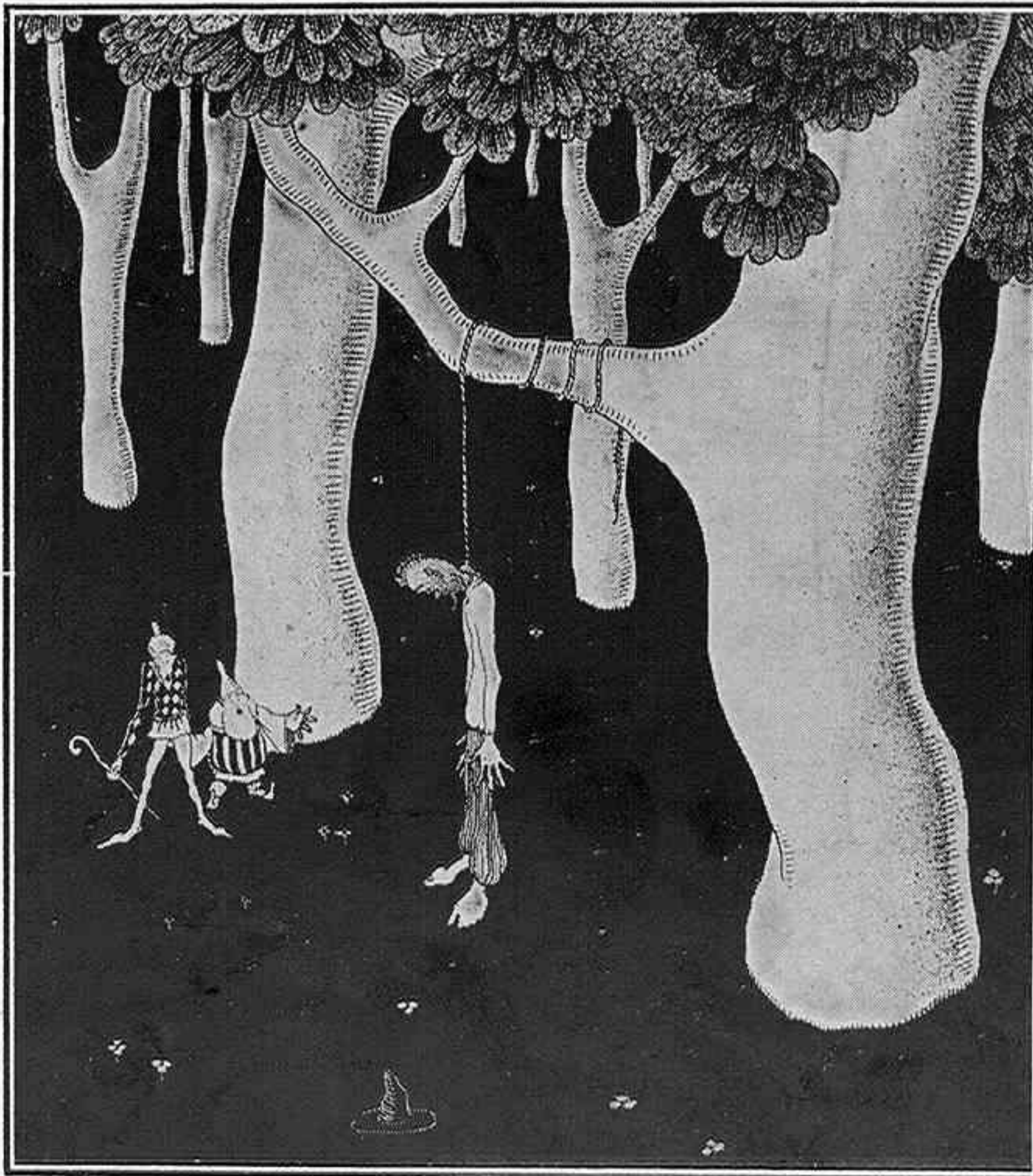
Lolita se acordaba de aquellos cuentos de hadas leídos en su infancia, cuyas proposiciones eran conseguidas por absurdas que fuesen, y en las que figuraba el pájaro que se compadecía del que quería una rosa roja en el jardín en que sólo había rosas blancas, y se hería en el corazón con una espina para que la rosa blanca se tiñese de rojez, y también se hablaba de un jazminero seco que florecía sobre las nieves gracias á las lágrimas ardientes del enamorado, que debía llevar jazmines á su novia ó no volver nunca más á verla.

«Pero, ¿y pedir una rosa inmensa del tamaño de un árbol, con grandes pétalos como sábanas, de suavidad indecible y como blandas conchas de perfume ideal?»

Aquella idea de la rosa blanca como nenúfar de un mundo mayor se agarró á su corazón, y no soñó a más que con el momento de lanzar su propuesta á todos los vientos, para lo que bastaría que se lo dijese confidencialmente á las azafatas de palacio.

En efecto: cuando tuvo redactada la única base de aquel concurso de amor, se la leyó á toda la servidumbre, y á las pocas horas se supo en veinte leguas á la redonda que la dueña del magnífico palacio del bosque entregaría su belleza á quien la llevase una rosa tan grande que tropezasen sus bordes con el marco de la gran puerta del castillo.

Aldeanos ilusos salieron en busca de la rosa prepotente y rebordante, y se perdieron en los bosques vírgenes, donde se suponen las flores y los frutos más gigantes-cos.



... se ahorcó de uno de aquellos árboles engañosos...

Hubo uno, el más fantasioso comarcano, que cuando, después de mucho andar, creyó divisar un bosque de rosas blancas, se encontró con que no era más que un bosque de árboles de anchas hojas que, iluminado por la luna, semejaba una rosaleda imaginaria. Entonces, sin poder soportar el desengaño y demasiado cansado y lejos de su pueblo, se ahorcó de uno de aquellos árboles engañosos, vengándose de su engaño al obligarle á soportar la carroña triste de un ahorcado.

Escrito con la fina letra de Lolita figuraba á las puertas del palacio el aviso del premio de amor, pero ya amarilleante, habiéndose borrado en él algunas palabras.

«¡Voy á ser—se decía interiormente Lolita—la única belleza que no ha puesto una condición fácil á su belleza! ¡Sin ser princesa, quedaré en

la historia de las princesas, como la más pura y la más inasequible!»

Pero una mañana todo el palacio se conmovió por los terribles aldabonazos que palpitaban de solemne apremio, y el encargado de mirar por la mirilla de piedra se quedó asombrado de ver á un caballero que traía una rosa inmensa, languideciente de peso, como enorme manga parroquial fresca y con algo de palio.

La vieja aya fué á avisar á Lolita, que aun no se había levantado, y que en la alegría de saber que al fin llegaba la inmensa rosa salió á recibirla sin cubrir su cuerpo con ningún velo, desnada como la maravillosa rosa que la traían.

Para que fuese más espléndido el presente, dos pajes venían cargados de joyas y coronas, enjovelando la rosa, por si no era bastante su lujo de jardín.

Pero, ¡ay!, aquel caballero era un feísimo lord inglés que, por más que era el encanto del aya servil, no atraía mucho á Lolita.

—Para tan gran rosa, tan importante gusano—dijo uno de los criados que contemplaban la escena con mortal envidia.

—Debiste de sospechar que para el oro inglés no hay ningún imposible—le dijo su hermanita de juegos.

El retorcido inglés había gastado millones de libras en conseguir aquella rosa alimentada de jugos, de rosas maceradas, de esclavos, y para la que no hubo noche desde que amaneció á la vida, pues sabiendo el poderoso lord que las flores crecen y prosperan con la luz, tuvo encendidas alrededor de aquella única rosa luminaria por valor de millones de bujías.

La gran rosa llenó el palacio de aroma, y Lolita, obligada á ser del cicatrizado y avellanado lord, no puso más condición que el primer amor se lo habían de declarar bajo la rosa mayestática.

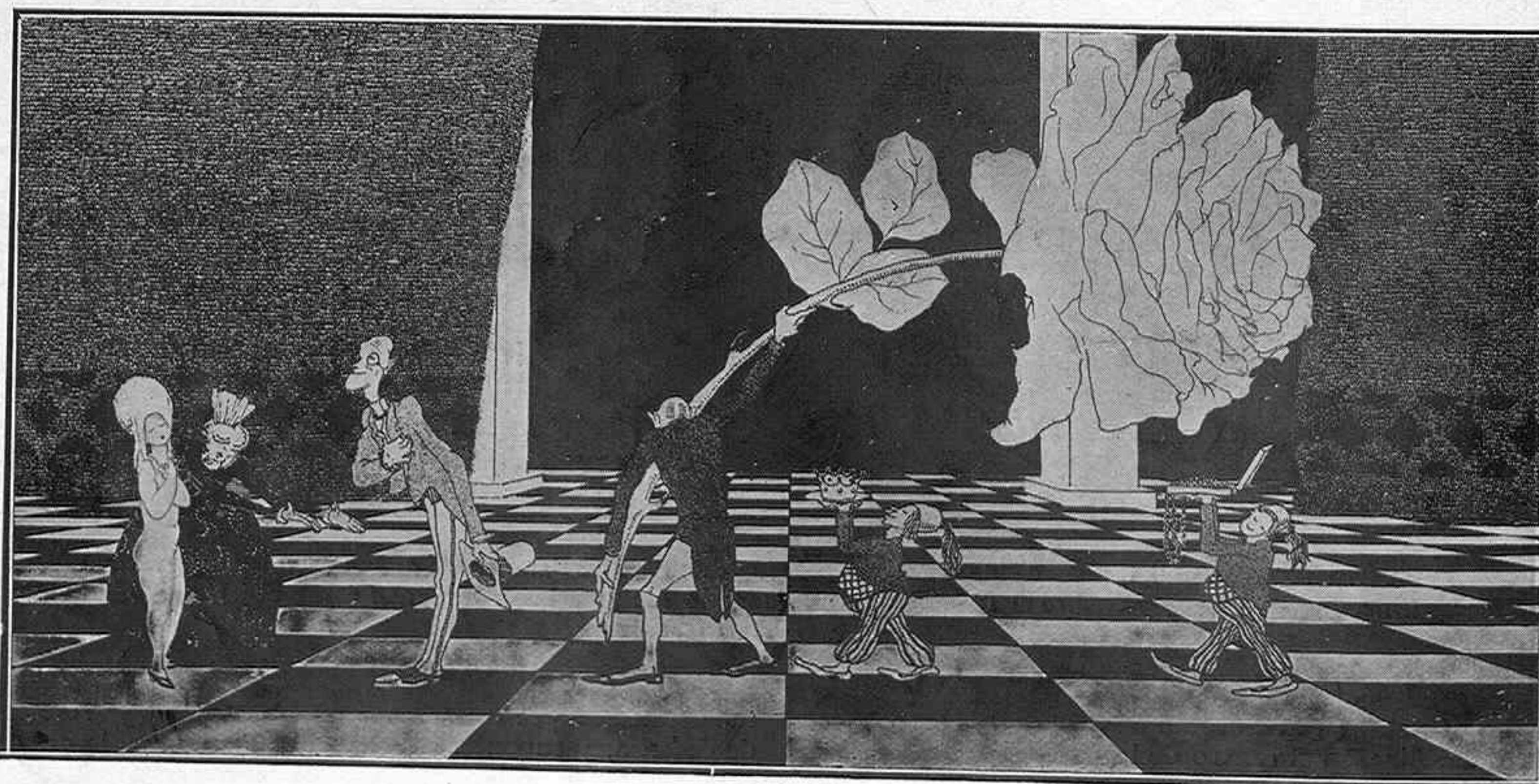
Y en la noche profunda del castillo, los prometidos, bajo el dosel de pura cuna de la rosa inmensa, murieron antes de poder amarse, envenenados por las emanaciones de la rosa condicional, contraveneno del juramento que la hacía llave de amores; pues si bien se vió comprometida á pactar con aquel viejo repugnante, se dió cuenta de que en la emanación nocturna de la gran rosa hallaría la muerte y el incumplimiento.

¡Nadie tuvo tan gran flor como presente de sus nupcias con la muerte!

Una sola carroza siguió á los féretros de los divorciados por la muerte, llevando sobre su góndola la rosa inverosímil, que había demostrado lo peligroso que es jugar con lo imaginario, porque á veces se presenta en la vida con abrumación de tragedia.

Ramón GÓMEZ de la SERNA

(Dibujos de Climent)



... un caballero que traía una rosa inmensa ..

Las grandes ciudades norteamericanas, de noche



Imponente perspectiva del nuevo edificio de la Casa Ayuntamiento de la ciudad de Los Angeles, la metrópoli del cinematógrafo, tal como se dibuja en la noche



Aspecto del Wáshington Bulevar, en el cruce con la Quinta Avenida, en la ciudad de Detroit, sede la más importante norteamericana de la industria automovilista

(Fots. Ortiz)

TIPISMO DE ACTUALIDAD

INDUDABLEMENTE, nada más atractivo para estos días que vivimos, de recio verano castellano, que algo que le contrarreste; que un poquito de fresco que nos defienda, que nos ayude a vivir.

Para el indígena, y aún más para el turista ó viajero que recorra esta ciudad por sus negocios ó gozando sus bellezas, el patio toledano será, sin duda alguna, de lo que más le agrade y le detenga.

Son, materialmente considerados, los lugares en que los suyos se defienden del riguroso calor, igual que en Sevilla, en Córdoba y en otras varias poblaciones, donde abundan y donde guardan una gran analogía con los nuestros, sin llegar éstos á los lujos y á los refinamientos de aquéllos.

El patio toledano es, como la propia ciudad, algo más austero, más señorial que los sevillanos. No es la primera vez que hemos dicho que Sevilla y Toledo son dos buenas hermanas; pero, como en muchas familias, de diversos

Son los patios de las mansiones solarietas...



LOS PATIOS DE TOLEDO

aspectos, absolutamente distintas dentro de su belleza: la una, rubia, bonita y graciosa; la otra, morena, hermosa y seria.

Mas en una y en otra, los patios constituyen algo muy característico, parte muy integrante de sus tesoros artísticos é históricos, elementos muy valiosos de su belleza, que irán aumentando su valor de día en día, porque, desgraciadamente, van desapareciendo también, como tantos otros detalles que suponen refinamientos espirituales, ante la materialidad ambiente, ante el modernismo que nos domina. La casa moderna no puede sacrificar unos metros de espacio, que son muchos en la altura de sus pisos, por un patio que no ha de reportar ningún rendimiento económico

Y así vivirán nuestros sucesores; mejor dicho, así vamos viviendo ya.

Este criterio, absurdo pero real, que va dominando en todas las construcciones de nuestra época, da un nuevo valor á los antiguos patios, rodeándolos de un ambiente romántico singular. «En el patio—recordarán nuestros hi-



... que seméjase un poco á los sevillanos

jos—, en aquel patio lleno de tiestos, nos criamos; en el patio murieron nuestros padres; en el patio conocimos nuestra novia y nacieron nuestros pequeños.» Cuántas y cuán sentidas emociones sufridas en ellos, donde se vivía con toda intensidad cinco ó seis meses del año.

Aún quedan en Toledo, por fortuna, bastantes patios, que reverenciamos estos meses veraniegos, no sólo por el gozo material de sus temperaturas, sino también por lo que son, por la realidad de sus bellezas pictóricas que conservan todavía casi la totalidad, y por lo que representan, por lo que fueron en sus años pasados, en sus siglos pretéritos. Son los patios de las antiguas mansiones solariegas de los Toledos, de los Munárriz, del Conde Esteban, de los Mesas, de los Fuensalida, del señor de Orgaz, del gran Padilla; son los patios de las casonas de Garcilaso de la Vega, del Marqués de Villena, de Gerardo Lobo, de Domingo Theotocopuli, de Medinilla, de Moreto; son los patios monacales de San Clemente el Real, de San Juan de la Penitencia, de Santo Domingo el Real y el antiguo de las Comendadoras de Santiago, de las Concepcionistas; son los regios patios del Alcázar, de San Juan de los Reyes, de Santa Cruz de Mendoza, del Hospital de Tavera; son tantos

otros, humildes, anónimos, sin historia famosa, pero no por ello menos curiosos.

La colección de patios toledanos, variadísimo por no existir ninguno igual, desde el modesto de la casita humilde ó el de la casa de ve-

para los profanos y para los eruditos y arqueólogos, que también gustan éstos de admirar, á la vez que las bellezas del pasado, las de nuestros días.

SANTIAGO CAMARASA



El sencillo de las porterías de los conventos...

ciudad hasta el lujoso y bien decorado, que seméjase un poco á los sevillanos; desde el sencillo de las porterías de los conventos hasta el rico de las clausuras y de los grandes monumentos, son, todos, á cual más interesantes.

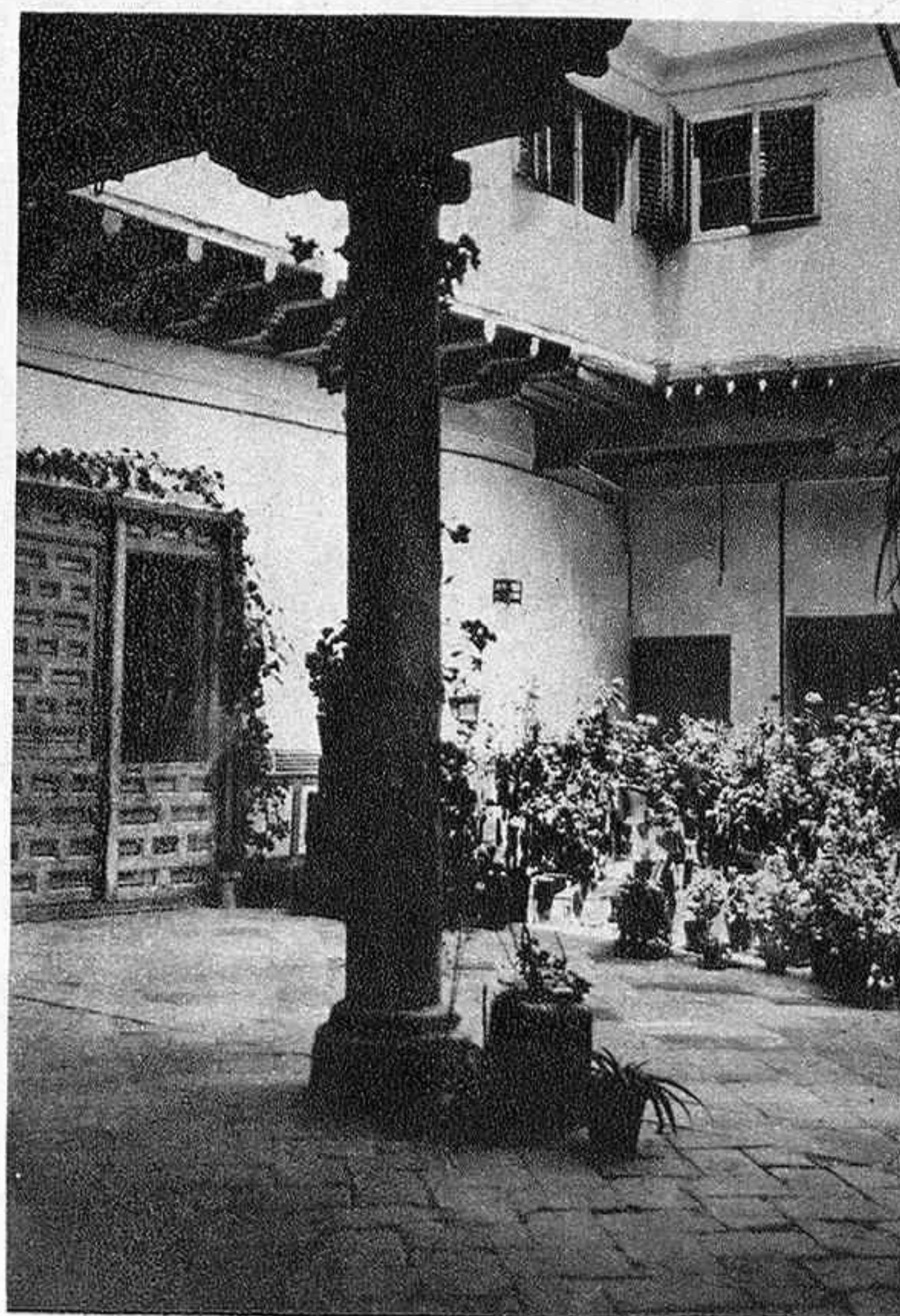
Todos han vivido una página de la historia toledana, que ahora, en la semi-oscuridad producida por sus toldos, que los reservan del sol, y entre el grato aroma de sus tiestos, al cerrar los ojos para saturar nuestros cuerpos de sus comodidades, evocamos maravillosamente.

Sus viejos personajes, todos, desde sus primitivos días, de abolengo moruno en su mayoría, desfilan y actúan ante nosotros.

El típico patio toledano, con la bella realidad de sus macetas, y de las toledanas, á cual más bellas, que le viven y le alegran, es uno de los valores más gratos para todos;



Son tantos otros, humildes, anónimos...



Es, como la ciudad, algo más austero... (Fots. Rodríguez)



Un pequeño fotógrafo «trabajando» en la playa

Estampas de estío

La luminosa alegría de la playa

Dos preciosas nenas saliendo del chapuzón diario en el mar



Perspectiva de conjunto de la hermosa playa donostiarra de la Concha

Donde las ondas rinden su carrera de espuma hallan las gentes el mayor de los encantos en esta época. Son los pequeños reyes de esos gozcos inefables que proporciona la blandura del mar al acostarse en esas playas, á las que, sin embargo, ¡ay!, no pueden ir en busca del yodo y del sol viificantes tantos niños de las grandes ciudades del interior, para los que sería el contacto como una especie de resurrección.

Estas fotografías, elegidas al azar, son el mejor canto á la playa y á su dueño y señor, el infante.



Un escultor veraniego dando cima á un interesante trabajo

UNA JOYA ARQUITECTÓNICA POCO DIVULGADA

LA CARTUJA DE JEREZ DE LA FRONTERA

Estos rincones de España... Siempre es poco, por mucho que se predique en los oídos indiferentes de nuestros turistas opulentos. Deslumbrados por los nombres: Italia, Suiza...; atraídos por el espejuelo de la intensísima propaganda que de sus paisajes y de sus antigüedades se hace en tales países, olvidan ó desdeñan los panoramas y el infinito tesoro arcaico de nuestra patria. Hay quien habla de perspectivas montañosas, y no conoce Asturias; hay quien habla de la arqueología estupenda de otros países, y no conoce más que á medias Toledo, Burgos y Avila.

A la categoría de valores arquitectónicos menos divulgados, menos diluïdos en los itinerarios inmutables, pertenece la Cartuja de Jerez de la Frontera.

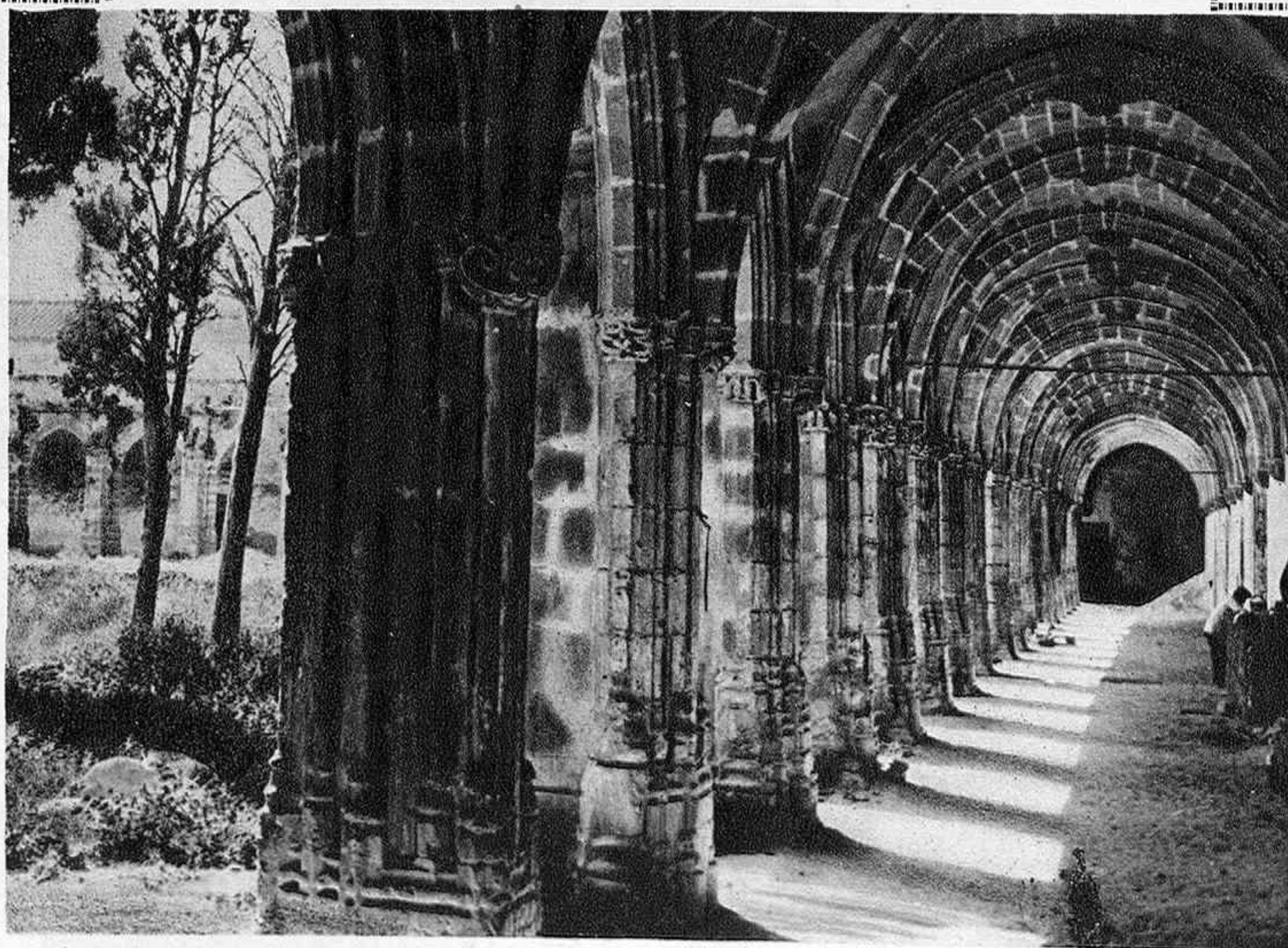
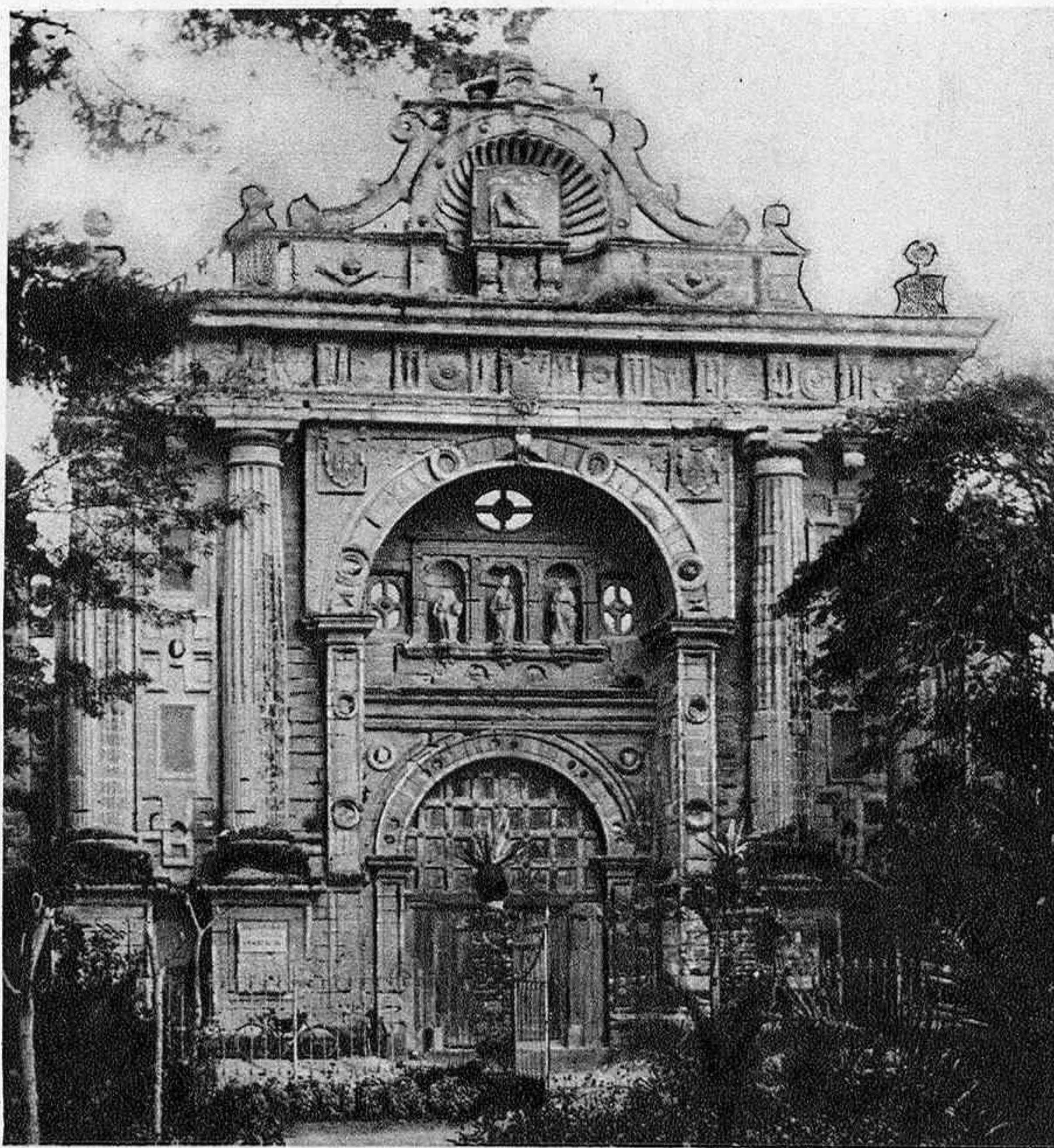
En uno de los parajes más pintorescos de los que la naturaleza nos brinda pródigamente en este suelo andaluz, se levantan sus ruinas corroïdas por los siglos. Ante ellas no verá el viajero la algarada exótica de una

caravana de turistas, con sus trajes claros y

La portada. Severísimo alarde de transición del Renacimiento al Greco-romano

sus sombrillas chillonas; por sus galerías no discurre, llenando las arcadas de voces, de palabras, un grupo de curiosos. Ni un fotógrafo, ni un artista que toma sus apuntes. Sólo el silencio; sólo el sueño milenario de las piedras venerables. El monstruo del tiempo ha ido carcomiéndolo todo á dentelladas, y su mordedura se extiende, se extiende como un cáncer. Los lagartos verdosos salen de entre las grietas, para recibir la lumbr solar, y las salamandras heráldicas se detienen en las piedras, y duermen su modorra, fingiendo blasones esculpidos.

Los conservadores del valio-



Las galerías del Claustro grande, del más puro estilo ojival

so edificio se debaten ante el problema eterno de la restauración de antigüedades: ó arreglar, amañar lo que existe, y perder así el verdadero aspecto arcaico, la pátina inconfundible de los tiempos, ó cruzarse de brazos ante la acción de los años, demoleadora y despiadada. Y, queriendo contemporizar ambos extremos, se comienza ahora el desarrollo de un plan inteligente de salvación de la Cartuja.

He aquí, á grandes rasgos, de un modo esquemático, el diseño del edificio: lo primero que encuentra ante su vista el afortunado visitante es un alarde soberbio, concreto, del estilo de transición del Renacimiento al greco-romano: la portada de ingreso. Es obra de Andrés de Ribera (año 1571), y digna de que el arqueólogo quede en suspenso, meditando delante de los triglifos y metopas que componen el friso, y de las cuatro columnas istriadas que lo sostienen. Sólo el valor de este pórtico (algo de lo más severo, en su estilo, que yo he visto en España) sería suficiente para merecer lo que, á fuerza de rogativa, se ha conseguido: la calificación de monumento nacional.

Después hay que admirar el imafronte, en donde predomina el estilo renacentista, y que, aunque no de la severidad de la portada, ofrece un aspecto profuso y magnífico. Tiene dos pisos de columnas, y en los intercolumnios, seis estatuas, las cuales, lo mismo que otras tres que existen en el centro (la Virgen, San Bruno y el Padre Eterno) se atribuyen al genio de Alonso Cano. Da acceso esta puerta á la maravillosa iglesia, luego de la cual, existe un patio ó claustro de pequeñas dimensiones, y atravesando éste, y siguiendo por una galería, se penetra en el claustro grande ó patio del cementerio, que e



Portada y puerta del coro. Constituyen los embutidos de esta gran obra de ebanistería un alarde maravilloso
(Fots. Butler)

tiene veinte y ocho celdas y una extensión de 6.400 metros cuadrados.

Un pórtico de tres arcos después y, por último, el patio de los legos y el de los jazmines.

Para detallar la riqueza que se encierra en estas y en otras pequeñas dependencias laterales, sería precisa la opulencia de un volumen ó la constancia de una dilatada colección de artículos. Por lo menos un opúsculo compendiado, como el de D. Pedro Gutiérrez.

Sin embargo, para citar, de pasada, lo más saliente, es preciso mencionar algunos detalles en realidad maravillosos: La verja de hierro forjado (siglo XVI), cuyas labores rebasan todos los límites del afiligranamiento. El cancel de la

iglesia, imponente obra de ebanistería (ni un clavo, ni un tornillo); sus embutidos son la cima á que puede llegarse en el trabajo de la madera. Las gárgolas de la crestería, notabilísimas por su rara variedad. La ornamentación plateresca de la tribuna del refectorio... Sería prolijo seguir... Júzguese del mérito del monumento fundado en el siglo XV por D. Alvaro Obertos de Valetto, si á lo dicho se añade que de él han sido sacados y dispersos por otros templos y museos infinidad de joyas de todos los matices artísticos: cuadros de Zurbarán, esculturas de Arcé y Montañés. ¡Hasta un coro plateresco entero (1550), de Valencia y Voisin!

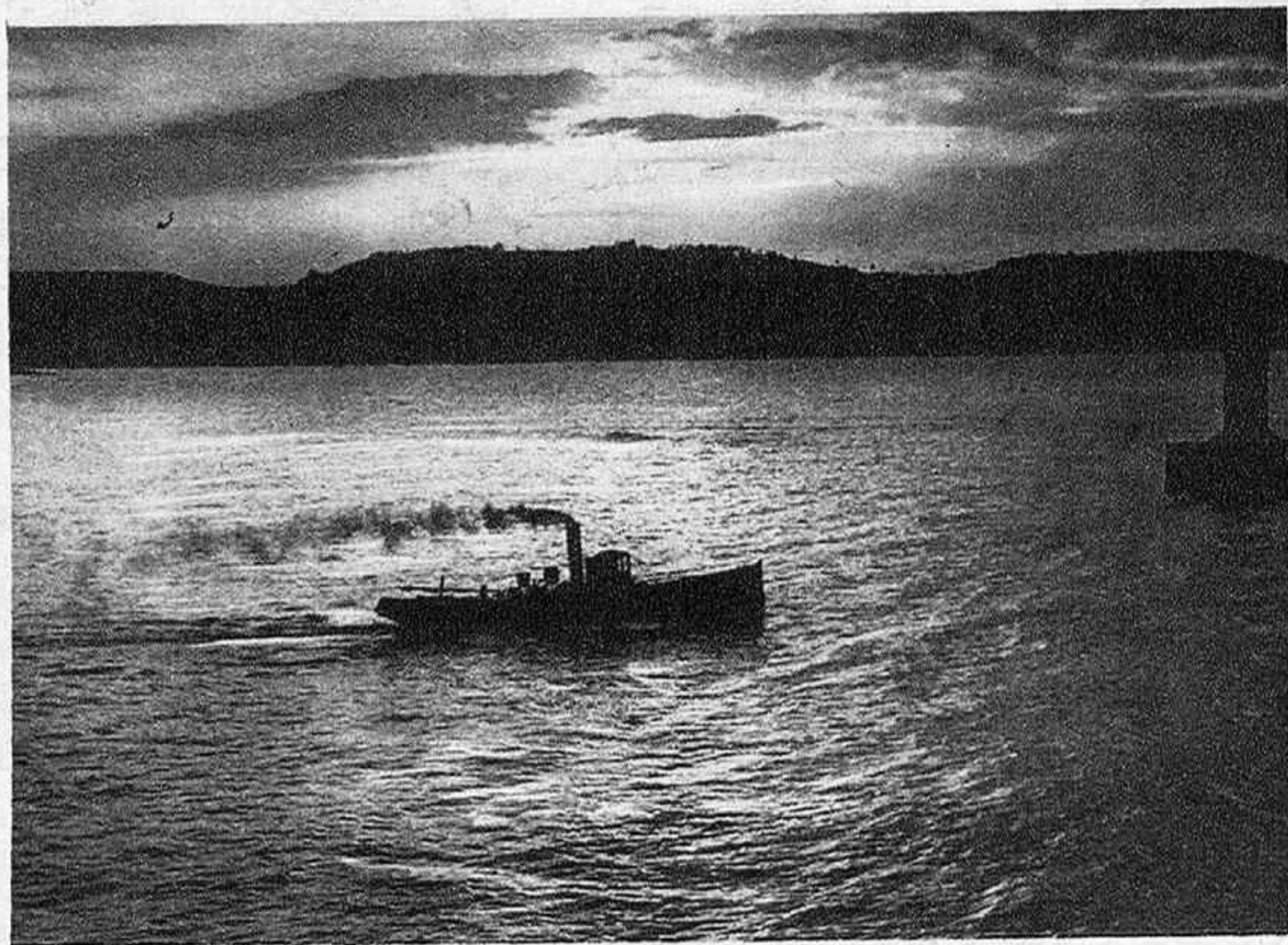
Y para solaz del caminante que á contemplar

estas ruinas se acercara, en torno de la Cartuja, se ofrece á la retina un paisaje de llanura, privilegiado. Los llanos de la Ina se dilatan (¿hasta dónde? ¿Hasta cuándo?), como un bostezo interminable. La serpiente de azogue del legendario Guadalete ondula su cauce sinuoso, y los campos verdes, calientes, ebrios de lujuria y de sol, muestran sus mares de enceradas mieses.

¡Viajeros, turistas infatigables que anhelais ver reflejarse en vuestras pupilas todos los paisajes, todos los monumentos, todas las ruinas de todos los países; que ambicionáis el don de la ubi-
cuidad... ¡Acordaos de estos rincones de España!

C. G. CIMORRA

Jerez, 1928.



H U M O . . .

Por Fernando López Martín
(Fot. Mendoza Ussía)

Con gran dolor, presumo
que toda la encendida
fragancia de mi vida,
no es nada más que humo.

Ingrávida é indecisa,
la vida es una nube
que, en alas de la brisa,
hacia lo ignoto sube.

Todo en la vida es eso;
no más; nada á lo sumo;
la vida es un proceso
que acaba siempre en humo.

¿Huellas de nuestro paso?
Ante lo eterno, ni una.
¿Es que el sol deja alguna
tras de su ardiente ocaso?

Ni la blanca paloma,
ni la rosa del huerto,
dan, después que ya han muerto,
su canción y su aroma.

Nada deja su huella;
lo que nace, se esfuma;
el hervir de la espuma
y el fulgor de la estrella.

Con gran dolor, presumo
que toda la encendida
fragancia de mi vida,
no es nada más que humo.

De nosotros no queda,
nada más que un momento,
algo así que remeda
á una nube en el viento,

girón leve de gasa,
tan fugaz, pasajero,
como el humo ligero
de una nave que pasa.



H O R A S

¡Estas horas desiertas,
sin amor, sin color,
como estancias abiertas
y vacías—hasta para el dolor!...

Ni esperanza ni hastío...

¡Y no siento latir
siquiera el pecho mío,
ajeno—como un mal—
á todo y á sí mismo, sin soñar,
sin dormir!...

¡Y no estar,
sin embargo, cansado de vivir!

I N S O M N I O

Hay momentos de angustia en que el alma quisiera
aprisionar la rosa de los sueños más puros;
largas noches de insomnio en que nuestros oscuros
destinos lamentamos á la lumbre sincera
del corazón que llora, y que llorando espera.

En nuestra mente flotan, tormentosos y duros,
mil antiguos recuerdos y presagios futuros,
y todo el mal que empaña la gloria verdadera
del claro paraíso que ya nunca tendremos.

Las horas van pasando, como el agua de un río
oculto y silencioso. Hasta que, al fin—al ver
que en cada instante todo se torna más sombrío—,
cansados del enorme peso que sostenemos,
¡lo abandonamos todo con pena y con hastío,
sin podernos dormir hasta el amanecer!

RAFAEL LASSO DE LA VEGA

(Dibujo de Muro Urriza)

SENSUALIDAD Y MISTICISMO ANDALUZ

Una Virgen pintada por Romero de Torres

La pupila de Romero de Torres ha calado muy hondo en el alma hermética, inquietante y fascinadora de Andalucía. Este pintor ilustre es el brujo maravilloso que conoce las sendas soterrañas y los escondidos avatares de esa tierra tan llena de sugerencias y de tesoros para el espíritu. En sus viajes por el mundo de la psiquis andaluza, Romero de Torres ha visto á las criaturas llevando á costas la carga pesadísima del Amor. Y su paleta ha divinizado la pasión de un pueblo que aspira á llegar á Dios por el renunciamiento y el sacrificio. En el alma andaluza riñen una fiera batalla las apetencias carnales, insaciables, y el ansia de perfección. Y en este duelo eterno arde como brasa el espíritu de la tierra. Y se afina y se aquilata. Y busca su plenitud y su anquilamiento.

Todo tiene en Andalucía un tono de plegaria y un sentido religioso. Sus coplas y cantares son los versículos de un evangelio popular; sus fiestas y jolgorios tienen sabor á ritos, y hasta la embriaguez es una forma del éxtasis.

El amor contenido y aherrojado en la carne es como un pájaro de fuego que va consumiendo la envoltura material. Y de esa fragua, cuyos portillos son los ojos, salen brazadas de chispas rutilantes, como hierro encendido machacado en yunque.

Y el pudor es tan fuerte en esta raza, que tapa y encubre sus propios dolores igual que un avaro sus tesoros. Porque estas pasiones violentísimas se esconden á todos los ojos. Temen que las ajenas pupilas ensucien el milagroso manto de su amor. Y se retraen, gozosas, como avechicas heridas, que prefieren morir, á macular sus plumas en el pantano.

Y hay un deleite en el sufrimiento, y un rezumo de dolor en la alegría, y se bu ca por medio de la tortura la purificación de la carne. Se vive pegado á la tierra, pero con un deseo insaciable de buscar los caminos del cielo. Y esta amalgama sensual y mística es la que llena de gloriosas contradicciones el alma de Andalucía.

Sensualidad y ascetismo. El goce, al llegar á las riberas del espasmo, se hace dolor, y el sufrimiento está heñido de voluptuosidad. En los recovecos y entresijos de esta raza se cruzan el ideal

muerto del paganismo y el ideal cristiano—exaltación del sufrimiento y el conocimiento de Dios por el espíritu—. Dionisio invita á las criaturas al banquete de la vida, exalta el triunfo de la carne y ofrece sus apoteosis materiales. El Hijo de Dios enseña el desprecio de los bienes terre-

religiosos. Romero de Torres es un místico, y sus telas son la plegaria.

Y fuimos á su estudio. Y el maestro, con su parla andaluza, nos dice:

—Hace unos meses ardió un retablo que hay en el exterior de la Catedral de Córdoba. En dicho retablo había una

Asunción llamada vulgarmente por el pueblo *La Virgen de los faroles*. Los cordobeses sienten una *marcadísima* predilección por esta Virgen, á la que hacen objeto de su adoración más ferviente. Al incendiarse la capilla, el patronato de la Virgen quiso, por medio de una suscripción, rehacer el cuadro; pero el Municipio cordobés, á cuyo frente está don Rafael Cruz Conde, se anticipó á los deseos del pueblo y del patronato, y acordó costear todos los gastos. Y me encargó á mí que pintara el cuadro de la Virgen.

—¿Qué representan en el cuadro las dos mujeres: la monja y la de la mantilla?

—Ya sabe usted—responde Romero de Torres—que antiguamente los pintores acostumbraban á poner en sus cuadros á los que contribuían con su dinero á costear la obra de arte. Yo, siguiendo la tradición, y por darle lo que podíamos llamar *carácter local* á mi obra, he puesto á los lados de la Virgen á una monja franciscana y á una muchacha cordobesa, ó sea la Córdoba profana y mística. He pretendido en esos símbolos crear los anhelos de Andalucía que quiere ganar el cielo torturándose y haciendo un culto del dolor.

—¿Ha tropezado usted con muchas dificultades, maestro?

—Sí, bastantes. Nunca, nunca, queda uno satisfecho de su trabajo. Quizá la lucha entre lo que *uno lleva dentro* y lo que realiza sea la tragedia del artista. ¡Desde la paleta al lienzo hay tantos propósitos frustrados!

Romero de Torres me habla ahora de su tierra con encendido acento.

—Ahora—arguye entusiasmado—el Municipio cordobés está haciendo una labor admirable. D. Rafael Cruz Conde hace una labor digna de elogio. Se están restaurando todas las iglesias y monumentos notables de Córdoba: San Lorenzo, Santa Marina, la Puerta del Puente y la torre de la Marmuerta...



nales, llama á los hombres á la mística comunión y enseña la ruta celestial como una liberación de los males humanos. Dios es el espíritu.

Así, cuando nos dijeron que Romero de Torres había pintado un cuadro de asunto religioso, nosotros argüimos:

—Todos los cuadros del pintor cordobés son

H. R. DE LA PEÑA

En el palacio de los duques de Medinaceli

La caza del oso en los hielos del Polo Norte y la del león y la pantera en los bosques del Africa Oriental

LA RECIA PERSONALIDAD DE ESTOS VARONES

VARONES acérrimos en la pelea, leales con sus reyes, magníficos en sus arrogancias, altivos y denodados con los fuertes, sencillos y familiares con los débiles, hombres de altos pensamientos, dispuestos siempre á acometer grandes y peligrosas hazañas, hidalgos de pro que por acrecentar la honra de su casa se arrojaban á cosas magníficas; de esta guisa son los duques de Medinaceli.

El resplandor de este título llena á borboto- nes la historia de España. Encendidos en la pe- lea, ningún trabajo de guerra les era nuevo, y en los trances apretados, estos caballeros preferían «rescebir la muerte peleando á salvar la vida hu- yendo», y eran tan enconados frente al enemigo, que la acometividad y arrojo de estos varones hizo exclamar al capitán inglés Talabot:

—No es prudente pelear con cabeza española en tiempo de ira.

En el gobierno de los Estados daban ejemplo á sus vasallos de sus castellanias virtudes. En las justas y torneos, retan, con asombro de los re- yes, de las damas garridas, de las meninas y don- celes, á los esforzados campeones que quieran medir su valor con un Medinaceli:

«De todas armas armado salió un guerrero terrible, á quien de la frente al pie pavonado acero viste.»

Si de catadura feroz en la pelea, tenían el ros- tro hermoso en palacio, y el leve ruido de un cha- pín hacía brotar un madrigal en los labios del aguerrido caballero, cuya vida era un juego de- licado entre el amor y la muerte. La recia perso- nalidad de estos varones bulle en las páginas del Romancero, la única historia verídica de Es- paña.

LAS PREEMINENCIAS DE ESTE TÍTULO

Si tuviéramos la envidiable cualidad de un cronista de salones, ¡con qué regusto escribiría- mos la limpia y clara genealogía de esta ilustre familia! ¡Cómo daríamos dentera á nuestros ca- maradas relatando mi- nuciosamente el ori- gen, las prebendas, si- necuras, privilegios y trofeos de la ilustre casa! Concedores de nuestra alta misión, empezariamos así:

Los señores de Me- dinaceli tienen la re- presentación legítima de la progenitura de los antiguos reyes de Castilla, como descen- dientes que son del Infante D. Fernando, hijo mayor del Rey Don Alonso X, *el Sa- bio*. Del matrimonio de este Infante con doña Blanca, hija de San Luis, Rey de Fran- cia, nació D. Alonso de la Cerda, tronco de la histórica familia, herederos de los dere- chos de su padre, de los cuales fué despo- jado por el Rey San cho IV, *el Bravo*.

«El ducado de Me- dinaceli fué creado por Enrique IV, quien lo otorgó á D. Luis de la

Cerda, quinto conde de Medinaceli, cuarto nieto de doña Isabel de la Cerda. El duque D. Luis fué un servidor ilustre de los Reyes Católicos.»

Y así seguiríamos solazándonos en contar las grandezas de este título; pero necesitaríamos para esto el espacio de un libro voluminoso y las cualidades narrativas de un cronista moderno de los que saben amalgamar la frivolidad de es- tos tiempos con el respeto tradicional de antaño.

LAS GRANDES RIQUEZAS QUE ATESORA LA ARIS- TOCRÁTICA MANSIÓN

Los zapatos plebeyos del cronista han pisado, durante unas horas, las mullidas alfombras del palacio. ¿Cómo anotar á hilo, y minuciosamente, las riquezas que atesora la aristocrática mansión? Arañas magníficas que pesan una tonela- da; riquísimos jarrones, fastuosos tapices, már- moles, bronce, estatuas, cuadros... ¿No dan ganas de mirar—hasta gastar los ojos—este ba- jorrelieve en mármol que representa dos caba- llos marchando al paso? ¿No ha asegurado Rei- nach que es obra única? ¿Y esta faz de már- mol, ancha, carnosa, serena, no es, quizá, del prócer romano Caninio Rufo, á quien Plinio es- cribía, con machacona persistencia, que «traba- jara en las obras del espíritu por ser las únicas que le pertenecían siempre»? ¿Y este cuadro per- dido en la penumbra del pasillo, no es de ese «jornalero de la inmortalidad» que hizo célebre el seudónimo del *Greco*? ¿Y este labrado banco en cuyo aderezo trabajaron años y años las ma- nos afanosas de sabios artífices, no era el asien- to y sillón donde los duques distribuían justicia á sus vasallos? ¿Y este brillante juguete llama- do silla de manos no era el estuche que encerraba la delicada belleza, la aristocrática figura de una Medinaceli? ¿Los ojos de magnates y caballeros no lanzarían las centellas de sus miradas á los cristales donde iba encerrada la encantadora dueña? Estos valiosos reposteros que decoran las paredes de las grandes salas, y estos tapices de David Teniers, ¿no quedan olvidados ante la magnificencia de este gran tapiz *El triunfo de Tito*? ¿Y estos mármoles y bajorrelieves de la

época romana? ¿Y estos labrados?... Pero he aquí que cuando el periodista mira á un lado y á otro, buscando nuevas joyas que anotar, un criado abre una portezuela. Y...

EL QUE CONQUISTÓ LA TIERRA CON EL ACERO, CONQUISTA TAMBIÉN EL CIELO CON LA PLEGARIA

Estamos en la armería de la casa. Es un sa- lón amplio, cuyas paredes decoran trofeos de guerra, banderas y estandartes. Puestas en hi- lera hay diez, veinte, cincuenta, cien armaduras. En sus férreas manos aprietan partesanas y lan- zas. Parece un ejército dispuesto al asalto. En medio de los «caballeros y peones de hierro», ca- balga un hidalgo sobre fuerte alazán, echada la visera, la lanza en ristre, soberbio y arrollador. ¿Sale el caballero á justar en torneo, ó avanza sañudo sobre la hueste mora? El caballo, al ser herido por el acicate, corre como saeta lanzada por nervudo arquero. Este hidalgo, vencedor en lides y en amores, acuchilló en una encrucijada, espada contra espada, á cuatro rufianes; escaló el balcón de una casa en Venecia para llevarse á una dama; peleó en la borda de los galeones mediterráneos contra los piratas barberiscos, se- cuaces de Barbarroja; retó, mano á mano y á campo abierto, al moro Abenozmán, y en la mon- taña, en la nave ó en la villa, la cruz de su espa- da le sirvió de cabezal. Y un día el caballero tro- có sus brillantes arreos guerreros por la áspera estameña y dejó el fragor de las batallas por la quietud y silencio del yermo. Del costado don- de pendía el bordado tahalí y la brillante herru- za, cuelga ahora el cilicio. La mano dura que me- neó con tanto valor la espada, se tiende ahora pi- diendo una limosna; la genuflexión hidalga se ha trocado en postura mística. El que conquistó la tierra con el acero conquista ahora el cielo con la plegaria.

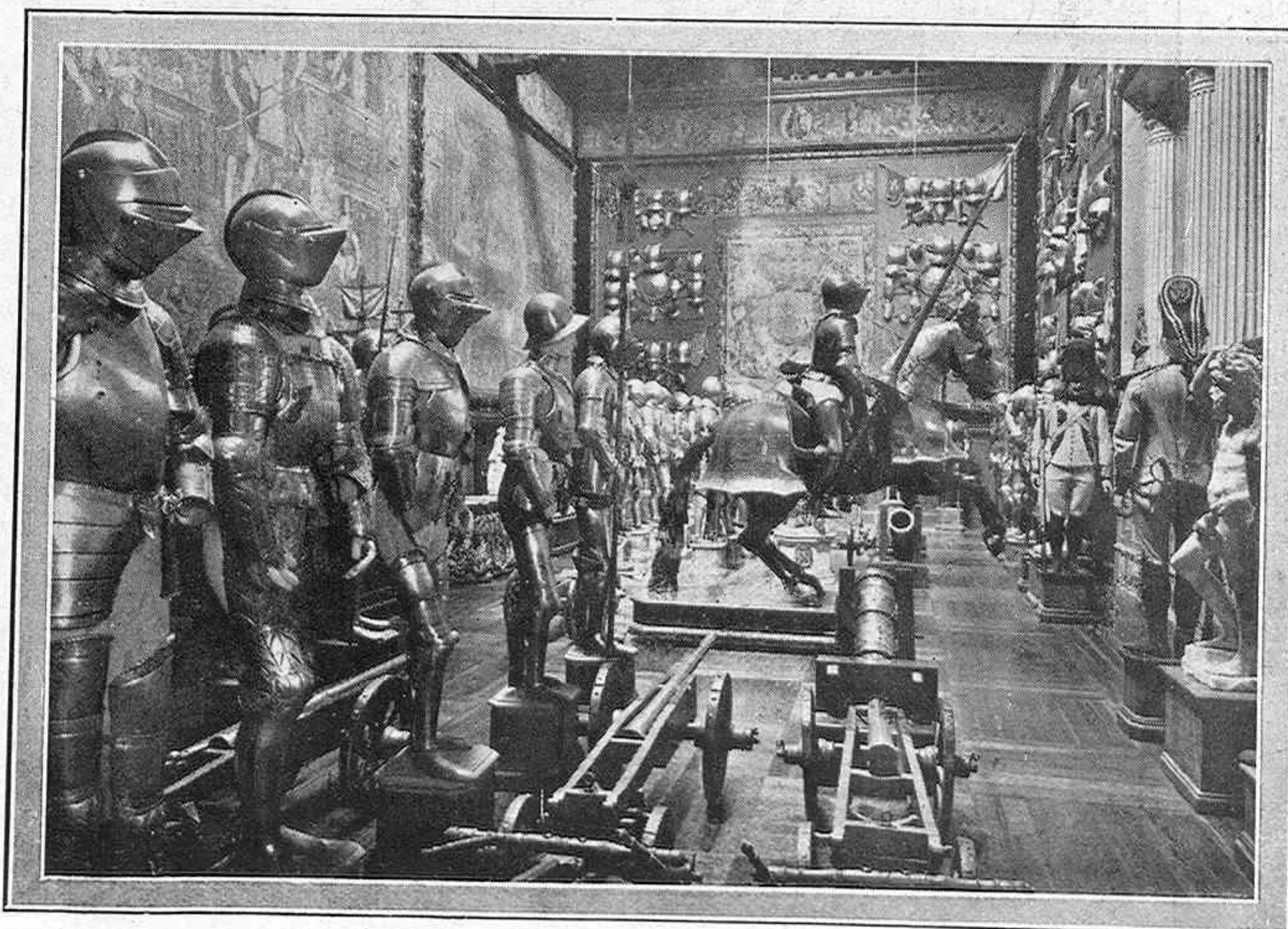
LA MAGNÍFICA ARMERÍA DE MEDINACELI ES EL GUARDARROPA DE LOS ESPAÑOLES DE ANTAÑO

¿Qué de tesoros históricos encierra la magnífica armería de Medinaceli!

¿Cómo se queda pegado el corazón á estas

reliquias! Este es el guardarropa de los es- pañoles de antaño. En la enorme sala, de preciosos artesonados, no caben las armadu- ras, los mosquetes, los timbales, cañoncitos, espadas, rodelas, lan- zas, petos, arneses, pistolones, corazas y yataganes. Las rigi- deces de las armadu- ras tienen un aire de epopeya. Debajo de esos petos labrados han latido los corazones de valientes com- patriotas, de los cua- les escribió Hernán Pérez del Pulgar:

«... Y oí decir de otros castellanos que con ánimo de caba- lleros fueron por los reinos extraños á ha- cer armas con qual- quier caballero que quiciere hazerlas con ellos, y con ellas ga- naron honra para sí y fama de valientes y esforzados caballeros para los hidalgos de Castilla.»



La magnífica armería del palacio del duque de Medinaceli



Una hermosa jirafa muerta por el duque de Medinaceli durante una expedición cinegética por los bosques africanos

El duque de Medinaceli montado á lomos de un hermoso rinoceronte que remató á tiros en el Africa Oriental

Aquí está la armadura del duque de Feria; el coselete del hijo del Gran Capitán; la pesada tizona de Londoño ó Mendieta; las enormes partesanas, que no podemos levantar con las dos manos; el chambergo, cuya pluma rozó el suelo en el cortesano saludo; los bordados tahalies; las azoletas de las espadas donde los bravos españoles bebían vino en los lupanares italianos; los cañones de bronce de las galeas; las recamadas mallas, y los uniformes de los Infantes de Jaén, cuya hueste de 2.000 hombres levantó á su costa el duque de Medinaceli, el año de 1793, para luchar en la guerra contra Francia.

EL APASIONADO INTERÉS DEL DUQUE POR LAS CACERÍAS ARRIESGADAS

Es pesada la herencia de este prócer. Porque va unida á la grandeza hereditaria, la responsabilidad de la jerarquía. Pero el actual duque de Medinaceli sabe mantener y aumentar el brillo de sus blasones. Aristócrata de grandes prendas personales, posee una atrayente sencillez, y de él puede decirse que es hombre agudo y discreto, y de tan gran corazón que ni las grandes cosas le alteran ni le place entender en las pequeñas.

Pero de todas las nobles cualidades que adornan al duque, hay una que atrae con más fuerza la atención del reporter: su apasionado interés por las cacerías arriesgadas; sus viajes á los bosques africanos, donde el rifle del duque ha derribado alimañas feroces; sus marchas por el Polo Norte, donde ha cazado osos y elefantes marinos; sus periplos por la India... Su escopeta ha hecho plegar las alas al rapidísimo alcotán, al águila real y al buitre insaciable. Valiente y certero,



El duque de Medinaceli con un magnífico ejemplar de oso blanco cobrado en los hielos del Norte

permanece frío é impávido en el peligro. La impronta de sus zapatos ha quedado en las heladas estepas norteñas, en los caliginosos bosques africanos y en la cubierta del buque, en los mares árticos. Y después de estas peligrosísimas correrías, el duque de Medinaceli ha anotado sus impresiones con un claro y sencillo léxico, en libros interesantísimos. Sus *Notas sobre la cacería en el Africa oriental inglesa* y *Expedición ártica en el verano de 1910* son dos tomos en los que no se sabe qué admirar más en ellos, si la fuerza del relato, tan lleno de aventuras y de incidentes curiosísimos, ó la limpidez y sobriedad de la narración. No hay fábula moderna escrita por el más hábil foliculario que nos haya encantado como estas narraciones del duque escritas para regodeo de sus familiares y amigos. Es un *film* maravilloso, donde queda pegada nuestra curiosidad de hombre sedentario, en la peripécia dramática y aventurera. Para defender la justeza de nuestros asertos, el lector nos va á permitir que insertemos unos trozos de estos libros. Pero antes, con el permiso de usted, vamos á entrar en el Museo del duque de Medinaceli.

OSOS, LOBOS, TEJONES, BUITRES, ÁGUILAS, VENADOS Y ALCES.—LA DUQUESA DE MEDINACELI, GRAN CAZADORA

Este Museo es una maravilla para los ojos. Las grandes salas están llenas de vitrinas, donde los bichos disecados por las habilísimas manos de un taxidermista, nos reciben en sus posturas de ataque ó de descanso. ¿Cómo contar los miles de cabezas que penden de las paredes ó se guardan en las urnas? El más entendido

ornitólogo se pasaría días y días estudiando estas mesnadas de pájaros rarísimos. Un profesor de Zoología tendría tema para largas divagaciones frente á estos ejemplares de osos, tejones, lobos, venados y alces cazados por el duque. ¡Qué lástima que la escasez de espacio constriña nuestro relato! Aquí está el insaciable buitres, ese ave de mal agüero, junto á su pariente el «quebrantahuesos» de uñas largas, encorvadas y aceradas. Este ave maligna, cuando tiene gazuza, sorprende á los rebecos al borde de los precipicios, les da un aletazo, los despeña, y luego baja al precipicio y se engulle á su víctima.

Sobre nuestras cabezas se cierne el águila real, de tres metros de larga, de garras como garfios, que vuela sobre el Himalaya. Este bicho rapaz es la independencia, el arrojo y la valentía.

Más allá el águila ratonera que prefiere los robledales y dehesas á las peladas llanuras. Aquí el alcotán vertiginoso, que coge en sus *vaidas* á las golondrinas y vencejos. El azor, verdugo de la garza, ave inmortalizada por los poetas sentimentales y llorones. El negro, maloliente y fatídico cuervo; la sucia graja; la chova, que grita como una comadre irascible; el mochuelo, pájaro de Minerva, signo del brujo y el alquimista en el medioevo; la corneja, de lastimero silbido; la urraca, que todo lo atrapa y esconde el Sylok avícola; el alcaudón, que imita los cánticos de los pájaros que quiere devorar; el gerifalte, el ave más apreciada en cetrería; los gansos marismños, que toman arena para facilitar la digestión; el cernícalo, la grajilla, las alondras, agachadizas, jilgueros, verderones, carboneros, pinzones, grajos...

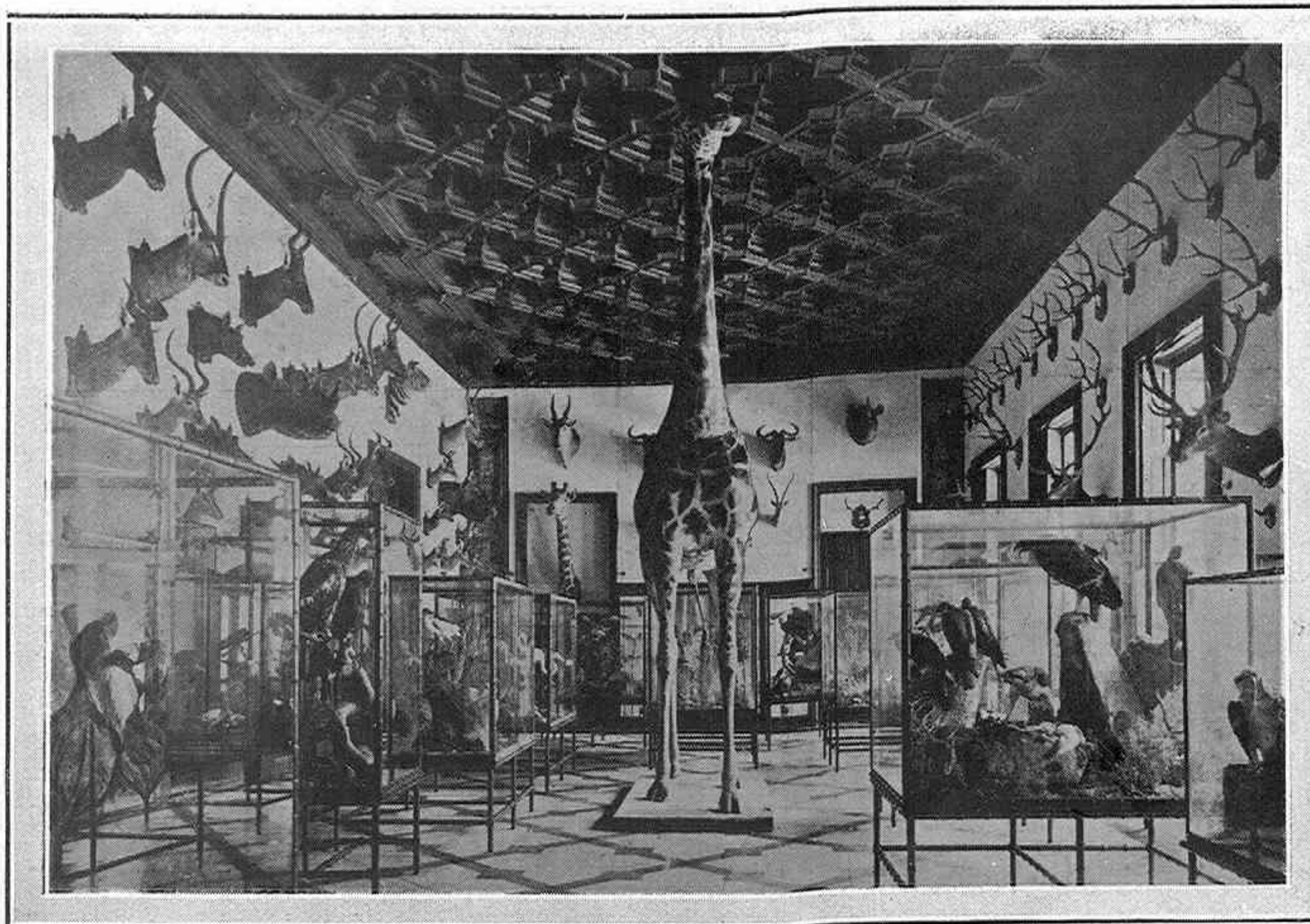
—Estos buitres—me dice mi acompañante señalando al ave glotona—han sido cazados por la señora duquesa de Medinaceli en su finca la Almoraima, en Cádiz.

—¿Le gustan á la duquesa las cacerías?

—¡Muchísimo! Compañera del duque en muchas cacerías, es fuerte en arrojo, denuedo y valentía. Es una magnífica escopeta, como se dice en el *argot* de los cazadores. Mire usted, mire usted—mi amigo señala con el dedo la cabeza de un animal, cuyo bello se adelanta como el de un caballo—. Este alce (*cervus alces Linn*) fué muerto por la duquesa en Suecia, en el bosque Ramnäs, en Octubre de 1926, en una cacería con los Reyes de aquel país.

EN LAS ESTEPAS HELADAS DEL POLO. LA MORSA, MONSTRUO MARINO, ATACA LA QUILLA DEL «LOFOTEN». SITUACIÓN APURADA. UN TIROTEO DESDE CUBIERTA. EL «DIARIO» DEL DUQUE DE MEDINACELI

Lobos, osos, jabalíes, tejones, venados, focas, oseznos, morsas (el enorme elefante marino),



El Museo de Historia Natural del duque de Medinaceli, instalado en su palacio de Madrid

todo lo que vuela, nada ó corre está encerrado en este Museo de Medinaceli. Presidiendo la junta de animales extáticos, se ve la larguísima jirafa, que mira displicente cómo un oso clava sus puñales en el cuerpo resbaladizo de una foca.

El rifle ducal ha derribado á estos bichos, llenos de belleza y de ferocidad, en la India, en el Africa Oriental, en los bosques de Suecia, en el Polo Norte y en las escarpadas montañas ibéricas.

Vamos á transcribir del *Diario* del duque de Medinaceli algunas peripecias interesantísimas de sus cacerías en el Polo Norte y en el Africa Oriental. En su viaje al Polo llevó por compañeros de expedición al duque de Peñaranda, al conde de Rivadavia, al marqués de la Puebla de Parga, á D. Joaquín Santos Suárez y á D. Francisco Javier de Gisbert. Fletaron para la expedición á los mares del Océano Artico, y para ellos solos, un vapor, el *Lofoten*, de 650 toneladas.

Y dice el duque en su *Diario*:

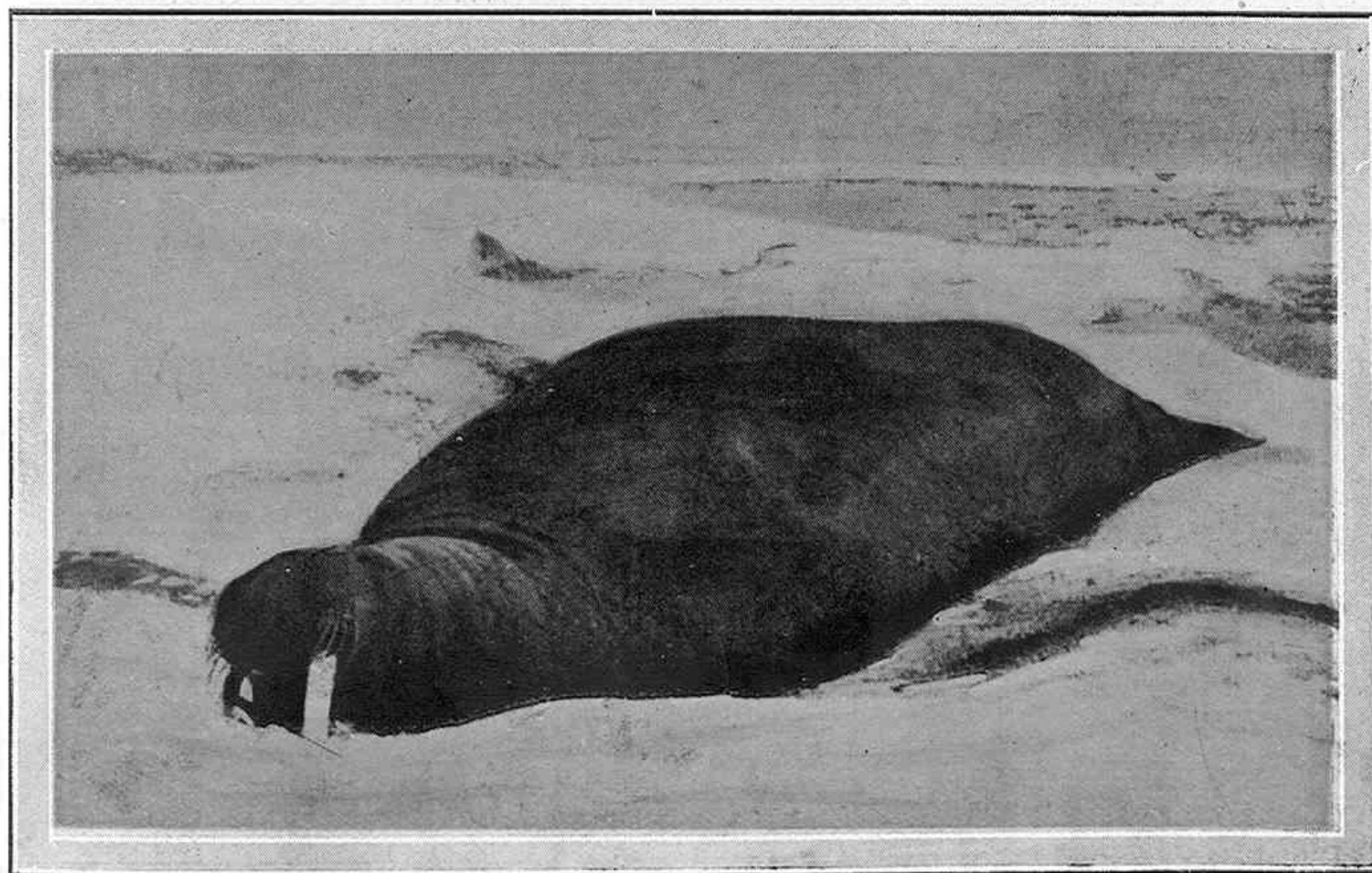
«Agosto, 14-1910.—Lofoten's bay.—Isla de Robertson. (Tierra de Francisco José.)

«Si la noche del 13 fué una noche de osos, por la frecuencia con que estos animales tuvieron la amabilidad de ponerse al alcance de nuestros rifles, la del 14 fué una verdadera noche de perros. Un mar deshecho, un lío espantoso en las cabinas, porque todo se caía al suelo con gran estrépito; unos tumbos horribles nos imposibilitaron conciliar el sueño, incluso á los que no estábamos mareados.

«Hacia la una de la mañana estamos á la vista de Francisco José, que es la tierra más septentrional del mundo.

«Es una costa casi totalmente cubierta de neveros, que dejan de cuando en cuando descubiertos unos peñascos de basalto. En la bahía donde anclamos por la mañana hay flotantes unos témpanos de grandes dimensiones. Hace un tiempo malísimo, no para de nevar y hay un viento muy fuerte y frío.

«Estábamos tranquilamente en el cuarto de fumar, á las siete y media de la tarde, cuando oímos la palabra *walrus* (que significa morsa). Salimos sobre cubierta, viendo en seguida al monstruo marino nadando á unos veinte metros del costado de estribor del *Lofoten*. Se hundió el animal y volvió á salir á cerca de cien metros por el costado opuesto del vapor. Yo, que tenía ya mi rifle, le disparé un tiro, yendo á dar la bala no lejos de su cabeza. Echamos á suerte para ver á quién correspondía salir en el bote para perseguir la morsa, y á falta de cartas y monedas, que no se encontraban á mano, usamos una caja de fósforos, pues el tiempo apremiaba. Me tocó á mí ir en el bote, y á todo remo nos dirigimos hacia el animal. Este, al ver el bote, lejos de huir, vino hacia nosotros, dándonos ocasión al arponero para tirarle el arpón; pero éste erró, según Gisbert, porque la morsa estaba demasiado honda. Esperamos en vano, no viendo nada, por lo cual nos volvimos al *Lofoten*, donde nos dijeron que se veía una morsa en el hielo de la costa; pero tampoco resultó ser cierto, habiendo, sin duda, confundido el animal con alguna roca. Pero antes que saltásemos del bote al vapor se vió perfectamente una morsa que nadaba muy cerca de las peñas de la orilla. A ella nos dirigimos, y como la anterior, en lugar de huir, vino hacia nosotros; pero esta vez el arponero acertó y la enganchó; entonces fué cuando el monstruo, después de mil tirones, salió á la superficie del agua y atacó resueltamente la embarcación; pasando por debajo, aunque, por fortuna, sin tocar la quilla, volvió á salir y á intentar una segunda acometida; pero dos balazos resolvieron la situación, hundiéndose el monstruo sin vida y enrojeciendo el agua con su sangre. Me-



Un enorme ejemplar de morsa, muerta en el hielo por los expedicionarios

día tres metros cincuenta centímetros de largo, y pesaba 622 kilos. (La morsa, llamada también caballo marino, es, indudablemente, uno de los pinnípedos más grandes existentes. Para darse cuenta del tamaño de este animal basta que el lector considere que en nuestro viaje cobramos una morsa que medía más de cuatro metros de largo y pesó 1.200 kilos, y que, aunque buena, no era de las mayores.)»

DESDE EL «LOFOTEN» SE DIVISAN CUATRO OSOS. EL DUQUE DA MUERTE Á UNA OSA. UN MACHO QUE PESA 482 KILOS.

«Agosto 17.—A bordo del *Lofoten*.

»A las once y media de la noche se divisaron cuatro osos: una hembra, dos pequeños y un macho, este último algo separado de los demás. Al ir hacia ellos se vió á la osa y los oseznos nadando por la proa del *Lofoten*. Los perseguimos con el bote, logrando alcanzarles y dando yo muerte á la madre en el momento que salía del agua, donde fueron laceados con alguna dificultad. Mientras tanto, Hernando y Joaquín salieron en busca del otro oso, matándole el primero y resultando ser un macho hermosísimo, que medía de hocico á rabo tres metros y pesaba 482 kilos...»

A BORDO DEL «GERTRUD WOERMANN». EN EL CORAZÓN DEL ÁFRICA ORIENTAL. AL TIRAR Á UN RINOCERONTE SALEN DE LA SELVA NUEVE LEONES. ROMPE EL FUEGO LA CARAVANA. MUERE UNA LEONA EN LA REFRIEGA. ¡AL CAMPAMENTO!

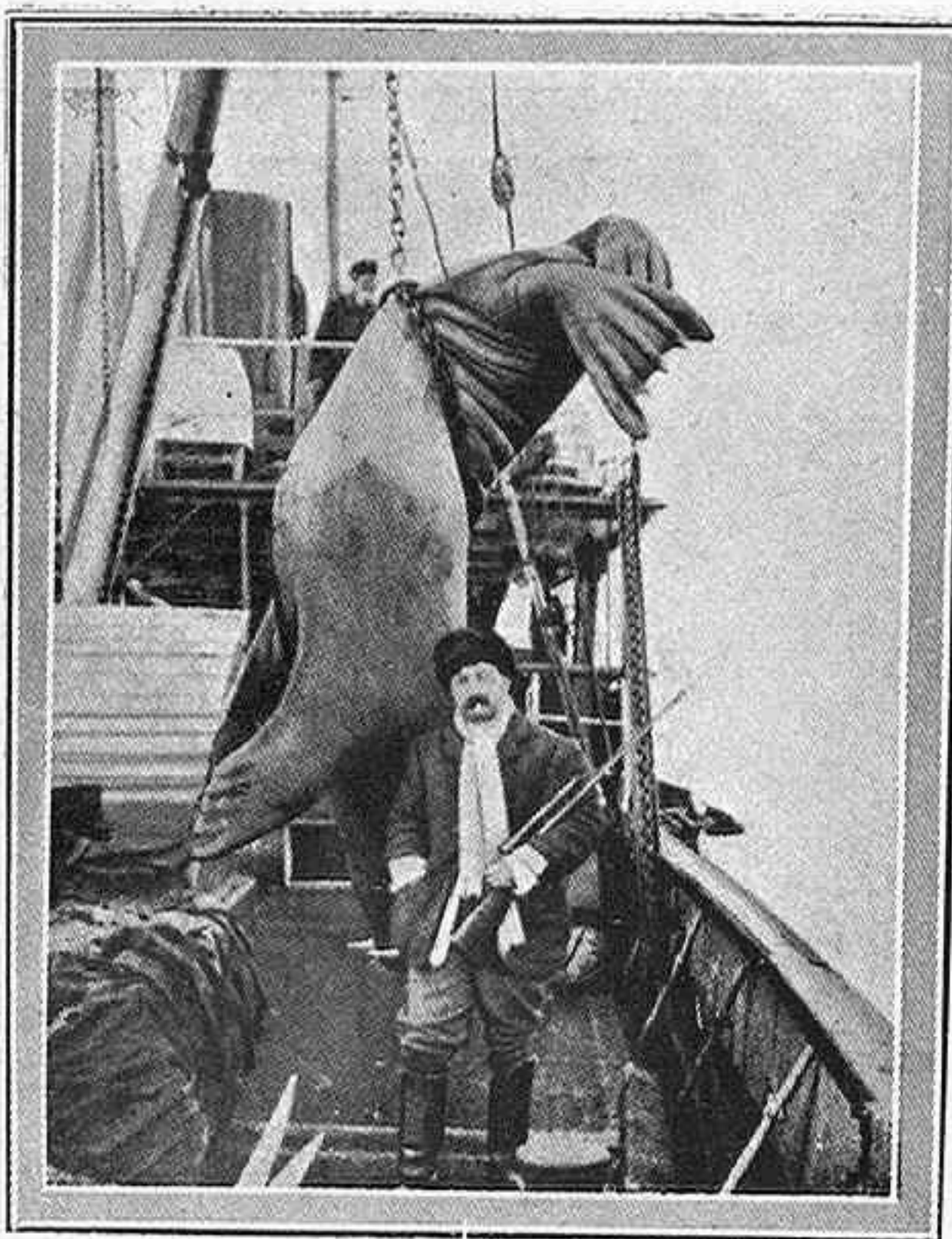
En Noviembre de 1908, el duque de Medinaceli y el duque de Alba embarcan en Marsella en el vapor *Gertrud Woermann*, con rumbo á Africa Oriental inglesa.

Y dice el duque de Medinaceli en su *Diario*: «Viajaba á bordo del *Gertrud Woermann* el sultán de Zanzibar, á quien recordaba, sin conocerle de nombre, por haberle visto jugar el dinero con la mayor despreocupación en el Casino de San Sebastián. Le acompañaba un secretario blanco, cuya cara de todo tiene menos de santo. También viene un príncipe de Radziwill, alemán, que va á cazar al Africa oriental alemana y se propone volver por el Congo.»

Ya en el corazón del Africa, los rifles de los duques de Medinaceli y de Alba ametrallan búfalos, cebras, impalas, jirafas, jabalíes de verrugas, rinocerontes, hipopótamos, leones, panteras y chacales.

He aquí unas páginas del interesantísimo *Diario* del duque de Medinaceli en sus correrías por los lagos y bosques africanos:

«Acompañados del guía *wakamba* (tribu de aquel país) abandonamos el campamento, y nos



El duque de Medinaceli y la primera morsa matada por él en los mares del Océano Artico. El monstruo marino atacó furiosamente la quilla del «Lofoten», poniendo en grave peligro la vida de los audaces viajeros

llevó á atravesar el Athi por un lado bastante practicable. En seguida nos pusimos á cazar, y aunque vi bastantes congonis y *water-bucks*, no los tiré por no meter ruido, por si había animales grandes. Hice bien, pues al poco tiempo vimos dos rinocerontes que corrían delante de nosotros y salieron por una laderilla de enfrente bastante de prisa. No eran muy grandes; pero nos reunimos todos, y apenas hubimos subido la cuesta, nos los encontramos á sesenta pasos y maté yo uno... Después de almorzar nos avisaron que había un león comiéndose uno de los congonis que yo había muerto por la mañana, y nos dirigimos al lugar indicado... Dubois nos dijo que veía un cochino enorme, y resultó ser un rinoceronte. Jimmy (nombre familiar del duque de Alba) y Dubois dispararon; pero llevaban cargados los rifles con balas de punta de plomo, y aunque le pegaron no se quedaron con él. Le seguimos, y al llegar á una especie de cañada nos salieron nueve leones; salimos corriendo y rompimos el fuego todos, hiriendo Jimmy á una leona que se metió en un espesor muy grande; le rodeamos y todos tiraron; los somalis, muy excitados, tiraron sin apuntar, y la leona hizo ademán de cargar, dando unos rugidos tremendos; por fin se la remató, y fué un gran regocijo en el campamento al ver la llegada del gran felino.»

UN ENORME ELEFANTE AVANZA SOBRE LOS CAZADORES, QUE LE «DISPARAN» UNA PLACA FOTOGRÁFICA

«Enero 4.—Africa Oriental.

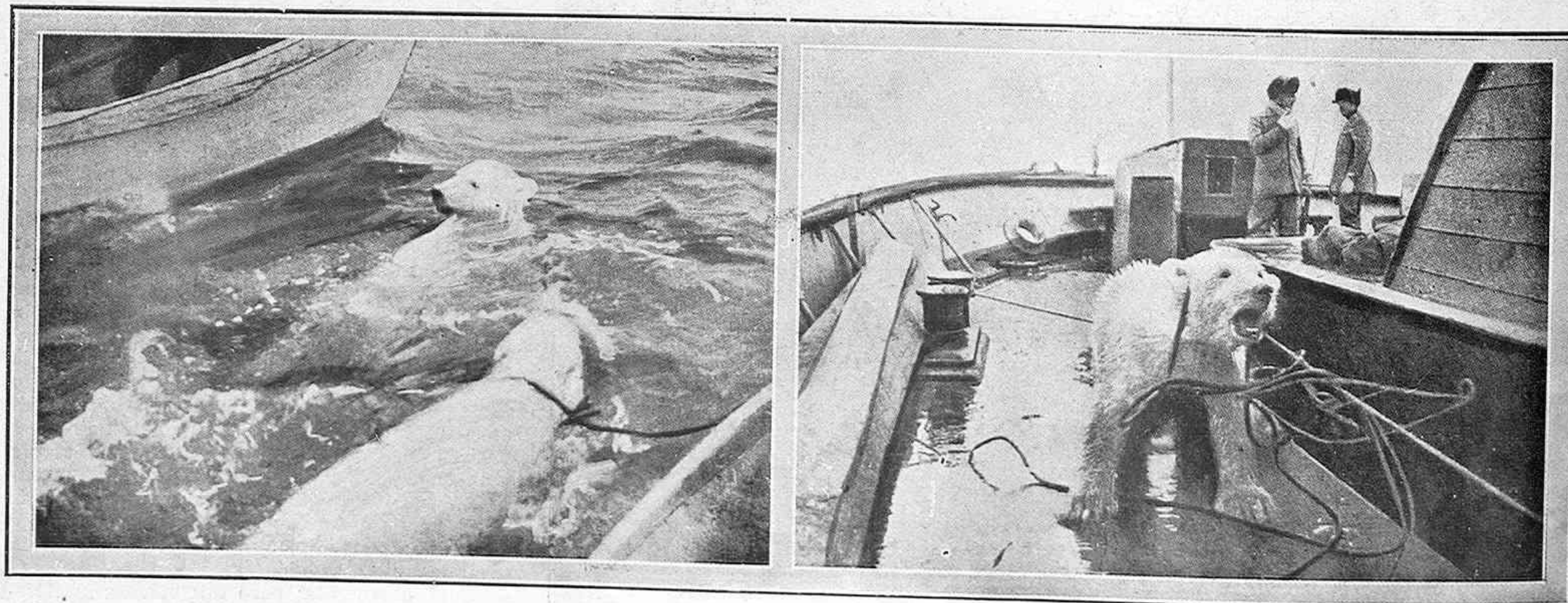
»Nos sentamos debajo de un grupo de árboles para esperar á la *safari* (caravana), y cuál no fué nuestra sorpresa al ver á un elefante pasar á 50 metros de nosotros, tranquilamente; cogimos nuestros aparatos fotográficos, y yo, que poseo una máquina bastante complicada, me equivoqué, y no pude sacar ninguna vista. Jimmy sí logró hacerlo. Seguimos durante unos 500 metros al animal, que nos ganaba terreno, cuando le vimos cambiar de rumbo y venir hacia nosotros tranquilamente, moviendo sus inmensas orejas. El momento fué emocionante; los somalis, excitadísimos, no hacían mas que gritar: ¡shoot!, ¡shoot! (¡tíre!, ¡tíre!). Los calmamos como pudimos; Jimmy sacó una fotografía y cogió el rifle, pues el animal se acercaba muchísimo. Estuvo muy tentado de tirarlo; pero le calmé y desistió. Protegido por el rifle de mi compañero, pude, con toda tranquilidad, sacar una foto al gigantesco paquidermo á veinticinco pasos.»

UN BRAVO Y MAGNÍFICO LEOPARDO, AL VERSE ACORRALADO, PROFIRIENDO TREMENDOS GRUÑIDOS, CARGA FURIOSAMENTE CONTRA TODOS. ES MUERTO Á SEIS PASOS DE LOS CAZADORES, QUE HAN CORRIDO EL GRAVE PELIGRO DE SER DEVORADOS

«Enero, 22. Africa Oriental.

»Por la mañana fuimos á visitar dos *kills* de la víspera, es decir, el *water-buck* que maté el día anterior, á última hora, y otro que cobró Jimmy. En el primero había numerosas trazas de hienas y chacales, pero ninguna de león. Bastante antes de llegar al segundo *kill* vió Dubois un leopardo que se retiraba después de haber compartido con las hienas la carne de mi primer *water-buck*. Le hicimos galopar por los somalis Askaro y Osman, el desollador de pájaros; el animal se aculó apenas hubo andado cien metros. Se refugió el leopardo debajo de un árbol seco y quemado, y allí estaba cuando nos acercamos nosotros, que acudimos llamados por los caballistas. Nos acercamos á cuarenta pasos y yo le disparé con el 465, y le di un rasponazo. Al ruido del disparo intentó huir; mas viéndose entre los caballos y nosotros, y no viendo salida, cargó furiosamente contra todos con la boca abierta, los pelos erizados y profiriendo tremendos gruñidos; le tiré dos tiros con el *express* grande; pero sólo uno hizo blanco, y me quedé con el rifle vacío, y el último disparo hecho por uno de los somalis le produjo la muerte cuando llegaba á seis pasos de nosotros.»

JULIO ROMANO



Captura de oseznos con lazo en los mares árticos

Un precioso ejemplar llevado á bordo del «Lofoten»

EL ARTE EN ESPAÑA

En Salamanca se descubre un cuadro de Leonardo de Vinci

No hace muchos días, D. Antonio Alfonso Mozas, al poner en orden objetos antiguos de sus antepasados, fijó su atención, solicitada irresistiblemente por el misterioso poder de lo bello, en un lienzo pictórico de asunto religioso, de refinado dibujo, armónico de composición y de colorido, de tonos apacibles y revelador de un artista inspirado, sutil, espiritual, con dominio absoluto del medio expresivo; en una frase: de un genio de la pintura mundial.

No tuvo límites el asombro del Sr. Mozas cuando éste, en un ángulo de la parte inferior del cuadro, descubrió, en caracteres de los comienzos del siglo XVI, la firma del pintor que nos legara la sonrisa enigmática y seductora de Monna Lisa, y, entre todas las representaciones conocidas del divino rostro de Cristo, la que refleja con mayor intensidad el dolor humano.

El asunto del lienzo está hondamente sentido, y tratado con amor y sencillez admirables, apareciendo, en primer término, y tendida sobre el duro suelo, delicada y maravillosa figura de mujer penitente, con túnica de colores oscuros, pardos, que deja adivinar á través de sus pliegues, moderna y lamentablemente restaurados, las bellas proporciones del cuerpo y ver unos lindos y sonrosados pies, de color suavísimo.

María Magdalena, que tal es el personaje del Nuevo Testamento representado por el artista, apoya su nimada cabeza, destacándose ésta sobre el fondo negro de una repintada roca, en el desnudo y acodado brazo derecho; y el rostro, de expresión triste, encuadrado por las tocas y por los cabellos, negros y abundosos, que de entre ellas salen, descendiendo por encima del pecho, se inclina ligeramente para leer un libro colocado en el césped que cubre la tierra. El brazo izquierdo, de un dibujo y un colorido verdaderamente encantadores, sigue la dirección del libro, y sobre sus folios se extiende, sujetándoles, la mano fina y delicada de la pecadora. A la izquierda se alza, trágica, imponente, la figura del Crucificado, y al otro lado, también en primer término, y casi en el mismo plano del libro, aparece un vaso con artísticas filigranas



Detalle del cuadro de «La Magdalena», de Leonardo de Vinci



«La Magdalena», de Leonardo de Vinci

(Fots. de Ausedes y Juanes)

y ornamentaciones, que representa el de los aromáticos ungüentos, con los cuales Magdalena, la mujer que «amó mucho» y por su amor fueron perdonados sus pecados, en casa del fariseo, perfumó los divinos pies de Jesús, y, arrepentida, hubo de besarlos, una y otra vez, regándolos con sus lágrimas.

Tras la figura central del cuadro, á la derecha del espectador, dos altos árboles entrelazan amorosamente sus florecidas ramas, y, á la izquierda, un grupo de elevadísimas y abruptas montañas parecen rasgar con sus agudos picachos el azul del cielo que se extiende sobre un ameno valle, iluminado por los últimos y mortecinos rayos del sol poniente.

La mayor parte de los técnicos y críticos de Arte que hasta la fecha han examinado el cuadro, prescindiendo de la firma de su autor que se lee en el libro, han dicho, después de comparado con otras obras, que el dibujo, el colorido, la composición y la técnica, revelan el pincel gigante de Leonardo de Vinci.

Que otros inteligentes en la bella arte de la pintura examinen el lienzo desapasionadamente y nos den á conocer su respetabilísima opinión, y mientras esto sucede, admiren los lectores de LA ESFERA las dos fotografías de la joya descubierta en Salamanca, que por vez primera reproduce el fotograbado.

ELOY DIAZ-JIMENEZ Y MOLLEDA
Salamanca, 1928.

EL COLOQUIO DE LOS INSECTOS



A DÓNDE vas, hermana chinche?
—Adonde encuentre seguridad para mi vida.

—¿Tan en peligro la tienes?

—De casa de doña Segismunda vengo huyendo para no perderla. A estas horas, la maldita vieja, requiriendo botes, fuelles y pulverizadores, habrá emprendido su incesante campaña de persecución y muerte contra nosotras.

—¿Doña Segismunda, dijiste? Pero si ninguna pudo parar en su casa más de un mes.

—Un año llevaba yo guareciéndome en una ignorada grieta... Ayer dió con ella y juró que hoy, en cuanto amaneciera, había de inundarla de polvos. Por muerta me tuve y al punto huf decidida á no volver más.

—Un año viviendo al lado de esa vieja cruel que no da ni una gota de sangre...

—Ay, pero no me hables, que tiene una criada andaluza que cuando le clavas el agujón te mueres de gusto chupándole la sangre! Nunca la probé tan sana y sabrosa. Es una mujer de carnes frescas y tan duras que dolorido tengo el agujón del trabajo que cuesta clavárselo. Con unas sábanas tan blancas y limpias que da gloria revolcarse y correr por ellas. Nunca me consolaré de la pérdida de esa mujer.

—¿Y dónde piensas acomodarte?

—Mi pensamiento es dar un vistazo por el segundo derecha á ver qué tal se presenta.

—No hagas tal. Allí viví yo unos cuantos meses y me tuve que mudar para no quedarme sin mis hijos; doce, entonces.

—¿Tienen mala sangre?

—El marido y la mujer la tienen avinagrada. Figúrate; él gana seis mil pesetas, y son el matrimonio, una hija, la criada y treinta y cinco duros de casa! Donde no hay harina todo es moha..., y así no se puede criar buena sangre.

—Pero... la hija no parece mal bocado.

—La hija es una idiota romántica, con un novio cursi que le da por leer novelas tan cursis como el novio, y así se pasa la noche. Luego, los padres le arman unos escándalos tremendos á la criada porque dicen que gasta mucha luz.

—¡Quita, quita! Déjame de pobreterías y de niñas tontas. Y la cuestión es que con lo caro que se ha puesto todo, hay pocos que coman

bien, y cada vez se hace más difícil encontrar una sangre nutritiva. ¿Dónde ir, Dios mío? ¿Qué te parece el tercero izquierda?

—¿El piso de los recién casados? Por estar recién casados puede que aún coman algo; pero no te lo aconsejo. Yo viví en casa de unos hace algún tiempo... y tuve que salir de allí de estampía.

—¿Por qué?

—Pues, hija..., porque los recién casados son unos impertinentes. Se pasan las noches diciendo unas tonterías... «¿Me quieres?» ¡Muchito!» «¡Rica!» «¡Rico!» *Mu..., mu..., mu...*

—¿Qué quieres decir con ese *mu*?

—¡Que se dan besos!

—¡Ah! Eso sería lo de menos. Por razón de nuestra vida ha visto una tantas cosas...

—Pero es que no hay manera de acercarse á ellos.

—¡Me aterras! Con las noticias que me das, viendo estoy que tendré que cambiar de casa. Todo por culpa de esa vieja criminal que nos hace objeto de una persecución sólo comparable á la que sufrieron los judíos.

—Bien se ve que eres de las aficionadas á los libros.

—Lo leí en uno de Historia entre cuyas páginas permanecí algunos días en una librería de viejo. Allí aprendí bastante. En un libro me sacaron de la tienda... ¡Ay, Soledad..., Soledad!...

—¿Vas á cantar?

—¡No, mujer!

—¿Pues quién es Soledad? Porque yo algo de eso oí en un cantar.

—¿Quién ha de ser, por mi mal, sino la andaluza, la criada de la vieja? Su recuerdo no se me va de la mente. Aconséjame, por Dios. Tan atribulada estoy, que no sé por dónde tirar.

—Yo te ofrecería mi casa; pero...

—¿Por qué dudas? ¿Qué te detiene?

—Que somos allí tantas...

—¿No os persiguen?

—Allí la vida es tranquila. Nunca se habla de escaldar las camas ni de llenarlas de polvos mortíferos...

—¿Qué paraíso! ¿Dónde vives?

—En el cuarto derecha.

—¿Y la pitanza es buena?

—De primera. ¡Con decirte que el marido es

asentador de la plaza! Allí se tira la comida...

—Con tanta falta como hace en otras casas...

—Un matrimonio que en junto pesa doscientos seis kilos.

—Me pones el agujón largo. ¿Por qué dudas en llevarme?

—Ya te lo he dicho. La voz se va corriendo, y poco á poco se van mudando allí todas las de la casa.

—Con doscientos seis kilos de carne hay para todas.

—Es que á él acuden pocas.

—Lo creo. A mí, francamente, me gusta más la mujer. El hombre cría la sangre gorda.

—Es que da muchas vueltas, y las que padecen reuma ó no son ligeras de patas, cuando aquella mole se les va encima, no tienen salvación. Caer debajo de él es caer debajo de una apisonadora, y por eso le huyen. A veces, hace unas hecatombes... Gracias que duermen separados...

—¿No habrá algún agujero donde yo pueda guarecerme?

—Locales no faltan. Hay muchos cuadros, muebles viejos, camas de madera..., etc., y allí el polvo, la criada lo limpia... ó no lo limpia...

—¡Noble y santa mujer! Gracias á las personas que son así, tan buenas, nuestra casta no se ha extinguido ya. Si todas fuesen como doña Segismunda, no quedábamos ni una. Y la señora, ¿se mueve mucho?

—Del lado que se duerme, despierta.

—¿Tiene algún sitio preferible para picar?

—El cogote. Allí acudimos todas..., y se arman unos escándalos...

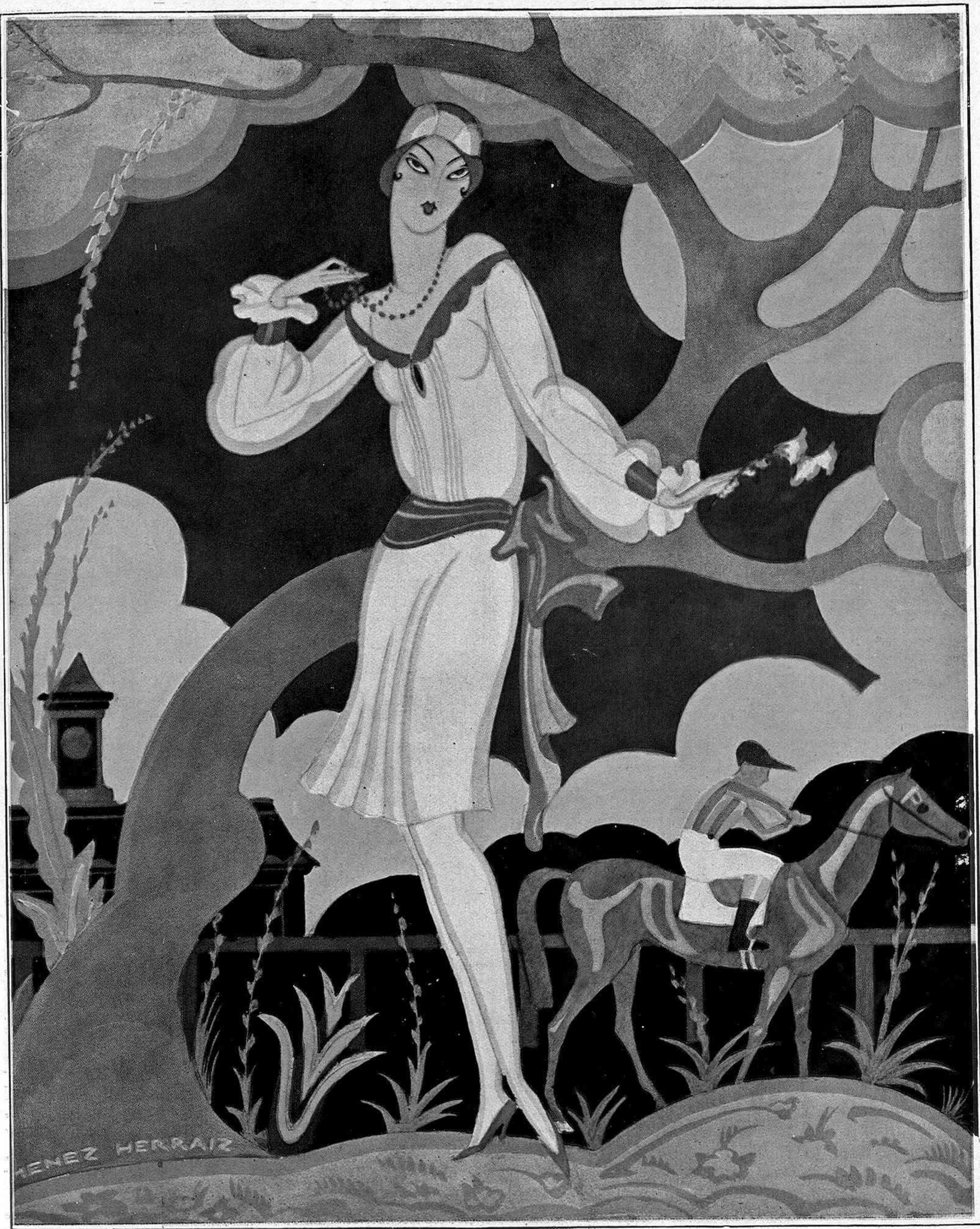
—Vamos ya, hermana, vamos; vamos, que no sabes los deseos que tengo de hacer una comida tranquila. Los sobresaltos sufridos en casa de la vieja han sido causa de que tenga el estómago perdido.

—Vamos, pues, que de algo ha de servir la amistad tan antigua que tenemos... Después de todo, una más, ¿qué importa?

Y ambos insectos treparon por la fachada de la casa en demanda del piso cuarto derecha..., donde yo les aconsejo á mis lectores que no vayan.

GUILLERMO DIAZ-CANEJA

(Dibujo de Sancha)



« En las carreras », dibujo original de Ximénez Herraiz

EL PATRIARCA DE LA NOVELA ARGENTINA

CARLOS MARIA OCANTOS

Don Carlos María Ocantos ha publicado recientemente *El Emboscado*.

Cuando publique *Fray Judas*, ya anunciado en la cubierta de aquel libro, dará fin á la serie de veinte tomos que comprende su colección de *Novelas Argentinas* comenzadas hace cuarenta años.

He aquí una labor ejemplar y un esfuerzo inteligente briosamente reiterado que no debe pasar inadvertido, y que, al llegar el momento de la culminación epilodal, debe tener en España los ecos oportunos.

Entre los escritores de lengua castellana, el autor de *El Emboscado* ostenta lugar preeminente. Es uno de esos prestigios que nada reciben del mutuo favor de las reputaciones advenedizas y los reclamos transitorios; que triunfa de las modas literarias y que se basta por su firmeza constructiva, por su dilatada amplitud ideológica y, sobre todo, por ese indudable don natural del verdadero novelista, del creador nato de seres é historias humanas, no aprendido en los libros ajenos ni conquistado con simulaciones intelectuales.

Se ofrece á la crítica Carlos María Ocantos como el Novelista con mayúscula. A la manera de otros grandes cultivadores del género. Como Galdós, como Blasco Ibáñez, por no citar sino españoles.

Alfred Coester, en su *The Literary Histoire of Spanish-America*, publicada el año 1919, dice textualmente: «El más grande novelista argentino es Carlos María Ocantos, á quien pudiera llamarse con propiedad el Balzac de la Argentina. Como el autor de *La Comedia Humana* ha escrito un ciclo de novelas cuyos protagonistas están vinculados entre sí por lazos de parentesco. Ese plan le ha permitido no sólo evocar escenas de la vida actual, sino el pasado de sus personajes.»

Nadie realmente podría osar disputarle á Ocantos esa primacía. Es el creador de ella; el que la dió un impulso vigoroso desde el primer instante y el que le ha sostenido en una lozana frescura de madurez enérgica y fecunda.

Desde *León Zaldívar*, publicada en el año 1888, hasta *El Emboscado*, ¡qué enorme, qué caudalosa producción la suya!

En los primeros treinta años, el autor simultanea las tareas literarias con las diplomáticas. Al principio, en el Ministerio de Relaciones Exteriores de su país; luego, en las Legaciones de España, Brasil, Dinamarca y Noruega hasta alcanzar la elevada categoría de ministro, Ocantos presta á la Argentina notables servicios y deja una laudable huella.

Pero al mismo tiempo va realizando su verdadera obra, aquella para la cual había nacido y estaba dotado con positivas cualidades; la que incorpora legítimamente su nombre á la Historia Literaria de fines del siglo XIX.

Es, además, grato observar la raigambre española de la producción novelesca de Ocantos. Narrador argentino por excelencia, es, á la vez, un estilista hispánico de profunda base filológica.

No le faltaron, por ello, sinsabores. En cierta ocasión, al elogiarle yo la recia contextura de *La cola de paja*, el profundo valor emotivo y la riqueza de tipos que atesora esa magnífica novela, me contestó el ilustre escritor argentino:

«Cuando inicié la novela galdosiana en mi tierra con mi *León Zaldívar*, le di orientación completamente española, sin perjuicio de ser regional y prescindiendo de la inclinación afrancesada que desde sus orígenes tenía (y tiene, desgraciadamente) nuestra literatura y del llamado idioma nacional que es el pintoresco español que aquí han dado á conocer las Compañías argentinas, pensando que el regionalismo nada tiene que ver con el dialecto y la jerga lingüística, y que ni las novelas gallegas de Emilia Pardo Bazán están escritas en gallego, ni las valencianas de Blasco Ibáñez en valenciano, bastando para darlas sabor tal cual palabreja local, sobre todo en el diálogo.»

Sin compartir del todo esta opinión, ya que precisamente en los modernos narradores hispanoamericanos añade al aliciente de costumbres, ambientes y anécdotas para nosotros exóticos, la característica del lenguaje usual por ellos imaginado ó copiado de la vida corriente, y, sobre todo, teniendo en cuenta—en lo que á regionalismo español se refiere—cómo vivifica y exalta el sentimiento de amor á la tierra nativa y cómo la singulariza y concreta frente á las demás verdades fraternas ó filiales, el acento peculiar de su verbo, el habla vernácula, recordé, al oír aquella profesión de fe españolista en labios de Ocantos, que no era una simple frase, sino algo íntimo, recóndito y arraigado, pronto á resurgir siempre que de alcorniar su labor se trate.

Al publicar *Misia Jeromita*, el año 1898, ya defendió su criterio personal afirmando esto que recientes controversias juveniles sobre un hipotético «meridiano intelectual», actualiza:

«... porque desde que di en la menguada idea de componer estas novelas, ciertos críticos, que también los hay por acá, aunque parezca mentira, vienen zahiriéndome con motivo de que no escribo en el idioma nacional que ellos llaman y yo ignoro qué nueva lengua sea.»

Lo cierto es que, sin sacrificar la veracidad localista de los episodios y de los temas, Carlos María Ocantos ha ido trazando momentos y retratos de la vida argentina de su época, en un limpio, sonoro y sobrio estilo castellano, que le valió en 1897 ser nombrado académico correspondiente de la Real Española de la Lengua, á propuesta de tres grandes figuras de nuestra novela: Galdós, Valera y Pereda, y en 1923, la misma Academia le premia ese libro por tantos conceptos notabilísimo titulado *La cola de paja*, y donde el argentino de hoy y el argentino de ayer aparecen relevados con extraordinaria hondura de línea en el caracterizador cosmopolitismo de las modernas sociedades, común y dañino á todos los grandes núcleos europeos y americanos.

No se limitó, sin embargo, á ese honroso acogimiento académico el halagador trato que Carlos María Ocantos recibiera de los escritores españoles. También encontramos públicas muestras de la estimación en que siempre fué tenido.

Y así como Ricardo Palma no vaciló en afirmar: «Ocantos es el primero de todos los que en América cultivan la novela realista», sus compañeros de España tampoco se recataban para el justo elogio.

«Ocantos es honra y gala de la tierra argentina»—escribió Galdós.

«La fama concede entre nosotros al señor Ocantos, lo mismo ó más que en su tierra, el título y el lauro de buen novelista»—añade Valera.

Y Pereda, no muy propicio á las frases laudatorias, confiesa: «La lectura de *Promisión* me ha deleitado grandemente y me ha parecido obra excelentísima de un ingenio alto y honrado.»

•••••

Acaso *El Emboscado*, para mayor amplitud

ideológica y más extenso escenario de pasiones humanas, dilata el vuelo inicial de lo propuesto. Por su título, por su comienzo, anuncia una diatriba contra determinado sector periodístico; aquel donde, no sólo en la Prensa argentina, sino en la Prensa universal, se agazapa el placeador oficial de méritos literarios ajenos. *El Emboscado* es, según Ocantos, quien se encarga de escribir juicios críticos sobre las obras que llegan á las redacciones y que gusta frecuentemente de tender sobre ellas un silencio desdenoso.

Todo escritor independiente, ocupado más en realizar su labor personal que preocupado en buscar camaraderías ó complicidades profesionales, conoce esa amargura de lanzar los libros en con-



CARLOS MARIA OCANTOS

Patriarca de la novela argentina, que durante cuarenta años viene realizando una fecunda labor literaria de profundo españolismo



Hace treinta años.—Asistentes á la comida literaria que dió Carlos María Ocantos para festejar su ingreso como Correspondiente en la Real Academia de la Lengua. En el salón del insigne novelista argentino y diplomático figuran: Pérez Galdós, Juan Valera, Menéndez Pelayo, José María de Pereda, Salvador Rueda, conde de las Navas, Andrés Mellado y marqués de Valdeiglesias

cavos abismos sin eco. Sabe bien hasta qué punto el éxito periodístico de ciertas obras no suele estar en relación directa de su valor intrínseco. No ignora los resortes del reclamo, aunque su timidez ó su propia dignidad le impiden tocarlos.

Aislado, fuerte, de ibseniana voluntad puesta al servicio de cuanto hay de fatal y de hermoso en la creación desinteresada, este tipo de escritor que no se cuida de la opinión escrita al margen de la sinceridad espontánea, va siendo cada vez menos frecuente en la república de las letras. Exige una pureza en el sacrificio que las nuevas costumbres y la indiferencia de las multitudes por todo intento espiritual é intelectual agrava.

Y ese es el motivo—no exento de legítima cólera—de *El emboscado*. Poner frente á frente el franco, el generoso luchador literario, y el cicatero, el malintencionado distribuidor de reputaciones transitorias, escondido en la sombra de un gran cotidiano.

Pero el novelista vence al satírico en esta pugna, consecuencia de aquella temática al parecer y al principio de su libro. La obra triunfa del resquemor profesional. Lo que iba á ser ataque concreto se magnifica en una plural condición de humanidad, en un conflicto de pasiones más diverso y más elevado que la simple anécdota del autor inteligente silenciado por el crítico no amigo suyo.

Incluso la misma figura representativa para el novelista de este ejemplar del bajo fondo periodístico adquiere un relieve diferente; una energía desplazada de su función habitual, elevada de concepto y de acción aun partiendo de móviles inconfesables.

El Emboscado deja de ser un episodio para adquirir múltiple suma de ellos constitutiva de ambiente menos restringido.

El protagonista no lucha con otro hombre, sino con el medio adverso que cerca siempre al espíritu provisto solamente de armas intelectuales; no tiene por enemigo único al que ha de juzgar su obra, sino además á la mujer que ha de compartir su vida. No tiene en contra el odio viril, sino el desamor femenino. La escaramuza se transforma en combate, las figuras no encarnan solamente seres de carne y hueso fáciles de tropezar en la existencia real, sino que simbolizan, además, ideales contradictorios de conveniencias colectivas.

A Martínez de Valafuente, el admirable protagonista de esta novela por tantos conceptos excelente, no le derrota Lahiguera—vencido á su vez por una mujer propicia y varios hombres hostiles—. Le derrota su ineficacia materialista, su exuberancia romántica, su impotencia de adaptación al medio en que los restantes coetáneos se agitan, gozan y sufren, pero acaban por someterse.

Como en todos los libros de Ocantos, los perso-

najes secundarios tienen aquel relieve que marcan la cualidad esencial novelística. No es un retrato aislado, sino un cuadro compuesto con profunda habilidad, con sensitiva y emotiva riqueza de detalles: el «tata» don Tirso, ejemplar de otra época menos prostituida por la crueldad pseudo civilizante; Misia Gume, moldeadora carnal y moral de mujeres frívolas consumidas en el fuego de la sensualidad y la vanidad; Azarque, silueta audaz é iconoclasta de la juventud crecida en el escepticismo combatiente de la postguerra; mistress Catherine, pálida feminidad que hace pensar en una de las «segundonas» gratas al genio de Alfonso Daudet; Mundito, el «mensajero escarlata», el inconsciente é infantil agitador de los hilos de los pobres muñecos humanos en esta aventura; incluso esa dulce sombra de Antonia, la sumisa amante de Lahiguera.

Y cuando al final de la obra—en ese capítulo que es una de las más bellas páginas escritas por Ocantos—vemos al protagonista lanzar los volúmenes del *Moreno* y el original del *Belgrano* en el aljibe cegado, «el ruido cavernoso de cada ejemplar tocando el fondo», encuentra en el corazón de todo verdadero escritor un eco de supremía, de infinita melancolía, hartado distinto de los ecos adventicios, no siempre envidiables, que buscan y contratan los grafómanos...

José FRANCES

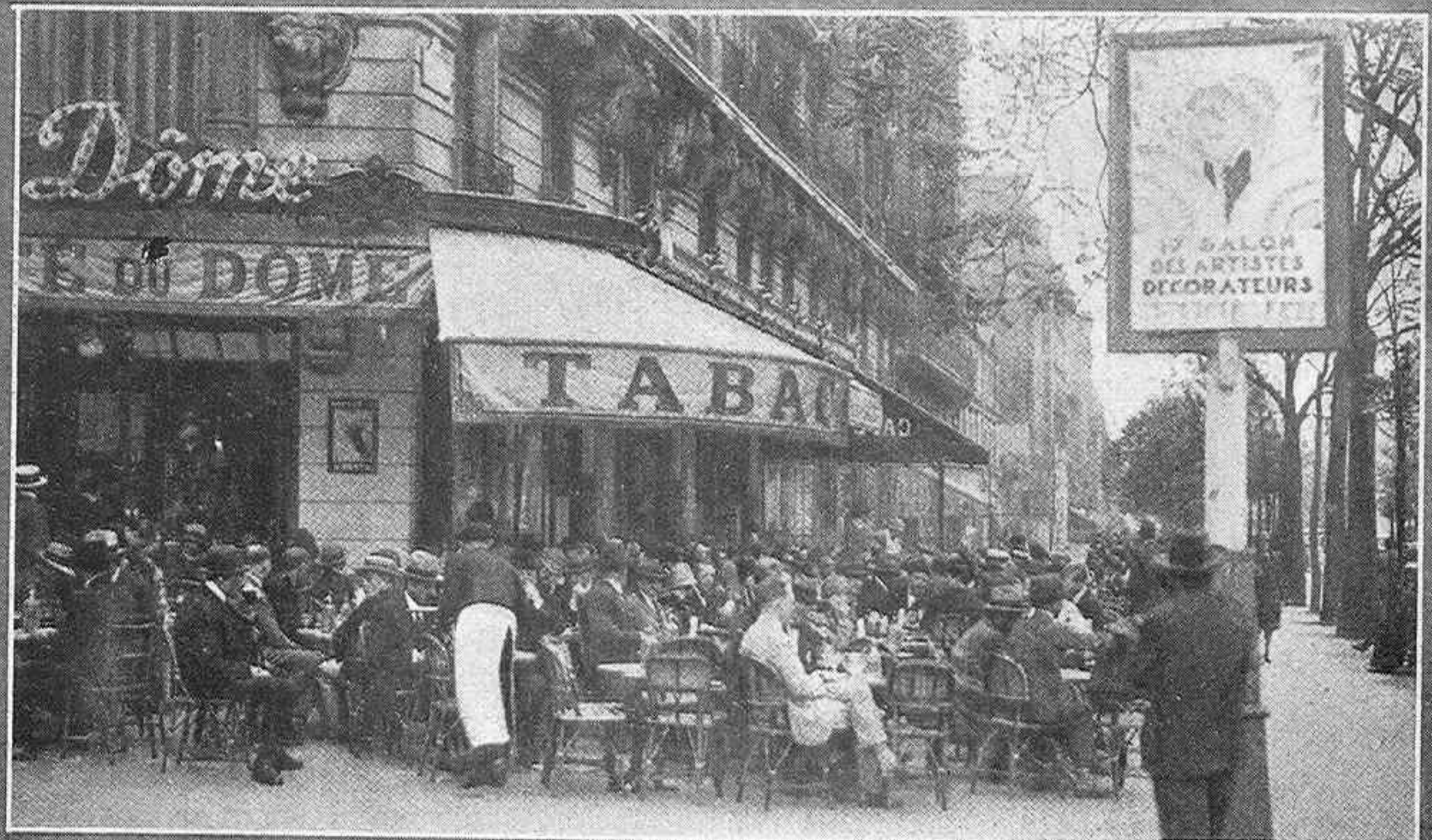
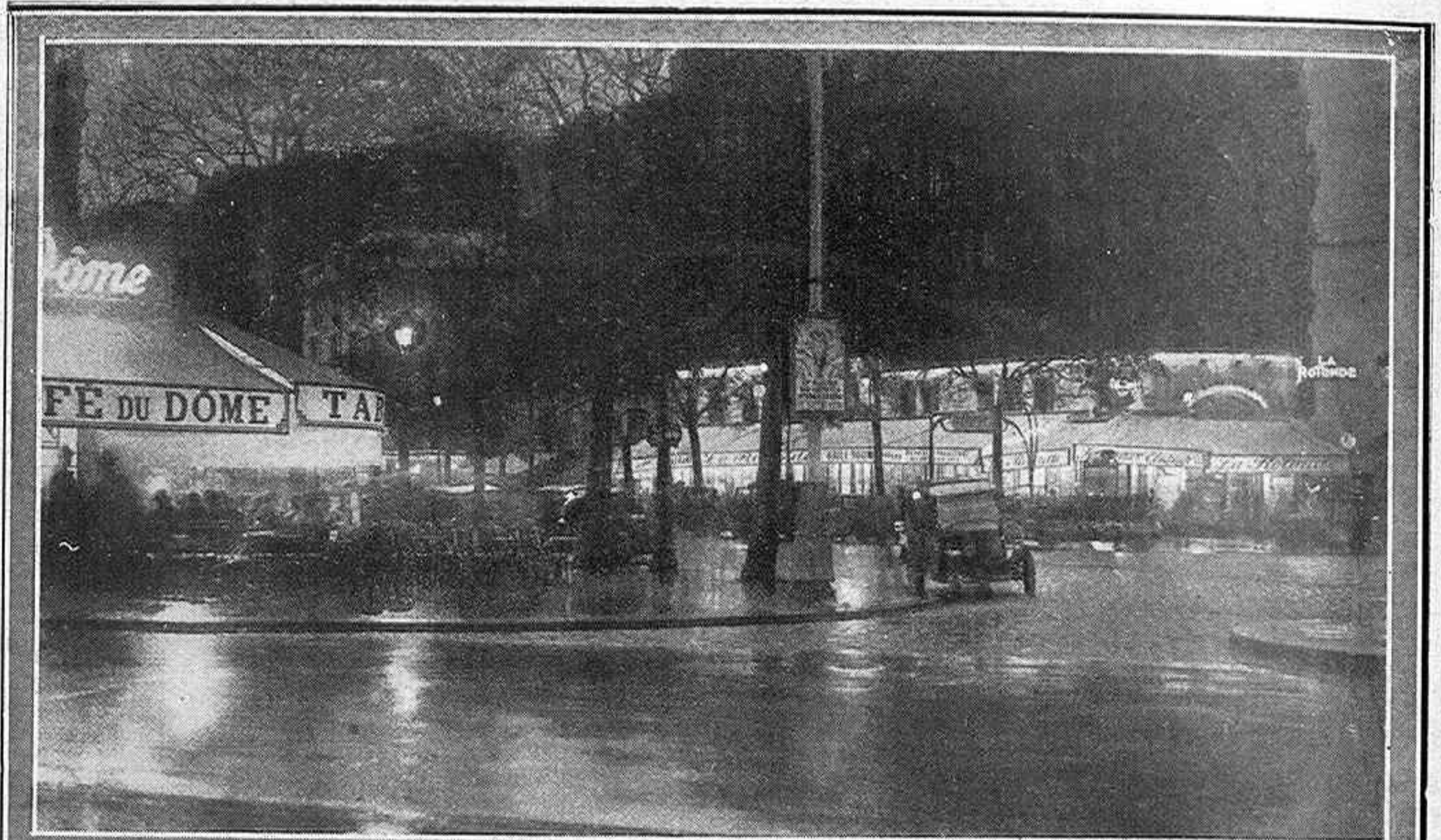
P A R I S

Montparnasse = Montrouge ó el snobismo migratorio

No creo que se haya escrito la historia de las migraciones artísticas dentro de París, ni que se hayan puesto en claro las razones en virtud de las cuales el pequeño grupo de trabajadores que, rodeado de una multitud de snobs y de comparsas, constituye el eje de la vida intelectual parisiense, abandonó á principios de siglo el Barrio Latino, donde tenía residencia desde los tiempos medievales del poeta Villon, para ir á establecerse en Montmartre durante catorce ó dieciocho años, para luego pasar á Montparnasse, habitándole hasta la fecha, y para emprender en la actualidad un éxodo nuevo hacia el lejano Montrouge...

Mil novecientos conoció el prestigio sin igual del montmartrense «Chat Noir» y el ocaso del romanticismo verlainiano... Pasó luego el ciclón de la guerra, y en lo que la tormenta duró, toda la soldadesca de medio mundo pateó sus borracheras de champaña sobre la Colina Sagrada, convertida en burdel... Mucho antes del armisticio, la «Butte» había muerto... Los artistas, los intelectuales y los *poseurs*, huyendo del ruido de las espuelas y de la procacidad de los héroes, se refugiaron en los altos del Boulevard Raspail y del Boulevard del Montparnasse, y comenzó la edad de oro del «Dôme» y de «La Rotonde»...

Hasta entonces, Montparnasse había sido pequeña colonia de disidentes alejados de Montmartre para recibir menos visitas y trabajar en paz; y esos *montparnos*, que se habían ido más allá del Luxemburgo en una época en que sólo existía como medio de comunicación el ómnibus rojo que al trote de sus caballos flemáticos iba camino de la Bastilla, se reunían en la famosa «Closierie des Lilas», donde tenían sus mesas Moréas, Paul Fort, Diriks, Flandrin, Madame Marval, Rude, Bourdelle, Carolus Duran, Gérôme, Flameng, Chabas, Maxence Brunelleschi... La «Closierie des Lilas», sus contertulios y la paz laboriosa del barrio seducían á los extranjeros... Allí fueron á establecer sus reales Archipenko, Madame Cirkowska, la baronesa de Uttingen, Stein y tantos otros... Pronto ese elemento cosmopolita dominó al francés, y al elegir como centro de su campamento la encrucijada Vavin, en la que se encuentran y confunden los dos grandes bulevares de la orilla izquierda, el Raspail y el del Montparnasse, desplazó en favor de la «Rotonda» y del «Domo» la concurrencia habitual de la «Closierie»... Situada frente á frente, los dos cafés lucharon, y aun luchan, disputándose la clientela... El «Domo», preferido por los americanos y los alemanes, tenía pretensiones aristocráticas... La «Rotonda», gobernada por el cordial Libion y por sus hijos, que tuteaban á los parroquianos antiguos, era más popular y de acogida más propicia... En el «Domo», los marchantes calvos, de nariz aguilena y gafas de oro—rapaces de Israel—, organizaban los negocios del cubismo, del éter y de la cocaína con la misma taimada habilidad con que habían de organizar, poco después, el formidable negocio de la guerra... En la «Rotonda», Victor Libion, envuelto en la dignidad comercial de su levita negra, á la que la marcha claudicante del buen hombre hacía perder rigidez, circulaba entre las mesas, prodigaba reverencias y sonrisas á los *forts clients* consumidores de «white-horse» y de «cordon-rouge», escuchaba con benevolencia las lamentaciones de los afligidos á quienes la fortuna había vuelto la espalda hasta el punto de no permitirles el consuelo de un «café-crème» y deslizaba discretamente unos francos en la mano vergonzante y amiga; compraba, sin hacer especulación, los cuadros que le agradaban y cuyos autores merecían ayuda; intervenía como pacificador en las discusiones que, partiendo de la estética, de la política ó del amor, terminaban frecuentemente en pugilato, y era, en suma, no sólo el patrón, sino también el ángel tutelar de aquella extraña clien-



En la fotografía superior: El célebre «Carrefour Vavin», eje de la vida artística de Montparnasse. Al fondo, «La Rotonda», iluminada en la noche. En primer término, el esquinazo del «Domo».— En el centro, la hora del aperitivo en la terraza del «Domo».— En la fotografía inferior: El famoso «Café Des Deux Magots»

tela de artistas, de escritores, de vagos, de snobs, de curiosos, de señoritas burguesas que se hacían acompañar por sus padres, y de chicas galantes que se ofrecían sin pudor, vigiladas á distancia por sus mecs...

Allí, en la «Rotonda», en torno á las ardientes polémicas de Apollinaire, de Max Jacob, de Cocteau, de Picasso, de Vlaminck, de Friesz, de Salmon y de Georges Braque, se formaron las legiones del neopresionismo, del simbolismo y de todos los *ismos* que en arte, á semejanza de los *itis* en patología, designan anomalías...

El *carrefour* Vavin, convertido en encrucijada de los pueblos y de las ideas, ganó definitivamente la «batalla de las dos orillas», comenzada en 1910 por los cruzados de la «Closer e» contra los pseudo-artistas y los mercaderes de la orilla derecha... El «Domo» y la «Rotonda»

—Mire usted—me decía no hace mucho un amigo muy viejo—, hubo un tiempo en que la mitad de los cafés del Montparnasse se titulaban *Au rendez-vous des cochers*, porque entonces los cocheros eran los dueños de la calle; después, todos esos cafés, más la mitad de los restantes, se titularon *Au rendez-vous des chauffeurs*, coincidiendo este cambio con el imperio del automóvil; hoy no queda ya un solo café en el Montparnasse que no sea el *Rendez-vous des artistes*... Todo el mundo, en Montparnasse, es artista... Son artistas los pintores, los escultores, los periodistas, los mozos de café, los hoteleros, la chica que le sirve á usted un mal biftec en un mal restaurante, el barrendero que lava la calle, la *épicière* que vende comestibles y la *petite femme* que en la tristeza de sus noches venales comercia con la ilusión de su amor... ¡Todos artistas!... Pues bien: esta plétora de arte será, no lo dude usted, la muerte del Montparnasse...

Mi amigo, el viejecito que conoció los tiempos del Montparnasse casi campesino, tiene razón... Montparnasse se nos muere...

•••••

... Se muere de indigestión. Hay demasiada fantasía, demasiado pintoresco, demasiada *mise en scène*



Para competir con sus rivales, «La Grande Chaumière», Café de artistas, como todos los del Montparnasse, ha instalado una Academia libre, con modelo por cuenta de la Casa. Y los clientes laboriosos trabajan, después del rato de tertulia, sin salir del establecimiento...

que en su rincón murmura ó canturrea cosas ininteligibles, y llega y se va marcando el ritmo de sus pasos agoreros con un báculo; la japonesa que aparece á media noche vestida con sus galas nacionales y como

desprendida de una estampa de Hokusai; el negro colosal y cínico que cultiva, entre las damas quincuagenarias, su tipo y su indumentaria de «genio de las Mil y Una Noches»; el chino grasiento y repulsivo que acude, con traje de mandarín, para discutir, franco á franco, el precio de las pobres muchachitas hambrientas...; toda esta horda de descentrados, de insensatos y de farsantes hace del *carrefour* Vavin una feria de humana extravagancia que nada tiene que ver con el talento, con la cultura ni con el arte...

Por eso la otra «Horda», la de los verdaderos artistas y los verdaderos escritores, la «Horda» fundada y dirigida por Fernand Dubois, y que desde hace tres años tenía su cuartel general en la «Rotonda», emigra de nuevo, abandonando el *carrefour* Vavin á la comparsa de la imbecilidad, y busca nuevos reales en los cafés y en las encrucijadas de Montrouge, fuera ya de París...

La «Horda» del Montparnasse, con sus bailes célebres, sus exposiciones en plena calle, sus manifiestos explosivos, sus iniciativas de inteligencia y de bondad, pasa á Montrouge, cantando su vieja estrofa de lucha y de invasión:

*Gens de sac et de corde,
La Horde,
Comme un flot qui déborde
Envahit la cité.
Au diable la tristesse
El vive la santé!...*



«La Rotonda», en cambio, es feria de modelos, y allí se encuentran las más bellas muchachas de París... Entre dos de ellas, este pintor «viejo estilo» bebe una botella de champaña, ofrecida por el dueño del Café á cambio de la «pose»...

ANTONIO G.
DE LINARES

LA ACTUALIDAD

NOTAS DEL GRAN MUNDO



El príncipe de Gales fraternizando con los campesinos ingleses en una fiesta celebrada en honor de éstos



La Reina María de Inglaterra estrechando las manos de las enfermeras en la inauguración de la Universidad de Nottingham



DON MANUEL S. PICHARDO
Consejero de la Embajada de Cuba, que ha sido ascendido á ministro

EL príncipe de Gales, heredero del trono de Inglaterra, gusta ponerse con frecuencia en contacto con el pueblo, para conocer sus trabajos y sus alegrías.

La figura del príncipe se ve lo mismo en el estadio deportivo que en la cabaña mísera ó en la esplendidez de una fiesta mundana. Y con la misma sonrisa acoge al prócer que al plebeyo.

Esta conducta le ha dado una gran popularidad, y el pueblo inglés lo hace constantemente objeto de su cariño.

Hace pocos días, el heredero á la corona inglesa tomó parte en una fiesta celebrada en honor de los viejos agricultores ingleses, que oyeron de los labios principescos palabras de amor y de elogio, que fueron escuchadas por los ancianos campesinos con gran emoción.

La Reina María de Inglaterra ha asistido á la inauguración de la Universidad de Nottingham. En su visita á los servicios y dependencias del nuevo centro cultural, la Reina de Inglaterra hizo calurosos elogios del nuevo establecimiento, felicitando efusivamente á las damas enfermeras.

•••••

La actualidad madrileña se destaca con una nota simpática. El Gobierno de Cuba, para premiar los altos méritos del ilustre diplomático D. Manuel S. Pichardo, ha ascendido á la categoría de ministro al consejero de la Embajada de Cuba en España. El Sr. Pichardo continuará en nuestro país, donde cuenta con grandes simpatías y es muy estimado por su trato exquisito y sus grandes dotes de cultura.

SENSACIONES DE ARTE

EL INSTINTO EN VLAMINCK

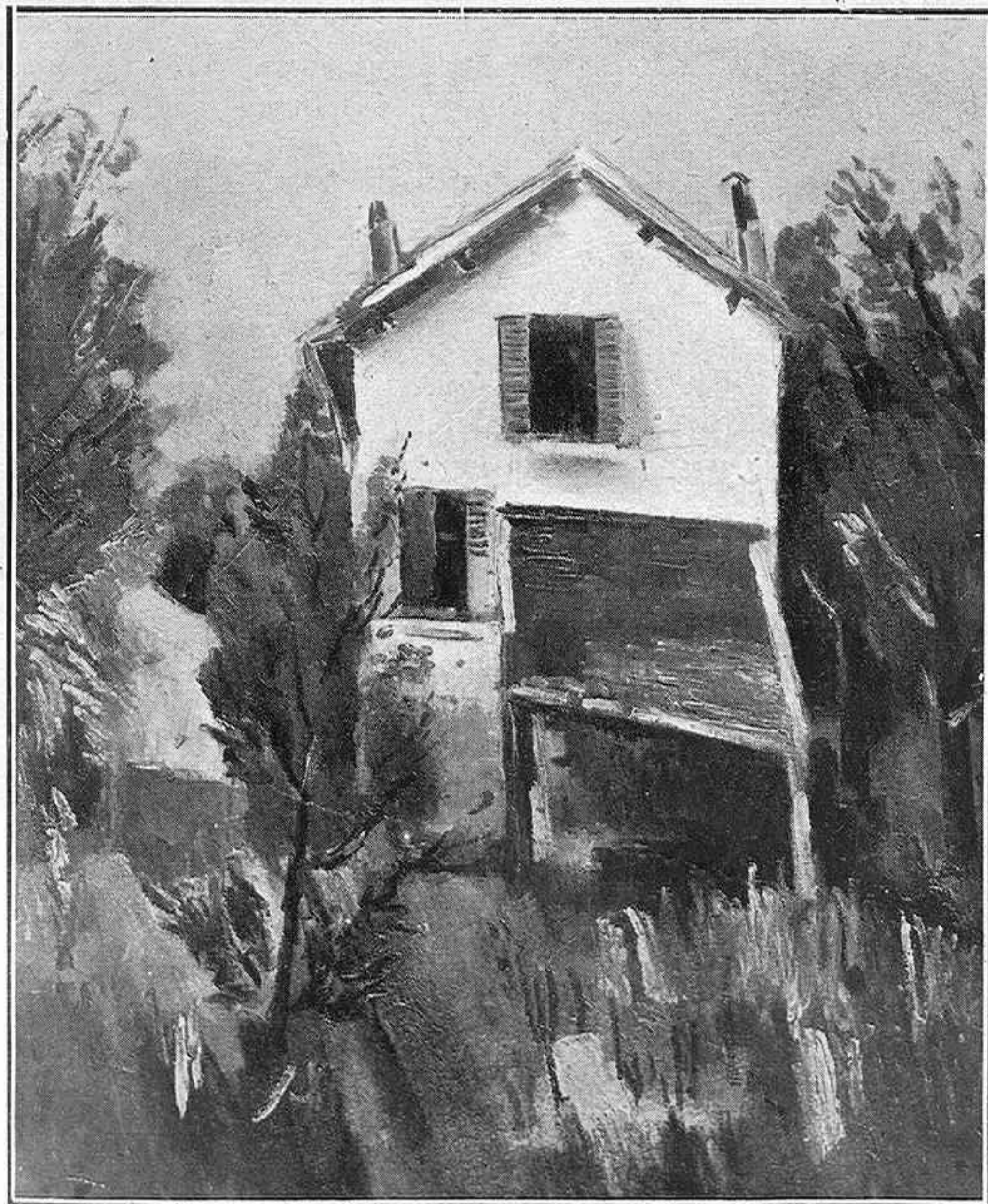
MESES atrás, el pintor Vlaminck se dedicó á recorrer galerías de arte, lacerando varios lienzos avalorados con su firma y que nunca pintara, según dijo, aunque á la postre no pudo demostrar que alguno de los tales lienzos fuese apócrifo... En resumidas cuentas, nos importa poco la autenticidad de aquellos cuadros, y nos importa mucho la acometividad del gesto aquel, cuya violencia define á un hombre y á un artista, artista y hombre de briosos instintos.

Mientras la crítica analiza, á través de sus gafas empañadas, las obras de Maurice de Vlaminck para hablarnos luego de modernismo y de un sentido de tragedia, los simples emotivos no vemos en ellas sino impulsos. Su creador huye, en efecto, de los clásicos y aduce que resulta más fácil recordarlos que olvidarlos; pero este prejuicio anticlasicista constituye un prurito reactivo sin otras consecuencias. Cabe, por supuesto, bordar literatura alrededor de semejantes obras; pero el pincel que las engendra no se impregna de literatura. Estudiándolas á fondo, las descubriremos muy sinceras, muy humanas siempre, y sólo á ratos trágicas ó modernizantes.

Por lo pronto, la pintura de Vlaminck nos parece una pintura pura, sin dibujo y sin fórmula, con algo de salvaje, espontánea cual un grito ó cual un puñetazo... No delata escuela ni falta que la hace tampoco, aun cuando su autor proceda de Cézanne, «como todo el mundo», conforme entiende Louis Vauxcelles; delata fuerza desatada, arrebatado del corazón, instinto. Comprendemos que el pintor se coloca ante los sitios, las personas y las cosas para reproducirlos á su modo, de primer intento, ajeno á cuantos los hayan reproducido ya ó después los reproduzcan. Se trata de un arte virgen que revirginiza



«El camino de la Defensa», cuadro de Vlaminck



«Paisaje», por Vlaminck

lo trillado. Tamaña originalidad acaba por ofender á los modelos y á los espectadores, porque se muestra agresiva á menudo, agresiva igual que un vigoroso individuo beodo.

El vigoroso individuo en cuestión se llama Maurice de Vlaminck, y con frecuencia se emborracha de color, de luz, de vida, de armonía. Verdes metálicos junto á tintes bermejos, azul Prusia junto á amarillo cromo, blanco y gris ceniza, componen sus acordes chocantes, con chillona sencillez; de brochazos dados por él casi á voleo, surgen árboles, aguas, puentes, barcos y casitas bajo nubes tormentosas; sus retratos palpitan, sintéticos y amorfos, pues cierta inspiración arrolladora les ha infundido alma, el alma primitiva de las mágicas estatuillas negras que conmueven al recio retratista. Estamos frente á una avalancha de la naturaleza, y la naturaleza, sin preocuparse del estilo, tiene estilo; he aquí el carácter de nuestro pintor, quien también tiene estilo, el estilo de la naturaleza.

Por su paterno abolengo flamenco, Vlaminck se manifiesta un sujeto de mentalidad sana; por haberse educado en el extrarradio parisiense ofrece la robusta candidez del *banlieusard*; por haber conocido la bohemia montmartresa, recela el espiritual descaro del pueblo de París. Todo ello compone el tipo del verdadero *fauve*, que asusta á los burgueses, entusiasma á los *snobs* y únicamente escucha sus voces interiores. Así la desentendida estética vlaminckiana.

«Esta pintura no miente. No sale de su estado para pedir á las combinaciones de *atelier* procedimientos de engañifa óptica ó de corrupción. Es la pintura misma...», concluye Francis Carco desde un opúsculo alusivo. «Veo en Vlaminck un retorno cada vez más marcado á la pintura expresiva, el desarrollo continuo de una sensibilidad particular denotada por formas sumarias y ásperas, mirando al efecto de conjunto, y una extrema variedad de intenciones y de realización, si se tiende á penetrar el diseño del artista, su juego matizado de colores luminosos», escribe Gustave Geoffroy. «Vlaminck no ha tanteado largo tiempo antes de encontrar su vía. Es evidente la opulencia de sus dones. Los prodiga sin tasa. Su curiosidad no reposa jamás», opina Guillaume Apollinaire. Vlaminck, por su parte, contesta á unos y á otros: «La pintura es como la cocina; no se explica; se saborea.»

Tras de imponerse por virtud de su esfuerzo tenaz, Maurice de Vlaminck, cumplidos los cincuenta años, ha regresado á la *banlieue* de donde le sacó Derain un día, cuando pintaba telas que borraba contra la hierba al punto. Allí se entrega ahora de lleno á sus instintos, improvisa lo que sus instintos le sugieren, en tanto vislumbra dentro de ello conceptos esotéricos el prójimo, y no bien sus instintos le atraen hacia París, viene para soltar una *boutade* ó para rasgar un cuadro...

GERMÁN GOMEZ DE LA MATA

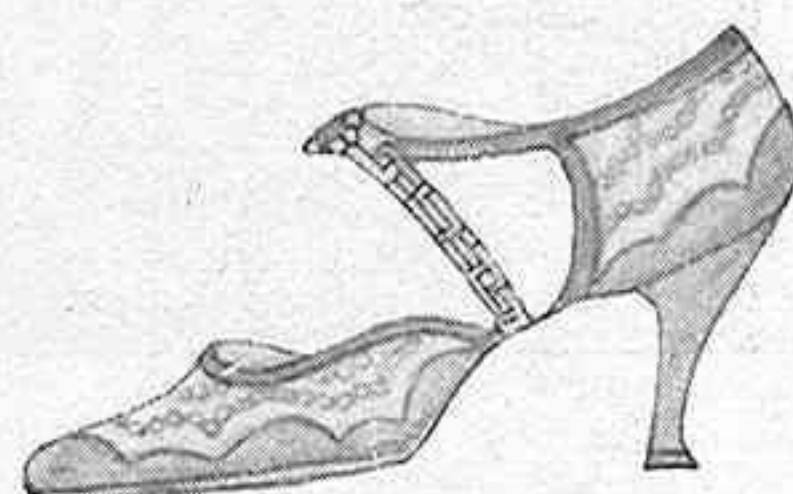
Elegancias



En los modernos tocados, los collares lujosos riman, en la forma y en el color, con los pendientes



Como á veces, también, los collares y los pendientes van de acuerdo con el color de la tez y de los cabellos



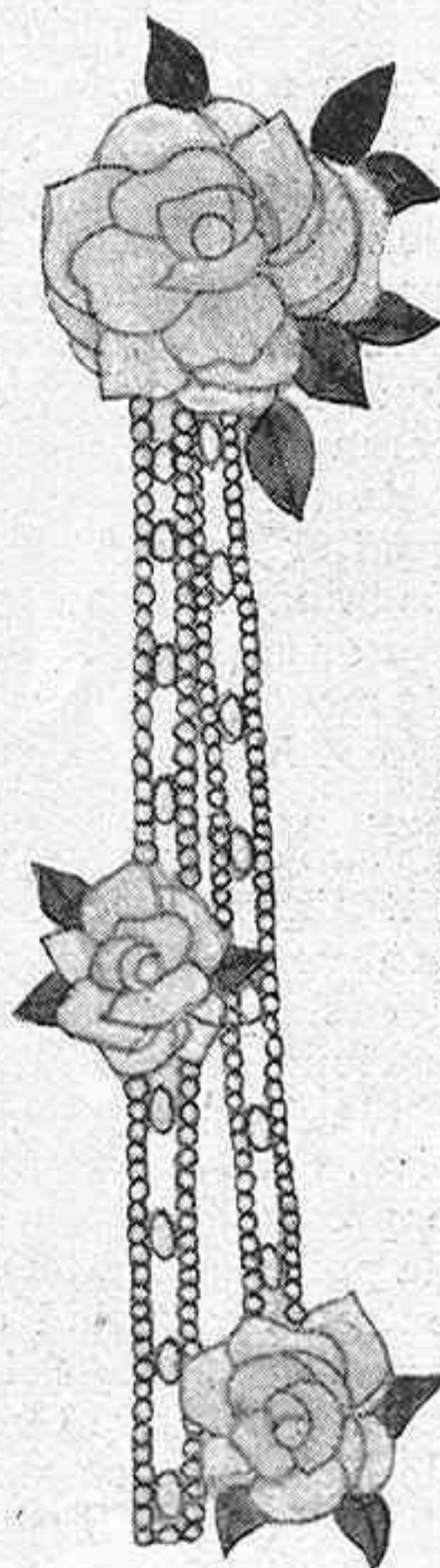
En los zapatos, en los bolsos de noche, se combinan, con las joyas auténticas, cristales, plaquitas de metal y «strass» diminutos...



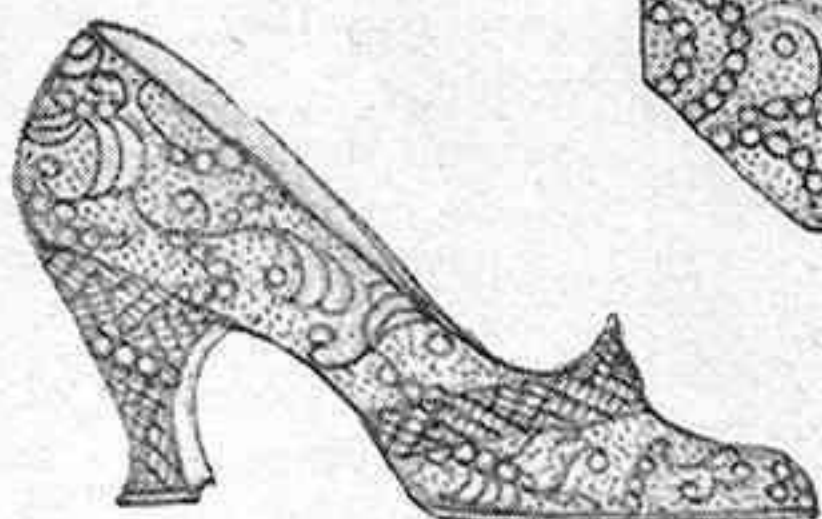
Sombrero de fieltro, combinado con paja (Modelo Camille Roger)



Sombrero de «bangkok» natural, guarnecido de recortes de «ciré» (Modelo Helene Corbett)



En los brazaletes, en el calzado, en los atavíos que complementan los trajes de noche, hay un marcado auge de las piedras y los cristales falsos, confeccionados exprofeso y de una admirable gracia decorativa...



REPRESENTA un esfuerzo considerable hallar algo nuevo en los esquilados campos de la moda, y más aunque lo ideado obtenga el general aplauso de las críticas y la acogida unánime de todas las mujeres.

En París, desde últimos de Julio, se están «pasando» en los grandes *atteliers* de costura los modelos de trajes y abrigos para el futuro invierno; todos, salvo contadas excepciones, son de una línea, hechura y confección perfecta, y por lo que respecta á los tejidos y colores, no pueden ser más bellos ni más originales.

En las formas es poca la variación que hay; domina la misma tendencia de sencillez; pero en las telas hay tal cantidad de cosas inéditas y bonitas, que predecimos que la futura moda invernal va á ser esplendorosa.

Es en los tejidos donde el esfuerzo de los creadores se nos presenta en toda su magnitud. Parece imposible que, sobre lo que ya se ha hecho, se hayan podido obtener estas telas, superiores en riqueza de matices, calidades y dibujos á todo lo conocido.

Pero la palabra «imposible» no se encuentra en el léxico de la moda; «tenaz é incansable», el modisto está siempre atento á hacer de su oficio un arte, que, á la par que le enriquezca, le haga el favorito de las damas.

El terciopelo domina en las colecciones del invierno sobre todas las demás telas, con ventaja enorme.

Los terciopelos *eiselés* sobre alpaca ó sobre *georgette*, haciendo lunares y flores; los brochados, combinados con hilillo de plata y oro, son



Traje de tarde, en crespón de china blanco, con casaca de «marocain» blanco, adornado con bordados rusos de tonos vivos. (Modelo Zimmermann)



Otro elegante vestido de paseo, en «satin» negro, con la falda unida al corpiño, con rombos de seda cruda. (Modelo de Jean Margrim)

creaciones lindísimas, como lo es asimismo el de Smirna, formando rayas minúsculas, y el denominado «Adalia», que por su finura puede compararse á la piel del melocotón.

Para los vestidos de noche, el «Sibellule», el «Astarte» y el «Meridor» son terciopelos de una finura sin rival; unos y otros en los tonos pastel, en amarillo, en azufre, en turquesa pálido ó en «capucine», estridente color que hace ahora su primera aparición en estos tejidos.

Los terciopelos de lana se emplearán para los abrigos de mañana y deportivos.

Algunos son de un sólo tono; otros, estampados con grandes dibujos ó en contraposición con minúsculos motivos que recuerdan á los que actualmente decoran los trajes estivales.

Hay terciopelos de lana reversibles en dos tonos lisos opuestos ó formando camafeo en la misma escala, y también los hay con una cara lisa y otra estampada, formando dibujos escoceses ó cubistas.

Para los abrigos de tarde se



Vestido de lanilla ing en tonos grises

Falda de «crêpe marocain» y blusa de seda estampada

emplean el satín «Clariage» tornasolado y el Artemis, que tiene el aspecto más aterciopelado y es más flexible y adaptable que el anterior.

El satín-terciopelo «Lysistrata», con reflejos plateados, también se lleva mucho en abrigos y vestidos de tarde.

Otra novedad lindísima es el *moiré* «Paquerette» estampada como su nombre lo indica, con margaritas sobre fondo negro.

Los tejidos ligeros de este verano se llevarán en los trajes invernales, sobre todos el crespón *mousse* y el *georgette* de lana.

Los tejidos de jersey con filigranas de oro y plata en dibujos muy modernos, merecerán una especial atención.

Los colores predilectos de estas encantadoras telas son el chocolate, el verde botella, el amarillo en toda la escala y muy particularmente el azufre y todos los azules.

Respecto á las formas y á la línea, en un próximo artículo nos ocuparemos de las tendencias y características más sobresalientes.

ANGELITA NARDI

VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS

La renovación de los mundos.—Una teoría atrevida del doctor Millikan

DESDE el descubrimiento del radio, hace cosa de treinta años, la desintegración de ciertos átomos en sus componentes era tan conocida por los hombres de ciencia como el natural descaecimiento que convierte en escombros las más robustas edificaciones. Pero cabe preguntar ante esos hechos demostrados: si todo se descompone; si todo se desintegra, lo orgánico y lo inorgánico, ¿no habrá en el universo algún proceso á la inversa, alguna síntesis de átomos en virtud de la cual se reconstruyan y cobren nueva vitalidad los átomos destruidos?

He ahí el problema que se ha planteado el famoso físico norteamericano doctor Robert A. Millikan, presentando recientemente el resultado de sus investigaciones en dicho sentido ante el *California Institute of Associates*, y según las cuales todo cuanto nos rodea, en nuestro mundo como en las estrellas, en las nebulosas ó en las insondables profundidades del espacio, atraviesa un proceso creativo.

Para comprender bien la significación y alcance de los trabajos de Millikan, es conveniente recordar algo de lo que nos enseñan los tratados de Física. Por ejemplo, que la atmósfera es débil conductora de las corrientes eléctricas. Y, además, lo que es ese utilísimo aparato que lleva el nombre de *electroscopio*, y que consiste en un cuerpo cargado de electricidad y situado en el centro de una caja metálica cerrada. Si estudiamos atentamente el funcionamiento del electroscopio, advertiremos que la carga eléctrica pasa poco á poco del cuerpo electrizado, atravesando el aire existente en la caja, á las paredes de la misma. Con ser lenta en extremo esta pérdida, tan lenta que pueden transcurrir varias horas antes de que sea apreciable, no es por ello menos cierta. Ahora bien: es posible aumentar enormemente la descarga del cuerpo electrizado sometiendo el electroscopio á la radiación, bien de los rayos X ó del radio, pareciendo lógico inferir que la pequeña pérdida residual es también debida á radiaciones que llegan al centro desde las paredes de la caja metálica ó desde los objetos circundantes.

Varios físicos eminentes, entre ellos Hess y Kolhörster, se han ocupado de esas radiaciones; mas es á Millikan á quien corresponde la gloria de haber llegado á resultados más precisos y consistentes, enfocando la cuestión con arreglo á estos dos puntos fundamentales: en qué proporción son absorbidas por la materia dichos rayos, y si la intensidad de los mismos

varía con la situación de los cuerpos, sobre todo en relación con la altitud.

Millikan había ya podido comprobar que los rayos lograban penetrar gruesas planchas de plomo colocadas en torno del electroscopio, y como parecía que el único medio absorbente disponible era el agua en cantidades grandes y uniformes, si se deseaba lograr efectos mensurables, se eligió para los experimentos algunos lagos de montaña en América, entre ellos el Muir y el Miguilla, en Bolivia, que se hallan á alturas de 3.900 y 5.000 metros, respectivamente. Situados los experimentadores en una balsa, que llevaron al centro del lago, sumergieron los electroscopios á diversas profundidades, elevándolos al cabo de cierto tiempo y midiendo la pérdida de carga. De este modo quedó demostrado que se necesita una capa de dieciséis metros de agua para absorber completamente las radiaciones, resultado de extraordinaria importancia, en cuanto indica que los rayos podían penetrar espesores de hasta dos metros de plomo, mientras los rayos X más potentes que se pueden producir son detenidos por media pulgada del mismo metal.

Extendiendo sus experimentos á las capas at-

mosféricas más altas, hubo de emplear Millikan un aeroplano, que se mantuvo, mientras duraron las observaciones, á la altura constante de 5.000 metros. Ellas evidenciaron: primero, que á mayor elevación corresponde mayor intensidad de las radiaciones penetrantes; y segundo, que esos rayos nos llegan de más allá de nuestra atmósfera y que son absorbidos por ella. Otros globos de los llamados sondas y provistos de un ingenioso electroscopio en miniatura, alcanzaron altitudes atmosféricas de nueve millas, ó sea el noventa por ciento del espesor total de la atmósfera, obteniéndose análogos resultados.

Se tiene, pues, la certidumbre absoluta de que nuestro planeta está bañado, digámoslo así, por una nueva clase de rayos penetrantes, cuya longitud de onda fija Millikan en dos millones de millonésimas de pulgada, ó sea treinta veces más pequeña que las más pequeñas ondas conocidas hasta hoy por la Ciencia. Existen, pues, unos rayos penetrantes, hasta ahora ignorados. Pero, ¿de dónde proceden? ¿Cómo podemos compaginar su indudable existencia con nuestras presentes nociones acerca de la estructura del Universo?

Ciertamente, cabe la posibilidad de que los rayos nazcan en las capas más elevadas de la atmósfera, estimulados quizá por las velocísimas partículas electrizadas que nos llegan del Sol, ó por aquellas otras que almacenan las tormentas, y cuyos potenciales de millones de voltios son de frecuente ocurrencia. Con todo, Millikan opina que los rayos penetrantes no proceden sino de otros cosmos alejados del nuestro, y que esos rayos cósmicos (nombre que les da el sabio físico americano) llenan por completo el espacio, formándose por la *creación* efectiva de nuevos átomos. Equivale ello á decir que, mucho más allá del pequeño círculo de nuestro sistema solar, se efectúa un proceso constante de *re-creación*, una síntesis de átomos, acaso una síntesis magnífica de mundos...

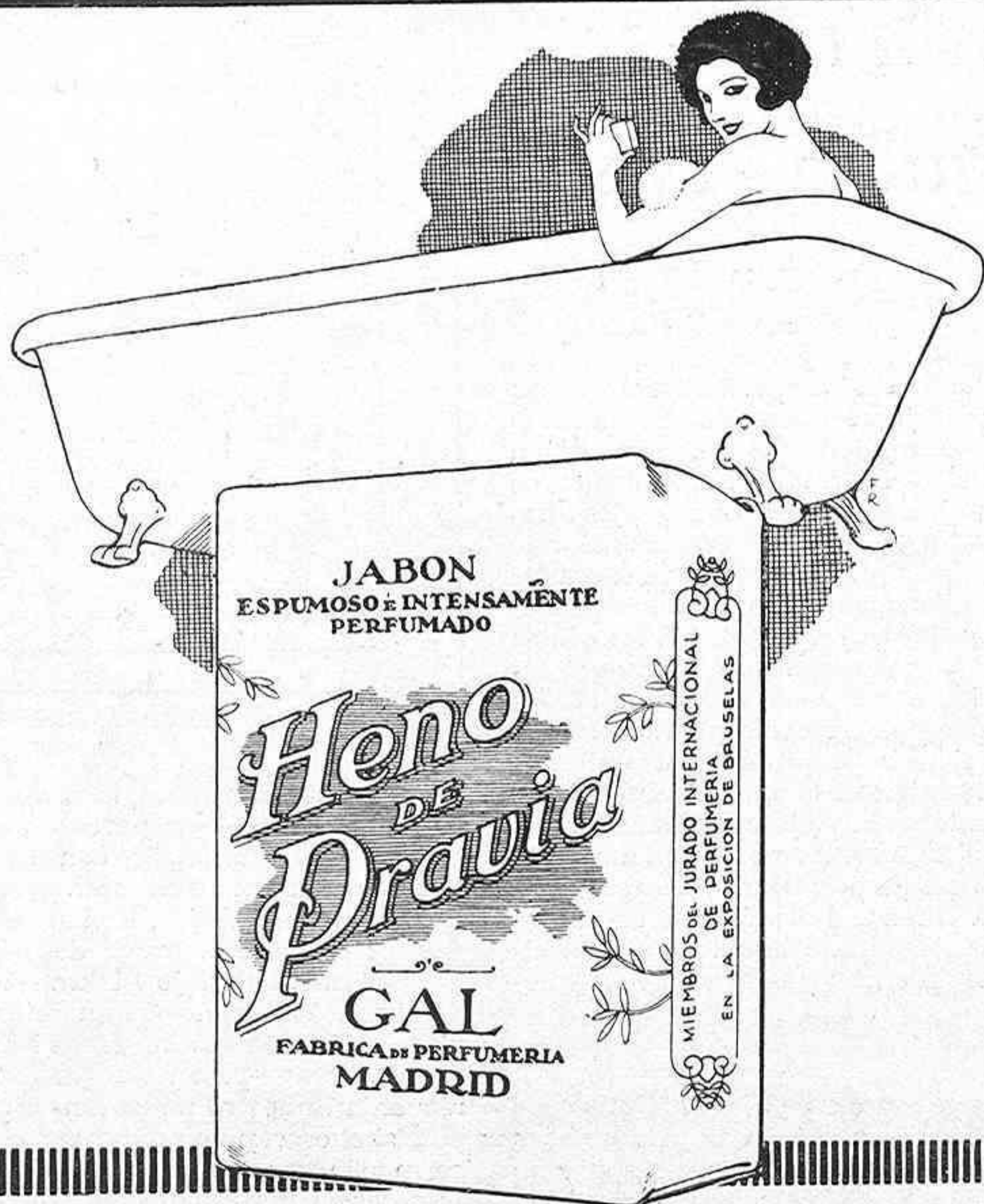
Es claro que aun resultaría prematuro formular sobre tan atrevidas teorías ninguna conclusión definitiva, dadas la índole delicada de los experimentos, la posibilidad de errores y la variedad de las interpretaciones.

Pero como, en último término, no parece que pueda oponérsele objeción alguna incontrovertible, y como su novedad y atrevimiento la hacen en alto grado interesante, es forzoso registrarla en este asombroso avance que viene realizando la Ciencia moderna.

D. R.



Fotografía obtenida por el doctor Millikan, que demuestra la existencia de una nueva clase de rayos penetrantes, que se reconocen por esas pequeñas partículas brillantes que proceden probablemente de otros planetas.



Fragancia y suavidad
son las características
inconfundibles de un baño con
Jabón Heno de Pravia

Es el Jabón perfecto;
suaviza y perfuma el cutis.
Su pasta es neutra y compacta.
Su espuma, abundante y suave.
Su perfume, de intensidad
uniforme hasta el fin de la
pastilla.

Pastilla, 1,25 en toda España.

PERFUMERÍA GAL. - - MADRID

Algunos de los productos
más recomendados de la
Perfumería Gal



El AGUA DE COLONIA AÑEJA
se compone de alcohol neutro de 90°
y esencias naturales. Frasco, 2,50.



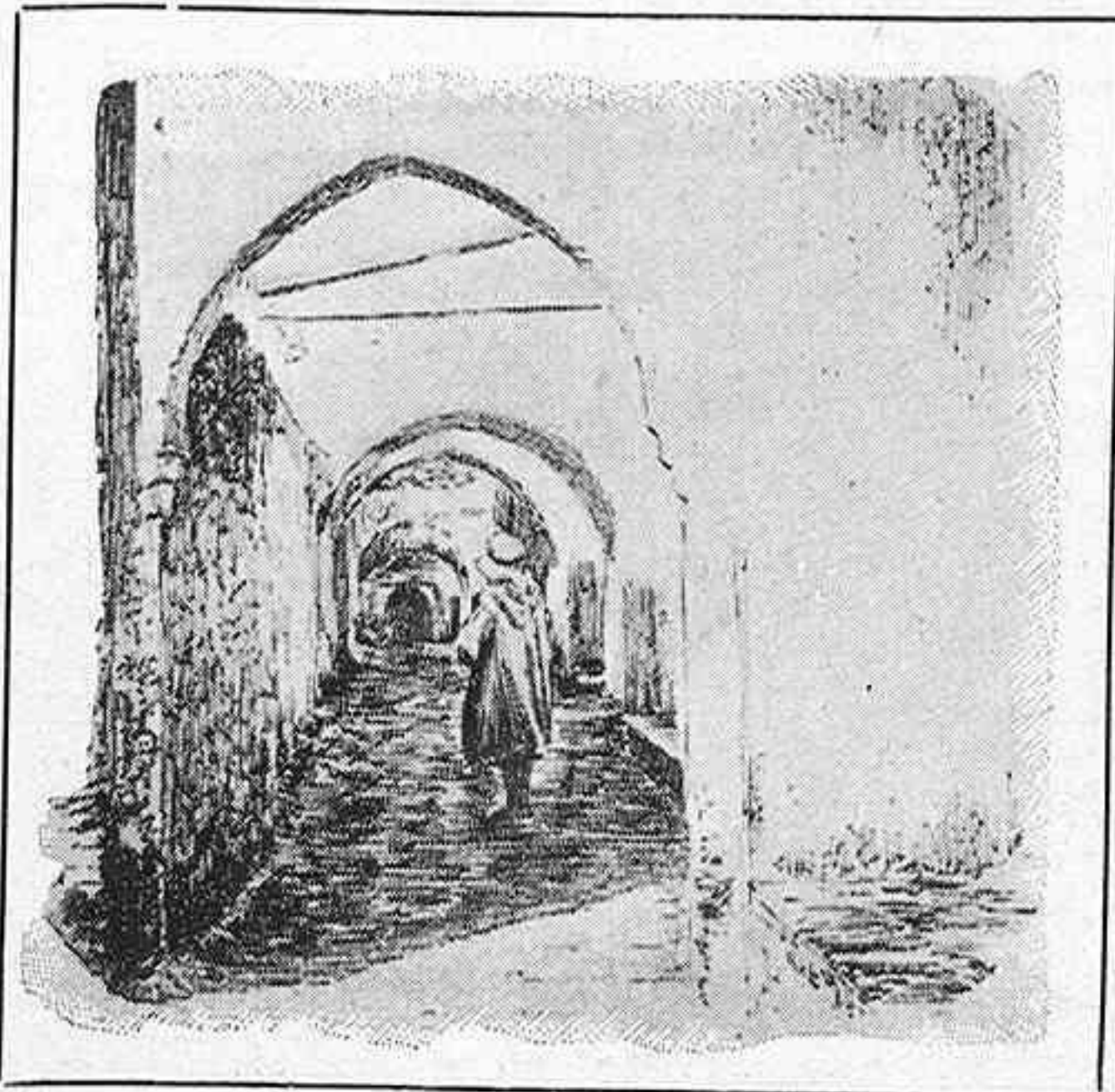
La PASTA DENS, crema jabonosa
antiséptica, limpia los dientes
suavemente y perfuma el aliento.
Tubo, 2 pesetas. Pequeño, 1,25.



El PETRÓLEO GAL suprime la
caspa y contiene la caída del pelo,
vigorizando la raíz. Frasco, 2,50.

FRENTE AL DESIERTO

Biskra, nido de las Ouled-Nails



Una típica calleja

CON toda comodidad, en un buen tren, se llega hasta la entrada del Sahara misterioso. En lo que pudiéramos llamar el mismo dintel del desierto, en medio de un oasis de una vegetación lujuriente y de un clima admirable, está Biskra, que se ha abierto por completo al extranjero, que va perdiendo su viejo carácter árabe, que se va europeizando rápidamente y que dentro de poco ya no conservará tal vez nada del encanto y del misterio de antaño. Antes se llegaba hasta Biskra con temor y con peligro, y se la abandonaba con tristeza muy honda. Ahí parece que se dejaba un mundo y se entraba en otro desconocido en absoluto. Por eso atraía á los audaces exploradores, á los artistas que buscan lo exótico y á los escritores ávidos de románticas aventuras y de poéticas exaltaciones.

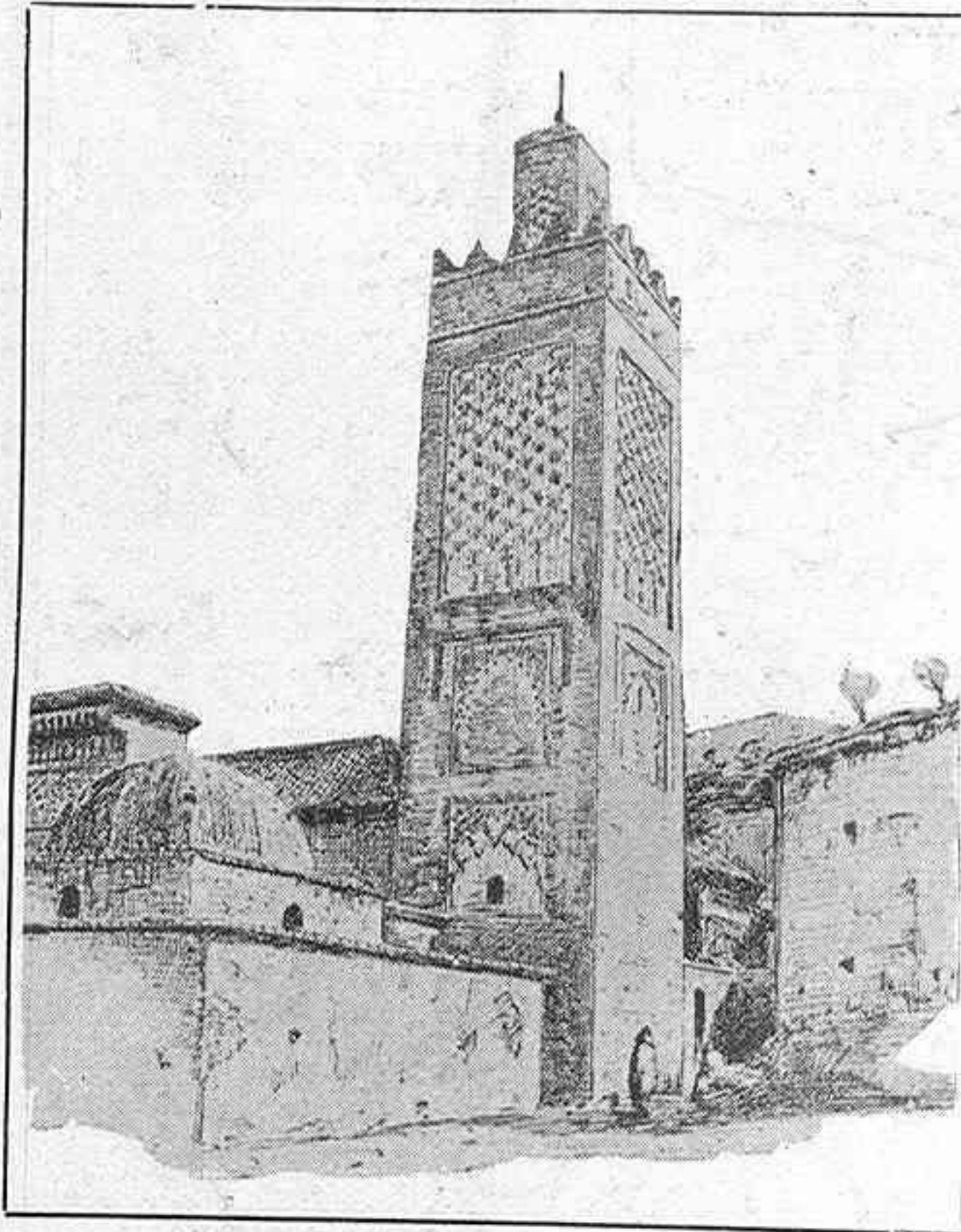
Hoy Biskra se ofrece sin recato, se alcanza sin riesgo, y encima con todo confort—en tren ó en auto—, aunque todavía conservando atractivos inapreciables. Se ha convertido en una estación de invierno, con hoteles para turistas y sanatorios para enfermos. Y es el más activo centro del tráfico comercial de la Argelia con el Sudán, á través de las caldeadas arenas del gran Sahara. Los invernales europeos—y los hay á millares cada año—encuentran satisfechas no sólo las corrientes necesidades de un hombre de país civilizado, sino también las más refinadas exigencias de un hombre de buena sociedad. Los hoteles están montados con lujo; hay espléndidos jardines para pasearse; campos de deporte en que ejercitar los músculos; casinos donde dejar el dinero en las mesas de juego; teatros donde divertirse con representaciones escénicas, ó regalarse con conciertos musicales. Para dar á las diversiones una nota típicamente indígena, se organizan esas maravillosas «fantasías» en que los ágiles jinetes árabes «corren la pólvora», y en otras ocasiones se organizan carreras de *mehara*, en que se hace correr á los camellos, siempre de lento paso, en un trote insospechado.

El zoco es también un entretenimiento para los extranjeros durante su estancia de invierno en Biskra. Allí, en los puestos pintorescos, entre mercaderes de las más diversas cataduras y extrañas vestimentas, se encuentran desde las frutas más apetitosas á las telas orientales más llamativas; armas damasquinadas, muebles de colores chillones, ánforas de metal reluciente, objetos de marfil, alfombras de maravillosa policromía.

Todo eso basta á satisfacer al viajero ordinario. Pero el que tenga temperamento de artista ó sólo se sienta acuciado por una irrefrenable curiosidad, no ha de contentarse con tan poca cosa. Gustará de escudriñar en el paisaje y en las costumbres para descubrir los caracteres de la vida y del alma indígenas.

Con sólo subir al torreón, de estilo morisco, del *Royal Hotel* se puede contemplar un panorama verdaderamente prodigioso. Con razón se ha llamado á Biskra, no sólo por su clima, sino por su situación, «la reina del oasis». En efecto, rodea la ciudad un paisaje de maravilla. Es un llano de un verde oscuro, donde las palmeras dejan doblar en el aire sus lánguidas ramas; donde los almendros se cuajan de flores y los naranjos ofrecen el color y la fragancia de sus azahares; donde los limoneros y los ciruelos se inclinan cargados de frutos y las higueras ostentan sus brazos nudosos revestidos de verdes hojas, y á las orillas de las acequias los cañaverales se mueven al soplo ligero del viento y al borde de las huertas los *cactus* de afiladas puntas, como puñales, se alinean como un ejército pronto á entrar en batalla. Aquí y allá la silueta de una noria primitiva con el asno cansino ó el viejo mulo dando vueltas sin descanso, como esclavos de una dura servidumbre y de un perdurable tormento.

Mirando á la ciudad, destacándose en su ancho ámbito, los elegantes minaretes de mezquitas, las cúpulas redondas y blancas de los «mo-

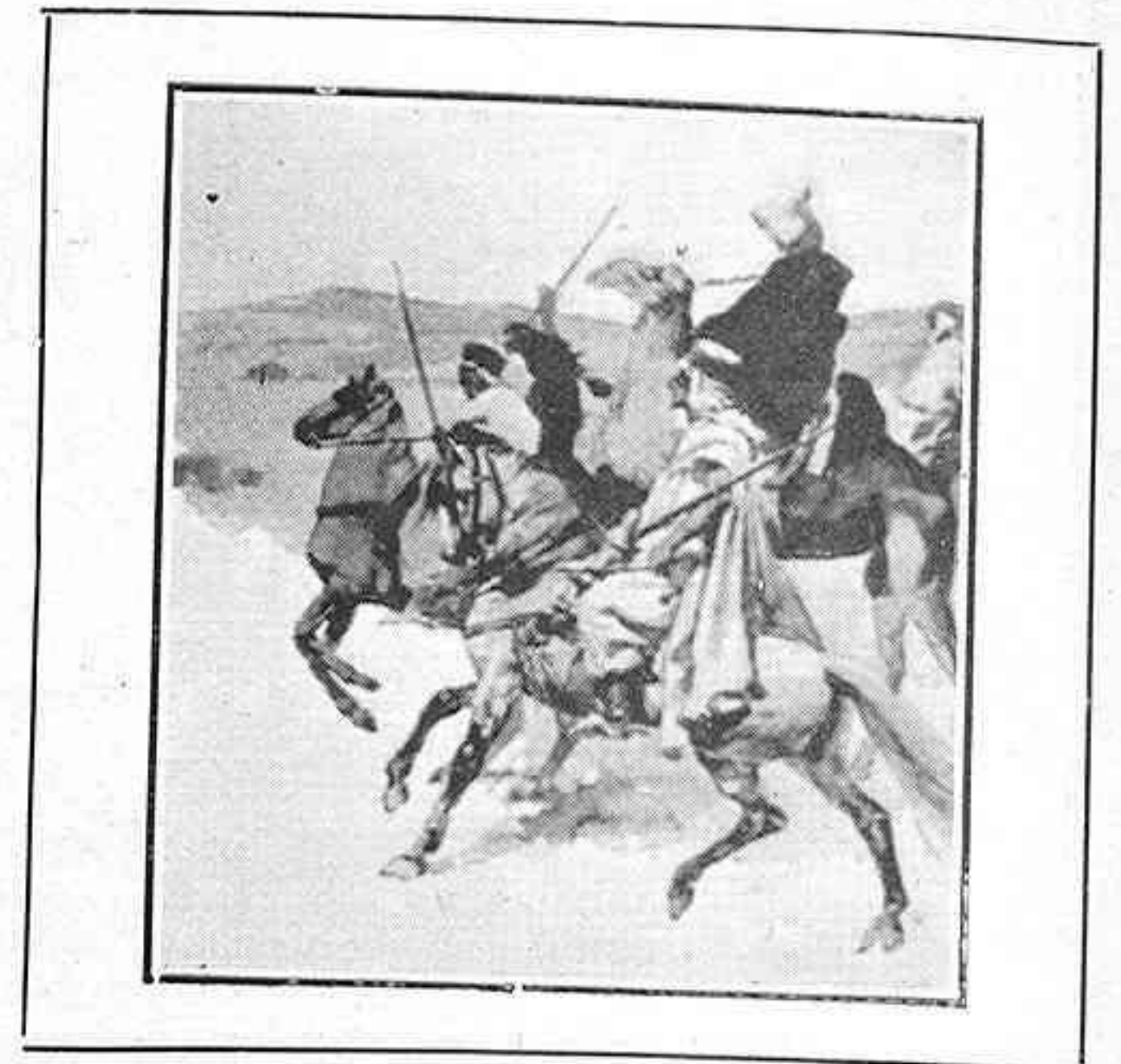


Una graciosa mezquita de Biskra

rabos», los santuarios religiosos, y luego las callejas estrechas, con la acequia de agua pasando por el centro, con sus arcos, con sus cobertizos, con sus casas, en las que lucen extraños balcones con caladas celosías. Y tapias de jardines, y cercas de huertas.

Allá al fondo, las arenas doradas del desierto, la inmensa planicie que invita al espanto de los viajeros tenebrosos. Y también, en otra parte, el *Ahmar-Kaddu* (la montaña color de rosa), que todos los viajeros gustan de ver cuando la hiere el sol de la tarde. En dos ocasiones hay que ver ese lienzo de paisaje, porque ofrece dos aspectos totalmente distintos. Una es en los días de buen sol, cuando brilla espléndido el sol del Sahara, y todo el ambiente, cielo y tierra, está lleno de una claridad, de un colorido, de una luminosidad extraordinaria.

La otra es cuando sopla el *simoun* del desierto, con sus torbellinos de arena, que cierran el horizonte; con su ronco clamor de mar en tormenta, que llena los aires; con sus ráfagas, que sacuden los árboles, haciendo cimbrear las palmeras con rudas convulsiones de epiléptico. Y todo oscuro, envuelto en una luz entre cárdena y lívida, en que todas las cosas, en medio de ella, toman formas extrañas de sueños de pesadilla como engendros de imaginación enferma.



«Fantasías» moras

En las tardes serenas, la curiosidad lleva hasta la «aldeá negra»—un paseo de un kilómetro—, con sus casas de tierra y con sus chozas cónicas, hechas de ramas de palmera y cañas, semejantes á colmenas de abejas, donde se encuentran todos los tipos de las razas de negros del Sudán. O lleva hasta el viejo Biskra—á dos kilómetros de distancia—, con sus minaretes, sus callejas y, sobre todo, con sus inmensas huertas de palmeras datileras—pasan de doscientas mil—, que recuerdan nuestro magnífico Elche.

Y si el escrupulo no detiene el paso del curioso, puede ver el barrio de las Ouled-Nails, tan famosas en Biskra como en el cercano Bu-Saada. Ellas son de todo: mujeres galantes y danzarinas prodigiosas. Están vestidas con túnicas flotantes, sujetas á la cintura con fajas de seda en colores. Llevan brazaletes en los brazos y en las piernas. Se cubren con un largo velo que desde la cabeza, donde está recogido, cae por hombros y espalda. Sobre la cabeza, una especie de diadema de seda con adornos de oro. Ellas aguardan á las puertas de las casas á los mercaderes de las caravanas del desierto, que pagan la mentira de su amor y los entretienen con su «danza del vientre», como la de las bayaderas de la India, en aquellos cuartos al fondo de un patio llenos de humo de pipas y del olor de la hierbabuena, puesta para aromar sus tazas de té. Luego, cuando ya han envejecido ó cuando han reunido bastante dinero, las Ouled-Nails se despojan de sus ricas vestiduras y vuelven al desierto, ó donde sea, para reunirse con su tribu, casándose entonces y siendo de una virtud escrupulosa.

Loti las cantó en una de sus páginas más hermosas.

ANGEL GUERRA



Tipo de mujer Ouled-Nail

LOS VIEJOS AUTORES DRAMÁTICOS

DON JOSÉ JACKSON VEYAN

La apacibilidad y hermosura del día eran de las que con más elocuencia pudieran avalorar esa naciente propaganda en favor de la salubridad del clima madrileño. Los paseos del Parque del Oeste, sin embargo, no estaban muy concurridos en aquellas primeras horas de la tarde. Esto hizo relativamente fácil que encontráramos en una de las avenidas centrales, por donde sabíamos de antemano que solía estar, á D. José Jackson Veyán, el veterano creador de tantas obras populares del llamado género chico.

Hallábase el viejo escritor gaditano sentado en un banco oyendo con toda atención la lectura que le hacía de su última producción su hijo Fernando. A los pocos instantes de ser presentados por éste y de exponerle nuestro deseo de sostener una conversación con él acerca de su carrera teatral, para informar de ella á los lectores de LA ESFERA, había ganado, es decir, ratificado nuestra simpatía—pues ésta ya la sentíamos por conducto de sus obras, sin conocerle—, y de su parte habíamos conquistado la confianza.

—Mire usted, amigo—comenzó diciéndome, sin efugios ni evasivas—: desde el año 70 —¡ya ha llovido desde entonces!, ¿verdad?— en que estrené mi primera obra, *Guerra á las mujeres*, á los dieciocho años, hasta la fecha presente, mi carrera teatral ha sido de salvación continua de obstáculos para defender mi supervivencia y la de mi numerosa prole. Hijo de artistas, pues mi padre fué actor y autor en una pieza, y mi madre actriz, siempre he sentido verdadera vocación por el arte de Talía; y si la Providencia, al favorecerme con una tan copiosa sucesión familiar, no me hubiera sometido á la constante y abrumadora tarea cotidiana de allegar los recursos necesarios para el mísero puchero sostenedor de tantas bocas, acaso habría dirigido mis pasos literarios por senderos menos frívolos.

—Pero, ¿tantos hijos ha tenido usted?

—¿Que si he tenido tantos? Voy á referirle una anecdota que me ocurrió á este propósito con el general D. Valeriano Weyler. Hace de ello *un rato largo* de años, como se dice ahora. Vea usted el diálogo que se cruzó entre el ilustre caudillo y yo con tal motivo:

«—¿Cuántos hijos ha tenido usted, Jackson?

—Veintidós, mi general.

—¿Y cuántos le viven?

—Diez.

—¿Y ha defendido usted siempre su puesto?

—Siempre. Tan sólo alguna retirada por escalones, cuando no hubo otro remedio, pero sin volver jamás la espalda al enemigo.

—Entonces ha ganado usted la laureada de San Fernando, porque ha perdido usted en la lucha la mitad más uno de su fuerza y ha conservado el puesto...»

—Efectivamente—le interrumpimos—, bien merece usted el alto calificativo de héroe.

Por el semblante del festivo autor dramático asomó una sonrisa de satisfacción del deber cumplido y de gratitud por nuestras palabras refrendadoras del halagador concepto que el marqués de Tenerife emitiera acerca de su valeroso comportamiento en la lucha por la existencia.

—Por supuesto—le decimos, reanudando la chachara—, que no recordará usted á punto fijo el número de obras que ha escrito y estrenado.

—Mi producción total sé que pasa de las ciento sesenta zarzuelas; y de ellas, claro es, que ahora sólo puedo recordar algunas de las principales: *Château-Margaux*, con el maestro Caballero; *Las zapatillas*, *La caza del oso* y *De Madrid á París*, con Chueca; *El barquillero*, con Chapí; *Los guapos*, con Arniches y el maestro Jiménez; *Los granujas*, con Quinito Valverde; *La gatita blanca*, con Lleó; etc., etc.

Por cierto, Fernando—prosigue el autor de *San Juan de Luz*, dirigiéndose á su hijo—, que me has de recordar, cuando lleguemos á casa, que le dedique algunas de mis obras á este señor.

—Descuida, papá, que yo te lo recordaré.

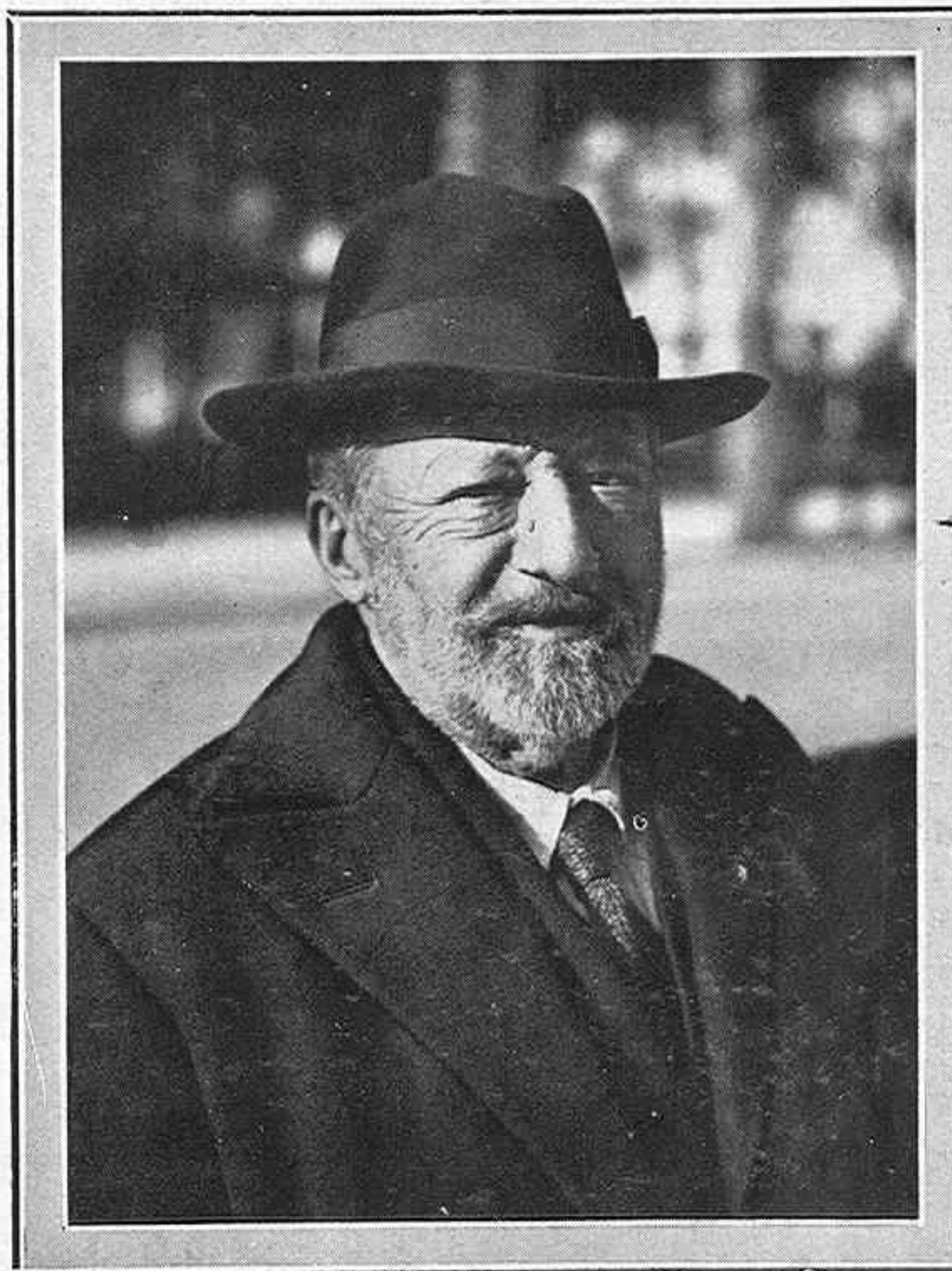
—Muy agradecida será tal deferencia—inter-

vinimos á nuestra vez—. Pero ahora lo esencial es que me refiera usted algunos más detalles de sus andanzas escénicas. ¿Le han proporcionado á usted muchos ingresos sus obras?

—Por derechos de representación de mis zarzuelas se han pagado cantidades que rebasan el millón de pesetas. Mas, desgraciadamente, no he cobrado yo esa suma, pues hay que descontar, de un lado, la parte correspondiente á mis colaboradores en los libretos y á los músicos, y de otro, una parte muy considerable que he dejado de percibir, en virtud de haberme visto obligado, por mis apremios económicos, á vender la propiedad de algunas de mis primeras obras en veinte ó veinticinco duros. Mis *caritativos* empresarios y editores, Alonso Gullón, Ducazcal, Arregui y Arruej y otros obtuvieron de ellas después pingües ganancias.

—¿Y cuál ha sido la que mayores beneficios le ha producido á usted?

—*Château Margaux*, que lleva dados más de treinta mil duros, cifra que es importante, si se



DON JOSE JACKSON VEYAN
(Fot. Díaz Casariego)

tiene en cuenta que en la época de su estreno se abonaba á veces por derechos de autor, en algunos teatros, hasta la irrisoria cantidad de dos pesetas. ¡Qué diferencia con los tiempos actuales! «Las ciencias adelantan que es una barbaridad.» Por cierto que con respecto á *Château Margaux* me acude á la memoria una incidencia que quizá sea interesante.

—Díjala usted.

—Verá. Cuando le estaba leyendo el libro al maestro Fernández Caballero, al llegar al momento de la romanza de la tiple, el célebre músico, en una repentina inspiración, cogiendo el cantable de mis manos y poniéndolo sobre el atril del piano, me dijo: «A ver... Espere... Ya está...» Y actuó seguido improvisó el vals que comienza:

No sé qué siento aquí
que el alma se encendió...

y que luego había de popularizarse tanto.

—¿Qué artistas fueron los que más obras representaron de usted?

—De ellas recuerdo á Leocadia Alba, Loreto Prado—la genial intérprete de *Los granujas*,

Los chicos de la escuela y tantas más—, Lucrecia Arana, Luisa Campos, la Pretel, la Bru, las hermanas Segura y... qué sé yo... Y de ellos, José y Emilio Mesejo, Carreras...

—Oiga usted, don José: ¿y no habrá en ese gratísimo recuerdo, por lo que atañe á las tiples, algo más que gratitud y admiración puramente artísticos?

—Ya sé por dónde va usted—nos ataja rápidamente—. Pero no, señor; no hay nada de lo que usted insinúa. Las tiples, para mí, siempre han sido una cosa muy seria y digna de mi mayor respeto... Las he considerado..., ¿cómo diría yo?... como herramientas del trabajo..., y, por lo tanto, sagradas... Otras cosas diferentes pudiera confesarle respecto á las criadas de las tiples. No quiero, sin embargo, hacerlo, porque ello, como es natural, carece de interés. Prefiero, en cambio, referirle una anecdota que me sucedió con William Parish, el famoso empresario del circo del mismo nombre. Dicho señor deseaba á todo trance poseer un retrato mío en *pose* de luchador ó de atleta. No sé por qué tenía tal ocurrencia; pero el caso es que no cejaba en su empeño y continuamente me apremiaba á que le diese tal prueba de amistad. Al fin, un día me hice la consabida foto en mi casa, desnudo de medio cuerpo para arriba y en agresiva actitud. Mas luego me tuvo perplejo decidir qué dedicatoria había de poner al retrato. Acabé mis dudas escribiendo sobre la fotografía lo siguiente: «Jackson. El colmo de la fuerza y del equilibrio. Sostiene veintidós niños con una pluma...»

—¿Y cuál ha sido la última obra que ha estrenado usted?

—*Los calabreses*, en el Apolo, de Madrid, con música del maestro Luna, el año 1918. Entre la primera—que, como le dije, fué estrenada el año 70 en el Teatro Infantil (hoy Romea)—y la última, transcurrieron, pues, cuarenta y ocho años de activos servicios teatrales. Pero no quiero retirarme todavía definitivamente, como no sea que me retire el público. Tengo aún obras inéditas, alguna en colaboración con mi hijo Fernando, el único de los siete varones que me vive que ha demostrado ya aptitudes de escritor. Aunque él tiene varias cosas terminadas suyas, no quisiera morirme sin darle la alternativa.

—Desde luego, se ve cuánta ha sido su vocación dramática. Pero si no hubiera llegado á ser afamado autor de zarzuelas, ¿qué hubiese preferido ser?

—Hombre, esa pregunta es difícil de contestar. Pero no, es fácil... Escuche usted: de no haber sido autor zarzuelero ni funcionario de Telégrafos, en cuyo Cuerpo llegué al alto puesto de inspector general, del que estoy jubilado actualmente, me hubiera gustado ser: ó canónigo, ó dictador, ó tiple cómica.

—¿Y los honores y recompensas, le han agradado á usted?

—Nunca los he buscado, ni tampoco rehusado. Las cruces de Isabel la Católica y del Mérito Militar blanca, que me concedieron por poesías mías, así como el premio de la flor natural, con motivo del Centenario de D. Pedro Calderón de la Barca, en el Fomento de las Artes de Madrid, son condecoraciones y diplomas que recibí con satisfacción y guardo en gran estima.

La charla con el autor de *Los cuáqueros* se prolongó todavía algunos minutos más, mientras regresábamos reunidos de nuestro paseo por el Parque del Oeste, después de hacer acopio de oxígeno para nuestros pulmones.

FRANCISCO ANAYA RUIZ

BARCELONA - MAJESTIC HOTEL
PASEO DE GRACIA. Primer orden.
200 habitaciones. 150 baños. Orquesta.
Precios moderados. El más concurrido.

¿Sufre V. del estómago?
Tome

GASTROVANADINA

Doctor COQUILLAT

y curará radicalmente

Polve: Cura el exceso de ácido (hiperclorhidrico), etc.; caja, 3,75 y 2,25 pesetas.
Elixir: Cura la falta de ácido (hiperclorhidria), etc.; frasco, 4,25 pesetas.

Teléfonos de Prensa Gráfica

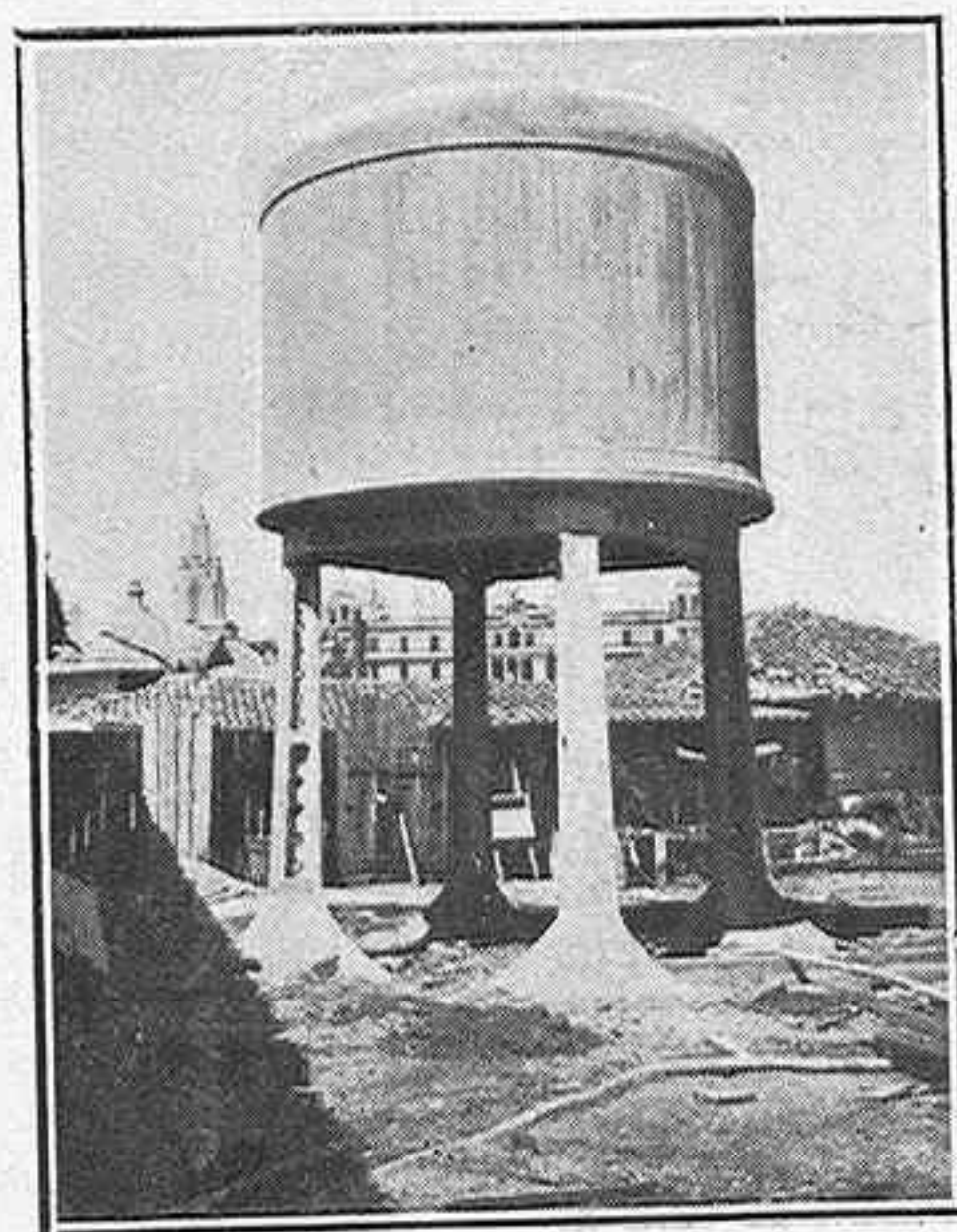
REDACCIÓN

ADMINISTRACIÓN:

50.009 51.017

GRANJA LAGO Y C.^a Constructores y Contratistas VIGO

Oficina Técnica: Av. García Barbón, 61
Talleres mecánicos y de fundición: Av. García Barbón, 102
Talleres de postes de hormigón y piedra artificial: C. Tomás Alonso (Coya)



Depósito elevado para agua mineral, en "La Toja"

TELEGRAMAS:
GRANJILAGO
Teléfono 738

Fundición y construcciones metálicas. — Contratistas de obras de tranvías y ferrocarriles y saltos de agua. — Montajes industriales. — Líneas de transporte de energía y líneas catenarias. — Postes de hormigón armado. Estudio y construcción de obras de hormigón armado.

Obra nueva del Dr. Roso de Luna

LA ESFINGE. — Quiénes somos, de dónde venimos y adónde vamos. — Un tomo en 4.º Precio, 7 pesetas.

El elogio de esta notable obra de las 30 ya publicadas por este polígrafo, está hecho con sólo reproducir su índice, á saber:

Prefacio. — El Edipo humano, eterno peregrino. — Los epiciclos de Hiparco y los «ciclos» religiosos. — Las hipótesis. — Kaos-Theos-Cosmos. — Complejidad de la humana psiquis. — Más sobre los siete principios humanos. — El cuerpo mental. — El cuerpo causal. — La supervivencia. — La muerte y el más allá de la muerte. — Realidades «post mortem»: la Huestia-Arcana-coelestia.

De venta en casa del autor (calle del Buen Suceso, número 18 dupl.º) y en las principales librerías.

AVISO IMPORTANTE

Para Escuelas, Ayuntamientos, Diputaciones, Casinos, Sociedades, Oficinas del Estado, etc., etc.

Magnífico retrato en huecograbado de S. M. el Rey Don Alfonso XIII, tirada especial, y reproducción del publicado en el número 1.791 de NUEVO MUNDO.

Se halla de venta en la Administración de PRENSA GRÁFICA, Hermosilla, 57, Madrid, al precio de 50 céntimos ejemplar, franco de porte.



— Usted también se quitará el sombrero para recibir la fresca brisa de la noche: pero tiene usted cierto temor á causa de su calvicie que le expone á inminentes catarros y enfriamientos. — Además, ¡se presta á tantas bromas molestas esta enfermedad de lo calvicie que nadie toma en serio!

Cúrese de una vez, señor. La calvicie no pertenece á las enfermedades incurables. Basta para conseguir la curación radical un tratamiento adecuado un producto científico y honrado y un poco de constancia. Use el

"Brotanil Sevilla"

y su cabello se mantendrá limpio de caspa y grasa, fuerte: evitará usted lo caído prematuro del pelo y lo hará brotar nuevamente si es que su incuria le llevó á padecer la calvicie total

Diploma de Honor y Medalla de Oro (Exposición de Roma, 1925)
Diploma de Honor en la Exposición de Jerez, 1925, con asistencia de SS. MM.

6 PESETAS FRASCO MAS EL TIMBRE

En buenas perfumerías

Si no lo halla en su localidad, pídalo al distribuidor exclusivo para España:

J. CINTO, Calle Ruiz - MADRID

remitiendo 8 pesetas por Giro Postal y lo recibirá franco de porte

Exclusiva de las Publicaciones de PRENSA GRÁFICA
en la
ISLA DE CUBA
CULTURAL, S. A.

PROPIETARIA DE
LA MODERNA POESÍA, Pi y Margall, 135
LIBRERÍA CERVANTES, Avenida de Italia, 62
HABANA

FOTOGRAFÍA
ALFONSO
Fuencarral, 6 - MADRID

CANAS

INVENTO MARAVILLOSO
para volver los cabellos blancos á su color primitivo á los 15 días de darse una loción diaria con el Agua de Colonia LA CARMELA. Su acción es debida al oxígeno del aire, por lo que constituye una novedad. Inofensiva. Venta en todas partes. Precio del frasco: 4,75, incluido todo.

FRASCO REALIZADO EN SANTIAGO

Se admiten suscripciones á nuestras Revistas en la **Librería de San Martín**
6, PUERTA DEL SOL, 6

LA REINE DES CRÈMES
Maravillosa Crema de belleza
PERFUME SUAVE
De venta en toda España. **J. LESQUENDIEU - PARIS**

Para anunciar en esta Revista, dirijase á la Administración de la Publicidad de Prensa Gráfica

PUBLICITAS

Avenida Conde Peñalver, 13, entla.
Apartado 911. Teléf. 16.375. MADRID

Casa en Barcelona: Pelayo, 9, entla.
Apartado 223. Teléf. 14-73 A.

Dr. Bengué, 16, Rue Ballu, Paris.

BAUME BENGUÉ
Curación radical de
GOTA-REUMATISMOS
NEURALGIAS

De venta en todas las farmacias y droguerías.

Lea usted los miércoles
Mundo Gráfico

CAÑAS



INVENTO MARAVILLOSO
 para volver los cabellos blancos á su color primitivo á los 15 días de darse una loción diaria con el Agua de Colonia LA CARMELA. Su acción es debida al oxígeno del aire, por lo que constituye una novedad. Inofensiva. Venta en todas partes. Precio del frasco: 4,75, incluido todo.

PARA PEDIRLO

SANTIAGO

TELÉFONOS
 DE
 PRENSA GRÁFICA

REDACCIÓN:

50.009

ADMINISTRACIÓN:

51.017

FOTOGRAFÍA

ALFONSO

Fuencarral, 6 - MADRID

Se admiten suscripciones á nuestras Revistas en la **Librería de San Martín**
 6, PUERTA DEL SOL, 6

Dr. Bengué, 16, Rue Ballu, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

Ofrecemos a los hombres un método de afeitarse más rápido

por el sistema de burbujitas

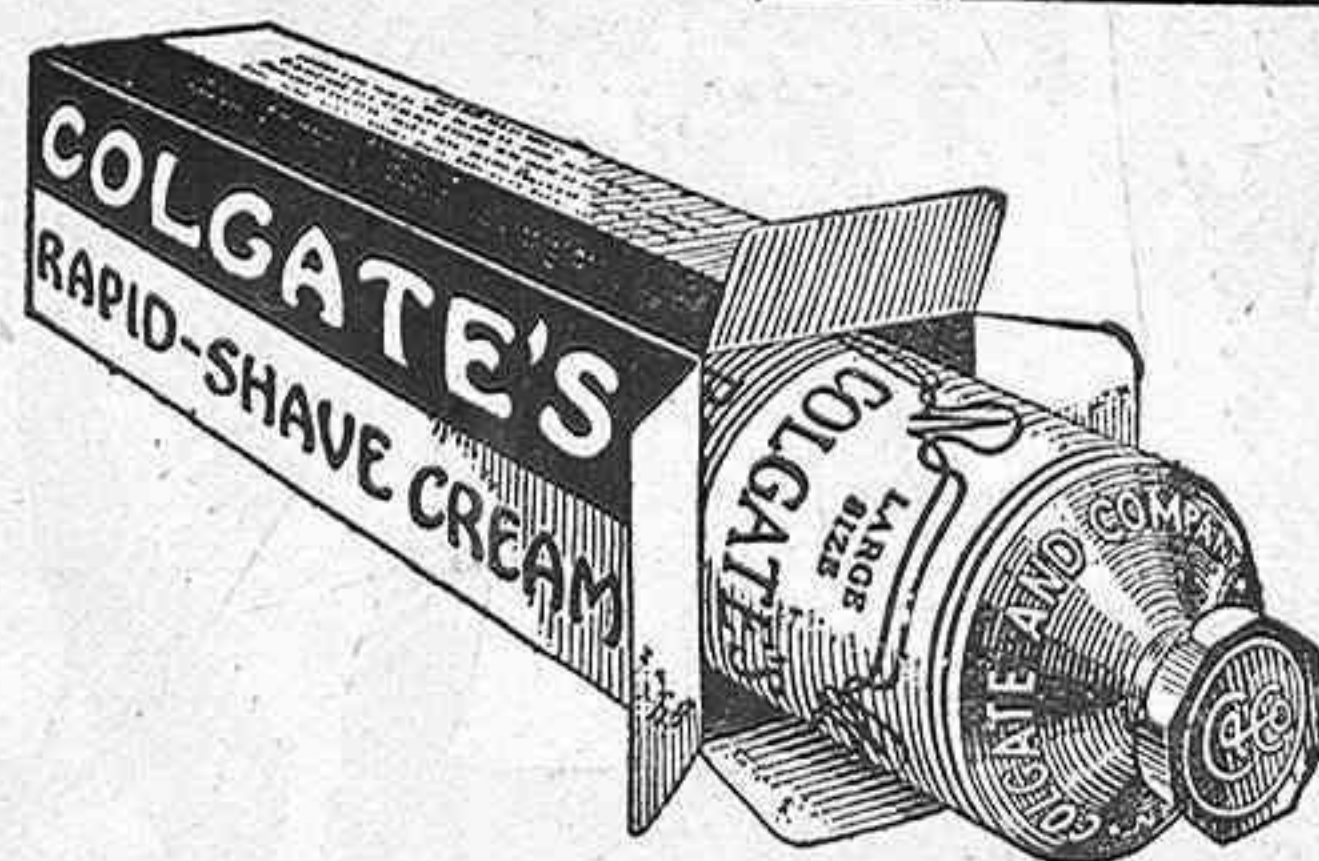
SE debe agradecer esto a la ciencia. Es un nuevo método rápido de afeitarse... perfeccionado por los químicos de Colgate.

Piénsese en lo que significa esto, elimina las raspaduras, la picazón o escorzor, y cuando se ablanda la barba de esta manera se corta la patilla dejando la cara suave y limpia.

Esto se debe a que la espuma de jabón de Colgate se prepara para que absorba más agua... para empapar científicamente la barba de humedad en la base misma, donde la navaja hace su trabajo.

Lo hace la espuma de jabón de burbujitas, pues éstas retienen más agua, y el agua ablanda la barba, y de este modo se afeita la patilla dejando la cara suave y limpia.

Usese la Crema de Afeitar de Colgate. Cómparese con cualquier crema ordinaria, y se estará de acuerdo que es el método de afeitarse más rápido, suave y limpio que se ha creado.



"Ablanda la barba en la base"

Lea usted los miércoles

Mundo Gráfico

30 cts. en toda España

AGENCIA GRÁFICA

REPORTAJE GRÁFICO
 DE
 ACTUALIDAD MUNDIAL

Servicio para toda clase de periódicos y revistas de España y Extranjero

Pida condiciones

á

AGENCIA GRÁFICA

Apartado 571
MADRID

INGENIERIA Y CONSTRUCCIÓN

REVISTA MENSUAL IBEROAMERICANA

Viene a ocupar un puesto que había vacante entre las revistas técnicas. no viene a competir con ellas. Su orientación es diferente a todas las demás y su presentación única. Se ocupará principalmente de

- Ingeniería civil,
- Minas y metalurgia,
- Electricidad y mecánica,
- Agricultura y montes.

Su objeto es ser el elemento auxiliar del técnico y del industrial, y su modesto precio de suscripción (30 pesetas año) está al alcance de todo el mundo.

APARTADO DE CORREOS 4.003
 LARRA, 6 MADRID



Cada cosa tiene su época:

hoy es ridículo lo que antes era lógico:
 el pasado fue de la calceta....., el presente
 corresponde sin discusión a los calcetines

